547



Sinfonía en Si Menor

Zbiory Słowo Polskie
547

Queda hecho el depósito que marca la ley N.º 11.723. Reservados todos los derechos para la América Latina. Terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

Printed in Argentine ● Impreso en la Argentina

Copyright 1943 by **"Coepla"** - Buenos Aires

JOAQUIN van DELBRUGGE

Sinfonía en Si Menor

LA VIDA DE FEDERICO CHOPIN

Versión castellana de

E. A. GRUNAUER HERRERA

Supervisión

RAQUEL. A. GIBERT FRIERA

Coepla

COMPAÑIA EDITORA DEL PLATA

1943

Zbiory Stowarzyszenia * I F 5.47

sygn. 547
akc. br./1950

I

EN una clara tarde de verano entraba un liviano coche de dos asientos en las afueras de la ciudad de Carlsbad y, después de una breve demora en el patio de la Oficina de Aduanas, siguió viaje, hasta detenerse por fin, frente a un edificio de postigos verdes cuya señal, pintada en oro, llevaba el nombre de un hotel y pensión de forasteros.

El viajero que bajaba del carruaje era un joven señor de rasgos finos y una figura, diríase, endeble. Su mirada, un tanto melancólica, parecía buscar algo que distaba muy lejos; y al descubrirse ligeramente en un fugaz saludo, notábase sobre su hermosa frente unos mechones de cabello sedoso como de mujer, al que sólo le daba un carácter de noble virilidad la línea audaz con que se perfilaba la fuerte nariz.

Al recién llegado, no le interesaban, evidentemente, las reverencias del hotelero que acudiera servilmente a darle la bienvenida, puesto que las pasaba por alto como algo que más bien fastidia. En cuanto dejó en manos del portero el saco de viaje y la valija que traía, subió ágilmente la escalera hasta el vestíbulo del primer piso, detúvose un rato mientras se quitaba los guantes blancos de cabritilla, para por fin, recibir del mozo el libro de huéspedes.

Al asentar la pluma sobre la página, parecía saltarle de los ojos una chispa de jocosidad y ocurrencia; chispa que sin duda alguna le ha llevado la mano, cuando en vez de trazar su firma, puso una serie de peregrinos signos que, más tarde fueron reconocidos por el dirigente de la orquesta local como un conjunto de notas que formaban un tema a modo de mazurca.

Debajo de esto leíase recién en letras claras el nombre de: Federico Chopín.

Vinieron dos mucamas trayendo luz. El hotelero adelantábase cada vez que debía abrir las puertas de los tantos aposentos que zalameramente le ofrecía.

Chopín que recorría a pasos acelerados pieza por pieza, decidióse por una de cortinas verdes y la correspondiente alcoba, en la que se veían unos graciosos grabados con fondo de color sepia sobre las paredes de tapicería clara.

Luego mandó a buscar su valija y el saco de viaje, pagó al cochero y pidió que se le dejara solo.

Una sensación de alivio se apoderó de él. Sacudiéndose de hombros como cuando uno quiere librarse de una carga molesta, se dispuso a quitarse lentamente la ropa para luego llegar al lavabo y refrescarse de las fatigas del largo viaje. Mientras mojaba su frente y las sienes, recorrían su espíritu una vez más, los motivos que le habían impulsado a resolver este rápido traslado a Carlsbad.

En realidad fué sólo el íntimo deseo de darle a sus padres la sorpresa de su visita, a quienes no veía desde muchos años y de quienes sabía que vendrían a pasar una temporada en este famoso lugar de veraneo.

¿Le encontrarían cambiado? ¿Y qué dirían de él?

Detenidamente mirábase en el espejo, observando su figura a la luz rojiza de dos velas de cera colocadas en ricos candelabros de plata, que alumbraban la pieza desde una mesa de nogal.

Por cierto que su presencia no desentonaba con el distinguido ambiente: Los pantalones claros que caían elegantemente sobre la hebilla de sus zapatos; el chaleco de piqué blanco recamado de un finísimo adorno de flores; la corbata de seda liviana; un saco largo acampanado, con sus solapas un poco arrolladas; el sombrero de alta copa y los correspondientes guantes y bastón: ¡Federico no podía estar del todo disconforme!...

Al terminar su prolijo arreglo, echó llave al cofrecito de viaje y a la maleta, metió en el bolsillo de su saco el pasaporte y la carta de presentación de su médico y abandonó el hotel.

En estos intantes se ponía el sol detrás de los cerros. De allá, de los bosques vecinos manaba una fragancia agreste, entremezclándose con una ligera niebla a la que los últimos rayos solares, daban matices de oro.

El aire nítido parecía tonificarle a cada paso. Tenía la sensación de que su pecho se ensanchaba cada vez más, aliviando mucho su cansancio y su congoja.

Al apresurar su marcha e inhalar hondamente el aire puro, comenzaba a cubrir un color sano su frente siempre pálida, en la que se reflejaba, armoniosamente , la vivacidad de su temperamento de artista y el clásico sosiego que da una bien cuidada disciplina personal.

El viajero que después de tres días y otras tantas noches de un rodar a los tumbos por calles polvorientas, sentíase por fin de nuevo "gente", emprendió ahora el camino que bajaba hasta el llamado "Antiguo Prado".

¡Cómo le deleitaba mirar a su derredor!...

Allá, a sus pies, la ciudad, circundada por una vasta franja de oscuros bosques de pino y, de punta a punta, atravesada por las rápidas aguas del río Tepel. Sólidas murallas con sus balaustradas protectoras, contenían y vigilaban sus bordes poblados de árboles y enredaderas floridas. Numerosos puentes conducían de una orilla a la otra.

* * *

Carlsbad era uno de los principales centros de vida veraniega que se conocían en Europa.

Se topaba aquí tanto, con el elegante frac de corte berlinés, como con el ancho nudo con que los vieneses gustan acomodar sus bufandas. Había ingleses que lucían sus "nankings" a cuadros; parisienses con su preferencia por trajes negros, y tampoco faltaba la gente del Nuevo Mundo entre los visitantes de tan famoso lugar de cita social.

Allá iba un señor de semblante amarillento, oriundo de Haití, a quien se le veía llevar con acentuada amargura la carga de su hígado enfermo, acompañado por un sirviente negro que le seguía respetuosamente a corta distancia, ambulaba con su bastón de caña de bambú por las calles, fijando con un poco de impertinencia sus lentes de vidrios ahumados en cada uno de los transeúntes.

Federico mezclábase con toda esta gente, sin rumbo definido. Lo único que tenía que hacer era allegarse a la Inspección Civil, presentar, como todo recién llegado, sus documentos personales y, previo pago de una tasa reglamentaria, adquirir el derecho de permanecer por un tiempo limitado en la ciudad.

En la oficina de inspección, le atendió un funcionario muy gentil que, a cambio del pasaporte depositado y el abono de una suma, le extendió inmediatamente los correspondientes recibos. Así finalizóse, expeditivamente, el trámite del caso.

—Está usted registrado señor —díjole el empleado. Y agregó: —Se hará atender usted por uno de los personajes más apreciados de esta vieja ciudad. El doctor Hlavacek es un hijo genuino de Carlsbad.

Luego le indicó el camino que debía tomar para llegar a la casa del nombrado médico.

Federico siguió una callejuela que remataba en una especie de quinta-jardín, llamó a la puerta y entregó a una mucama que vino a abrirle, su carta de presentación. Inmediatamente se le condujo a una sala en la que se hizo tomar asiento en un sofá de cuero negro.

A los pocos instantes apareció el doctor Hlavacek. Entró como de costumbre, con la mano derecha en cabestrillo, entre los dos botones de su chaleco bordado.

La bufanda que llevaba enmarcaba una fisonomía llena de inteligencia, de honorabilidad y sentido humanitario.

—¿Usted viene de París? —preguntóle, a la vez que arrimaba un bonito sillón de madera de peral.

Federico inclinó la cabeza asintiendo. Y en eso sintió también cómo de pronto se asentaba sobre su pecho una extraña presión que le intranquilizaba sobremanera, hasta obligarle a toser.

El doctor Hlavacek le observaba con disimulo, pero sin que por ello se le escapara nada que pudiese servirle de indicio acerca del estado de salud de su visitante.

—Me comunica su médico que en los últimos tiempos viene usted padeciendo varios resfríos. ¿Hubo en su familia algunos casos similares?

—Una hermana mía murió en edad temprana, —contestóle Federico, con la voz un tanto velada.

—Bueno... con más razón entonces...

El doctor Hlavacek arrancó una hoja de su recetario.

—Podrá tomar, si quiere, algunos vasos de agua termal... Esto le hará bien... al menos no le perjudicará en absoluto... Pero lo esencial es que lleve una vida tranquila y reposada... Usted tiene una profesión que se parece mucho al fuego, mi joven amigo...

Y, levantándose, agregó:

—Todo el mundo conoce su admirable arte de pianista... y sus composiciones.

—Le agradezco mucho, —dijo Chopín para evitar mayores cumplidos.

Con la serenidad de la gente de mundo, se puso de pie, tomó su sombrero y abandonó, recorriendo el largo pasillo, la casa del médico.

Una vez en la calle, dirigióse cuesta arriba, por el camino que conduce a lo largo del río Tepel.

Por su mente pasaban con más y más intensidad, los recuerdos que conservaba de su hermana Emilia, con la que compartiera sus años de niño... Pensaba en los candorosos versos que componían para recitarlos en los cumpleaños de sus padres... ¡Pensaba en tantas cosas!...

Y la expresión de su rostro se ensombrecía o iluminaba, según el recuerdo que ocupaba en ese momento su imaginación.

Sin darse cuenta llegó así a la avenida que, por entre jardines, lleva directamente a los célebres pozos termales.

* * *

Friedich, Frédéric, o también Fryderyk Chopín, como se le llamaba en la lengua de cada una de las tres naciones que fraguaran su talento: dándole por un lado el profundo sentido romátnico; por el otro, la caballerosidad, y por último, asimismo, ese arraigado "dolor histórico" que le acompañó por toda su vida; Federico Chopín, cumpliendo un programa ya preestablecido para todo visitante de este famoso lugar, había recorrido los numerosos negocios del "Antiguo Prado" a fin de adquirir uno de los vasos especiales que se usan para la cura de esas aguas, cuando de pronto, frente a la misma vertiente, oyó exclamar a alguien:

—¡Señor Frycek!...

El cariñoso diminutivo, no escuchado desde años, llamó poderosamente su atención. Era, además, una voz de la lengua materna que le hacía estremecer cada fibra de su gran corazón de patriota.

Y como una visión, se le presentó a su ánimo, la inmensa llanura de su tierra... sobre la cual mandaban su cálido resuello los vientos de verano; allá también, cual una franja platinada, el río...; más allá, en el horizonte, los doradas cúpulas de las iglesias; y, por fin, la imagen de una virgen: radiante en un mar de piedras preciosas.

Todo él sentía en ese instante una sola cosa: la Patria. Cuando volvió su cara en dirección de la voz que le llamaba, se encontró con un señor acompañado de su esposa. Sus rasgos enérgicos, el tupido bigote que le caía a ambos lados de la boca, dejaban inmediatamente entrever su clase aristocrática. Y

INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA BIBLIOTEKA WARSZAWA-WARSZAWA
Słowniczek Zbiory I. F.

sólo le faltaba la curva espada, enchapada en oro, para poder imaginársele frente a un pelotón de hombres de caballería, arremetiendo contra alguna hueste de tártaros...

Chopín le reconoce en seguida:

¡—Zavadski!... Señora, mis respetos...

Los hombres se confundieron en un fuerte abrazo, mientras que la señora de Zavadski permanecía cerca de ellos con una sonrisa llena de curiosidad femenina.

Por fin exclamó ella:

—Caballero: ¿por dónde se le ve a usted?...

—Siempre por los senderos de la virtud, respetable señora, —contestóle Federico, tocando con sus labios, levemente la mano enguantada de la dama—. Mis padres querían venir a Carlsbad... Y yo, para estar antes que ellos aquí, me metí por tres días y sus inacabables noches en un veloz coche... Ellos no saben nada de todo esto.

La joven señora de Zavadski aplaudía como una chiquilla.

—¡Qué bonita idea!... Pero a lo mejor, su gente se encuentra ya en Carlsbad... ¿no le parece?

(Su esposo le aplicó un disimulado e inconfundible tirón de la manga que caía con ancho vuelo hasta la fina muñeca de la agraciada mujer...).

—¡Cómo puedes decir eso, querida!... Puesto que Federico acaba de llegar en este momento...

—Pero bien podría ser... por casualidad...

—insistía ella, torciendo un poquitito la encantadora boquita.

Chopín se dió cuenta y salió en su ayuda:

—La señora tiene mucha razón... Lo más prudente sería ponerse en campaña y averiguar por ellos en los hoteles de la ciudad...

Con esto la señora de Zavadski parecía sentirse rehabilitada.

—¿Ves, querido?... —dirigióse a su esposo con una mirada saturada de ingenuo triunfo.

Y a Chopín:

—Bueno... Yo me despediré de ustedes...

—¿Nos quiere usted abandonar, señora?... —replicó éste, besando la punta de sus dedos.

—Tengo una cita con la Sra. de Hoffmann... Usted también la conoce...

E inclinando graciosamente su coqueta cabeza desapareció, realizando un perfecto mutis por escena.

* * *

En los cinco siglos de una indiscutida fama, Carlsbad —que anteriormente llevaba el nombre de "Vary" o "Baños Calientes" —habíase tornado en una verdadera ciudad que vestía orgullosa el verde traje de terciopelo que le ofrecían —si bien en forma algo mezquina— los diversos bosques y bosquecillos que la circundaban por doquier.

A medida que, tanto los fuentes termales, como la afluencia de los visitantes experimentaban un mayor incremento, crecía lógicamente también, el número de los hoteles, el cual, contando las pensiones y otras comodidades disponibles en casas particulares, era ya casi mayor que el de las viviendas que pertenecían a la población estable de esta ciudad.

¡Cuánto hubieron de andar y desandar, Chopín y Zavadaski, requiriendo informes sobre una supuesta llegada de los padres de Federico!...

Pero todo en vano. Nada se sabía en el "Goldener Schild", ni en el "Paradies", ni tampoco en los "Morgenstern", "Roter Adler", "Löwe", "Merkur" y "Post".

Tan infructuosa búsqueda acrecentaba la inquietud de Chopín. Con la posibilidad de verlos, su nostalgia se volvía más insistente aún.

Su fantasía los imaginaba en los más mínimos detalles. Y una vez más meditaba sobre la honorabilidad proverbial de su padre y las tantas vicisitudes de su vida.

Nacido en Francia, como súbdito de Polonia, había regresado a su país...

Empuñó las armas entre las filas de Kosciuzco para luchar contra los opresores de la patria, convulsionada por fuertes corrientes separatistas... En la memorable fecha de Praga, habíase salvado milagrosamente de las garras sanguinarias de Suvarov, y cambiando constantemente de paradero ganábase la vida dando lecciones en las más diversas estancias del interior... Así llegó a conocer a su futura esposa, Justina Krzyzanovska: una muchacha de familia aristocrática, pero sin recursos, que poseía todas las virtudes de una buena esposa y de la mejor de las madres...

Federico Chopín exhaló un hondo suspiro de grato recuerdo y agradecimiento hacia sus padres: Él era el único hijo varón y fruto de un amor conyugal de tan nobles naturalezas y profundo cariño. En ello —diríase— radicaba el regalo de su talento. De ahí provenían aquellos compases de virilidad bélica que se elevaban en sus composiciones hasta adquirir una grandeza de alcances trágicos; de aquí también la incomparable sensibilidad de su arte interpretativo, que le daba, frente al piano, matices nunca escuchados, en cuanto a sutileza y recogimiento emocional.

¿Dónde hubiéranse dado premisas más felices?... Zavadski le sacó ahora de sus meditaciones:

—Preguntemos aquí, —dijo, señalando una casa de aspecto sencillo en la que funcionaban algunas oficinas— hagamos, por así decirlo un último esfuerzo...

Los atendió aquel gentil funcionario que ya conocemos. ¿Nicolás Chopín?... No, no está registrado aún.

Sobre los labios de Zavadski se dibujó una sonrisa que luego se extravió en la frondosidad de sus negros bigotes... y dijo:

—Dios ha creado a la mujer... para que nosotros los hombres trotemos...

Chopín —con el ánimo entristecido— no alcanzó a captar la alusión irónica del amigo...

* * *

El sueño se asentó como una máscara sobre

los rasgos de Federico Chopín. Había regresado muy tarde a su casa...

Durmiendo, no sentía nada de su inquietud. Descansaba profundamente. Sus manos mantenían los dedos entreabiertos: como a la espera de un presente que va a depositarse en ellas...

Transcurría la noche silenciosamente haciendo lugar al día... Allá a lo lejos se asomaban los primeros rayos del sol y ponían su luz encendida sobre las últimas puntas de los edificios, de los árboles, arbustos y aun de las más pequeñas hierbas... Y la luz se mezclaba con el cantar de los pájaros...

Cuando Chopín se despertó, no oyó primero nada más que ese alegre júbilo mañanero... Luego se dió cuenta que alguien llamaba a la puerta.

Enderóse un tanto para escuchar mejor... Efectivamente: suaves golpes a la puerta le habían sacado del sueño, y una dulce voz decía desde afuera: 'Federico... soy yo...".

Con alborozo de niño lanzó él un grito:

—Madre mía!...

Y sintió dos brazos blandos cerrarse alrededor de su cuello... Y una cara fina y sensata, con unos ojos grises llenos de bondad se inclinó sobre su frente, mientras las cintas del pequeño sombrero de viaje cosquilleaban en sus mejillas...

Recibió así Federico, perturbado de emoción, el beso de su madre.

—¿Cómo llegastéis...?, balbuceaba.

Pero su padre que se había mantenido algo apartado de la escena, en compañía de Zavadski, contestó por ella :

—Llegamos después de un viaje lento, en las horas de la noche... Ya en la ciudad, nos topamos con el coche de los Danielski que querían seguir hasta Teplitz... Y fueron tan amables de cedernos el alojamiento que tenían alquilado aquí en Carlsbad...

Pero apenas recostados, Zavadski llama a la puerta y nos comunica: "Federico está aquí... Los buscamos ayer por todas partes, sin poder dar con ustedes..." ¡Dios sabe lo que nos alegró semejante noticia!... Sin perder tiempo nos trasladamos hasta tu hotel... y te despertamos.

La voz le fallaba más y más, hasta que prefirió tender en silencio sus brazos hacia el hijo y cobijarlo en ellos...

Federico, incapaz de decir nada, reposaba como un niño sobre su pecho.

Sí: eran sus padres... Eran las mismas manos que había besado tantas veces cuando chico... Eran esos mismos ojos que tanto habían velado por el bienestar del hijo...

Y los tres se encuentran en un inmenso mar de de felicidad.

—¿Cómo se encuentran mis hermanas?... preguntó Federico, una vez sentados a la mesa redonda, tendida para el desayuno.

Era en la "Sala de Bohemia". Un rico aroma de café se desparramaba por toda la pieza. Los bordes dorados de preciosas tazas destacábanse sobre la impecable blancura del mantel de tela adamascada.

—Elles se trouvent a leu aise— contestóle el padre, paladeando con aire de conocedor los magníficos bollos—. Luisa e Isabel te mandan muchos cariños... Saludos también de parte de tus cuñados...

Una vez más deteníase la mirada del padre sobre los rasgos del hijo tan amado:

—Tú no has cambiado nada... en realidad...

Pero doña Justina veía acaso un poco más lejos que su esposo:

—Sólo me pareces algo cansado... Federico. Se decía en Varsovia que trabajas más de lo debido...

Federico hizo un gesto como si quisiera auyentar un pensamiento molesto. Y contestó solamente:

—Son las preocupaciones, Su Señoría... Cuatro o cinco lecciones diarias... Luego las composiciones... y, además, esos benditos compromisos sociales...

Y tomando el brazo de cada uno de ellos, díjoles a sus padres con tono cariñoso:

—Pero ¿qué es todo ello, comparado con estos instantes de dicha, al lado de ustedes?...

Ahora había adquirido la luz del día un dominio absoluto sobre la atmósfera. El sol penetraba sin hallar mayor resistencia a través de las delgadas cortinas. En las avenidas se paseaban con el característico runrún, los grupos de veraneantes, hacia los tradicionales pozos termales para agolparse allí un rato y encaminarse luego nuevamente hacia el punto de salida...

Notábase entre la gente elegante un buen número de vistosos uniformes cuyos portadores hablaban muy a menudo el idioma ruso. Nicolás

Chopín extrajo de repente un monedero de fondo carmesí sobre el que se destacaba —bordado en perlas— el águila del escudo de Polonia.

—Debemos irnos a casa —dijo con cierta urgencia, haciendo alusión a dos oficiales que entraban ruidosamente a la sala, y uno de los cuales llevaba los ngostos pantalones de casimir con los anchos galones dorados que —al par de la amplia casaca— usa la guardia imperial de San Petersburgo.

Federico los medía de pies a cabeza con una mirada fría.

—¡Ladrones!... —exclamó entre dientes, al verlos tomar asiento en una de las mesas vecinas. Y cuando se levantó para retirarse en compañía de sus padres, temblábale todo el cuerpo de indignación. Una vez afuera soltóse de su pecho un suspiro con la fuerza de un gemido...

Y solamente después de un largo rato pudo preguntar con la voz ronca de angustia:

—¿Cómo siguen las cosas... en nuestra patria?...

Su padre no contestó sin antes escudriñar con los ojos disimuladamente su derredor.

—Nuestra patria... ha dejado de existir, Federico —dijo por fin con honda amargura—. Han hecho de ella una mera provincia... Han disuelto nuestro ejército... ultrajado nuestro escudo... Todas las universidades clausuradas... Nuestra lengua se ha extinguido ya... ¡Sólo los muertos la hablan aún!...

Federico no podía decir palabra alguna. Se

sentía estrangulado de dolor. No hizo más que acompañar a sus padres hasta su alojamiento, para despedirse en un fuerte arranque de voluntad, pretextando deber hacer una diligencia urgente en la Oficina de Correos.

Una vez solo, se apartó de la calle y del gentío, a fin de llegarse al cercano bosque y buscar sosiego... Allí, sentado en un banco permaneció un largo rato: lejos de la ciudad, con su luz y su bullicio...

En semejante quietud e inmovilidad de ánimo fué cuando comenzó a arrullarle esa música maravillosa que es el lenguaje del silencio de los bosques...

Y de pronto ya no eran árboles los que veía, sino campos de trigo movidos por el viento, en cuyas honduras asomaban sus coronas las más diversas variedades de amapolas...

Ahora se imaginaba presenciar una procesión como las que llevaba entre sus imborrables recuerdos: el sacerdote en el medio... En sus manos el Santísimo... En su compañía, campesinos con largos sacos de tela pesada y mujeres, cuyas cabezas iban cubiertas con polícromos pañuelos que relampagueban bajo la fuerte luz del sol...

Federico no podía contenerse más: tendió ambos brazos hacia lo lejos, para fijar sus ojos llenos de lágrimas en la infinidad del cielo que se combaba como una inalcanzable cúpula sobre su dolor, y cayó de rodillas...

Su corazón oprimido palpitaba con golpes alborotados, repitiendo a gritos, en el mismo centro de su cerebro: "¡Patria... Patria!"...

II

LA casa donde naciera, la conservaba Federico en la memoria de sus 25 años, como un edificio sencillo rodeado de árboles de follaje oscuro, cuyo melodioso rumoreo jamás faltaba en sus ensueños.

A lo largo del alambrado había preciosas rosas que mezclaban su fragancia con la de las lilas silvestres que crecían por todas partes. Y donde se mirase, el girasol enderezando sus grandes cabezas.

Un techado de madera protegía la puerta delantera, detrás de la cual —a la mano derecha— estaban ubicadas las tres piezas bajas, formadas por paredes blancas y sin adorno alguno.

Estas paredes fueron las que oyeron el primer grito, es decir, la primera señal de vida del pequeño Federico. Eran ellas las que hubieron de seguirle amparando, cuando si bien más grande ya, aún no

sabía nada de las dificultades de la vida, porque alrededor suyo todo era cariño y cuidado maternal...

¡Con qué gratitud pensaba en aquellos días!... ¡Cómo se alborozaba cuando, al esperar la llegada de su padre, divisaba detrás del portón sus piernas que a sus ojos parecían ser gigantescas... Era ese mismo portón que en otra oportunidad le permitiera dar su primer vistazo a un mundo desconocido, ese mundo de allá afuera... Más tarde, aprendió a andar y moverse, logrando así dominar ese "afuera": ya en la loca carrera detrás de lindas mariposas o tirándose sencillamente sobre el tupido pasto, si es que se sentía fatigado.

Cuando comenzaba a espiar la luna por encima de las coronas de los árboles; cuando flor y hoja parecían intensificar sus perfumes, y el ruiseñor envolvía con la belleza de su cantar cuanto de hermoso surgía de ese paraje; entonces ocurría a veces que el padre de Federico fuera en busca del niño soñador que dormitaba bajo la luz y el rocío de la noche, para cargarlo como algo frágil en sus brazos y llevarlo al refugio de la casa; allá cerca de la luz de la lámpara y del clavicordio sobre el cual las manos suaves de doña Justina solían ejecutar una colección hermosa de antiguas romanzas...

En tales momentos sucedía también que el niño se sintiese invadido y convulsionado por los acordes del noble instrumento; que sus ojos se llenasen de lágrimas y que, entre sollozo y sollozo, confesase una vez más su hondo deseo de aprender a tocarlo, puesto que nada le encantaba tanto como el sentarse frente a sus misteriosas teclas y hacerlas

producir uno por uno esos mágicos sonidos que —como nada hasta entonces— habían hecho estremecer su alma...

Ante semejante insistencia, sus padres no podían menos que acceder. Pronto en la técnica del piamio Zywny —un gran experto en la técnica del piano— la enseñanza del niño. Y a medida que sus manos, llevándose por delante cuanta dificultad se le presentaba, iban adquiriendo mayor dominio sobre el teclado, iba, asimismo, encendiéndose más y más la llama de su vocación de compositor. Y diríase que desde entonces todo lo que vivía buscaba su expresión no tanto por medio de la palabra, como mediante el lenguaje de los tonos. El alumno solía ejecutar directamente en el piano sus inspiraciones musicales, a fin de que su profesor pudiera fijarlas inmediatamente sobre el pentagrama con la gran facilidad de que se disponía.

De este modo, su fama siempre creciente abarcaba dos aspectos a la vez: la de compositor y la de intérprete.

Toda la ciudad de Varsovia —corazón y médula de la República de Polonia y actual residencia del padre de Federico— veía en él ya, un futuro conciudadano de notoriedad.

A la edad de ocho años apenas, gozaba, a la par de un ejemplar cariño por parte de sus padres, una fama similar a la de Mozart, cuando sentado ante un gran piano de cola, con las piernas colgando de la alta silla, fascinaba a sus auditorios evocando voces de la noche o el discreto murmullo con que el junco responde al soplo de los vientos,

o el resplandor platinado de un cielo con estrellas, acaso, también, el melódico canto de las ranas y otras tantas cosas más...

En aquella época era su renombre de artista tan consagrado, que la opinión pública le eligió como punto de atracción para conseguir fondos a beneficio de los pobres.

Ursin Niemcevich —a quien los nacionalistas veneraban profundamente no ya como autor de los "Cánticos de Historia", sino también como gran estadista, publicista e intrépido ayudante de Kosciuzko en la revolución del año 1794—, Ursin Niemcevich presentóse un buen día en la casa de pensión que atendía el padre de Federico Chopín, al mismo tiempo que daba lecciones de francés en el Liceo de la ciudad.

—Vengo a rogarle que me preste a su pequeño Federico —dijo con el gesto siempre un tanto autoritario que le era característico—. Se dará un concierto con fines benéficos, y toda la Nación desea la colaboración de su hijo.

Pero Nicolás Chopín no era un hombre que se perturbaba fácilmente, vacilaba aún. No sabía si alegrarse o entristecerce frente a la nueva. El no se había familiarizado aún del todo con la carrera que eligiera su vástago. No había aún dejado de ver en el pequeño virtuoso, ante todo el niño que necesita la disciplina mental que da la escuela para poder afrontar recién con menor peligro los aplausos del público.

Mas, con todo ello, mal podía, no apreciar debidamente el honor que significaba semejante pe-

dido para su casa; pedido que —viniendo de donde venía— era imposible rechazar. En consecuencia no tuvo más remedio que contestar:

—Le agradecemos, señor, la invitación que mucho nos honra.

Ursin Niemcevich a su vez tomó ambas manos de Chopín en las suyas, apretándolas fuertemente. Y agregó en tono de despedida:

—Estoy seguro que usted no se va a arrepentir de su consentimiento. Toda la aristocracia figura en la nómina de los que auspician la velada... ¡Será un gran día!

Y en efecto: fué un día verdaderamente grande para Federico. Admirado por las hermanitas, que le sitiaban más que nunca desde ese acontecimiento descomunal, Federico vivía la primera fiebre de emoción que provoca en un artista la expectativa festiva de su debut.

Para ese día se le vistió de saquito azul con pantaloncitos hasta la rodilla, sostenidos por una ancha faja de seda y un cuello cuyas ricas puntillas abarcaban con elegante negligencia una buena parte de la espalda.

Luego se le envolvió en un amplio chal y se le sentó así, todo envuelto, junto a su padre, en el coche que estaba ya esperando frente a la puerta, para conducirlo a la sala de concierto.

Mientras el carruaje rodaba por las calles, Federico hablaba a más no poder. La nieve que cubría los techos de los grandes edificios y palacios, antojábasele un blanco manto de reyes; las chozas que divisaba a lo lejos, se las imaginaba pobladas de

escurridizos esclavos. Se reía de las largas barbas de los judíos viejos, al mismo tiempo que remedaba con disimulo la exagerada solemnidad con que ambulaban ciertos monjes entre las demás gentes. El aspecto de un oso que ejecutaba bailes en medio de la calle, le causó una impresión tal que sus ojos se llenaron de lágrimas. En cambio, una iluminación, en varios colores, que llevaba la fachada de un teatro de títeres, le produjo una incontenible alegría de niño...

El padre lo observaba calladamente.

Por fin, ya frente a la amplia escalinata del edificio donde debía tocar dentro de poco, le preguntó don Nicolás en tono casi severo:

—¿Supongo que sabes debidamente el concierto de Gyrowetz?...

El niño sonrió solamente, cuando contestó:

—En realidad no me tiene preocupado, papá, si es que lo sé o no lo sé...

Y con esto dejóse caer en los brazos de uno de los gigantescos porteros que le llevó con pasos seguros por la escalera cubierta de hielo hasta el interior del edificio, indicándole luego con esmerado respeto el camino que debía tomar para llegar a su camarín.

Una vez solo en la pequeña pieza —que se hallaba separada de la tarima únicamente por una angosta puerta de comunicación— parecíale a Federico que su oído se aguzara. A través de la puerta distinguía un murmullo como de abejas alborotadas. Luego también voces y articulaciones que formaban

de repente sílabas... Y ahora: ¡sí!... había hasta quienes voceaban a gritos su nombre...

En eso abrióse de un fuerte empellón esa misma puerta, y un caudal de luz se volcó en el camarín, para servir, diríase, de alfombra a los pasos del niño.

Así se presentó Federico Chopín al público esa noche.

Primeramente no percibía nada más que el fuego cruzado de un sinnúmero de miradas; el titilar de los centenares de bujías colocadas en lujosos artefactos; las blancas caras de mujeres portadoras de valiosas joyas y ricas sedas y por fin, el reflejo de la mar de condecoraciones sobre las cintas, fijadas en los henchidos pechos de quienes las ostentaban...

Todo esto era enceguecedor y perturbaba sobremanera los sentidos del pequeño Federico.

Solamente el estruendoso aplauso le llamó a la realidad. Federico Chopín inclinóse ahora con mucha gallardía ante el público y se sentó ante el instrumento.

Así sentado, se apoderó de él una serenidad inimaginable. No se sentía cohibido en lo más mínimo por la presencia de tan numeroso como calificado auditorio. No sentía ni la sombra de esa duda que suele ponerse a último momento sobre el corazón; como una mano de hielo.

Nada de todo eso había en él.

Con la cabeza un poco hacia un costado, empezó Federico a tocar: así como los pájaros inician su canto...

Con soltura de ángeles descendían sus manos sobre las teclas, dominando vertiginosamente las múltiples dificultades que ofrece el concierto de Gyrowetz, el famoso maestro de Viena.

Mientras sus dedos ejecutaban los pasajes más arduos, paseábase su mirada por encima de los millares de cabezas que formaban el público. Y notaba que en los ojos que se fijaban fascinados en él, había admiración, orgullo y, acaso, también un poco de cariño...

Entonces sintió como si le crecieran alas y sus brazos adquiriesen las fuerzas de un gigante. De modo que cuando finalizó con un conjunto de trinos que con vuelo extático se elevaban de entre sus manos, no precisó más que alzar un poco la vista y sonreir hacia el público como diciendo: "¿Verdad que no lo hice tan mal?...", para que de allá le respondieran, al unísono, gritos de entusiasmo y de júbilo...

Esa fué la réplica del público.

La aristocracia que derramara su sangre al servicio de la República, púsose ahora ante él, de pie para rendir homenaje a un niño que en estos momentos adquiría proporciones tan grandiosas que hacían de él un símbolo de un porvenir más noble para la Nación.

Federico gozaba con todas sus fibras la satisfacción de esta hora, pero, claro está, sin poder abarcar a fondo todo lo que significaba semejante homenaje.

Cuando se enfrentó con el alborozo de su madre, quien le cobijó en sus brazos para preguntarle

(sólo por decir algo), lo que a su juicio habría gustado más que todo, al público de esta noche, contestóle el pequeño Federico con una traviesa risa de chico, perdiéndose luego en los pliegues de su vestido:

—Sin duda alguna: mi lindo cuello, mamita... ante todo mi cuello...

Desde ese momento, Federico fué el niño mimado de los salones más aristocráticos de la ciudad. Los Czartoryski, Sapieha, Czetwertynski, Lubecki, Skarbeck, Woicki, Pruszak, Hussarzewski y Lempicki rivalizaban por recibirlo en sus casas.

Así logró Federico familiarizarse con las formas y modalidades que le son inherentes al gran mundo internacional. El Intendente del Gran Ducado solicitó su compañía para un hijo de él, y con la hija del Conde de Moriolles mantenía una relación de amistad, cuyos verdaderos sentimientos eran tan precoces como difíciles de disimular.

Entre sus compañeros, eran tres los amigos que le deparó el destino: Tito Wojciechowski, a quien amaba con entrañable cariño; Juan Matuszynski, su "fiel Jas" y confidente de tantos tiernos secretos, y Julián Fontana, un muchacho leal y el mejor y más experto consejero en todas las cosas de índole práctica que se le presentaban.

Con los tres compartió Federico Chopín su juventud y todos los sinsabores de la escuela —que hubo de adoptar en lugar de la enseñanza privada que hasta entonces había recibido en su casa—; con ellos seguía compartiendo también los placeres y esparcimientos en épocas de vacaciones; en largas

excursiones de a pie y en coche; en las que más de una vez se recordaba con mucha ternura los sedosos rulitos de cierta marquesita y muchas otras cosas propias de una juventud pura y feliz... Cuando volvía a casa encontraba ya todo listo para sentarse a la mesa y saborear lo que ella ofrecía: leche fresca, frutillas y el tan delicioso pan de centeno.

La bendición del cielo estaba sobre la pureza de aquella época de campo en la vida de Federico; del mismo modo como se asienta sobre el verdor de los prados, la claridad irizada del aire y las coronas de los árboles frutales cuando visten sus velos de novia...

Llegado el tiempo de la cosecha, era natural que el violín de los trilladores buscase las melodías que en su corazón y los labios llevaban las jóvenes segadoras, para luego encontrarse en un primitivo lecho de aromáticas hierbas, ante el que montaban la guardia un sinnúmero de amapolas de los más diferentes colores...

Para Federico significaban todas estas visiones campestres, emociones profundas. Por primera vez veíase cara a cara con el pueblo; con sus pasiones, nostalgias y sufrimientos. Presa de un perturbamiento desconocido buscaba refugio y nueva orientación frente a su piano, incapaz de contener sin esa ayuda lo inmensamente grande que quería expresar su alma. Y así: comunicando sencillamente lo que habían visto sus ojos y percibido sus demás sentidos, surgieron sus trabajos de esa época: de amor que se esconde entre pesadas espigas de trigo; de ruidosas fiestas de boda con parejas que se mecen y luego se

vuelcan en loca danza; de bautismos y de sepelios...

Le gustaba ilustrar todo ello con dulcísimos trinos, con bajos que imitaban la gaita, con fogosos tresillos y con el oleaje de un enérgico "rubato", tiempo que para él representaba una de las características más acabadas del temperamento nacional.

Claro que por ese camino hubo de llegar forzosamente a la canción-danza: la mazurca, la cracoviana, la polonesa.

Y es lógico también que con tales formas en sus manos, hubieron de afluirle incesantemente los más encantadores temas que emanaban del paisaje como emana el perfume de las flores...

Federico pasábase las noches sentado al piano y a su mesa de trabajo.

Cuando después de sus vacaciones regresó a la ciudad, rehuía a los amigos. Con las imborrables impresiones que traía de la campaña, no experimentaba ningún deseo de verse con gente que —como él sabía— no lograrían interpretarle, acerca de su nuevos y sutiles sentimientos.

Además, la honda satisfacción que le proporcionaba —¡a los 15 años de edad!— la impresión de su Rondó, op. 1, operaba naturalmente en su más profundo ser, empujándolo hacia nuevos horizontes.

Efectivamente; de inmediato puso manos a la obra; en cuanto terminaba con sus deberes escolares, empezaba a bosquejar, modificar, concebir y desesperarse en meditaciones hasta las más avanzadas horas de la noche.

Le ocurría muy a menudo que —apenas acostado— saltaba de su cama para probar en su piano

la sonoridad de algunos acordes. Y sólo cuando lograba resolver sus problemas de composición, dábase el lujo de recostarse de nuevo. Mas de pronto podía suceder también que una nueva duda le llevase ante el instrumento, donde por la mañana se le encontraba dormido: la rubia cabeza sobre el brazo izquierdo y éste a su vez sobre un buen número de teclas, silenciosamente hundidas bajo su peso... Los sirvientes no podían comprender tales "rarezas". De modo que poco a poco se hizo costumbre que al hablar de Federico no omitían golpearse significativamente con el dedo mayor en la sien, agregando:

—¡Pobre el señorito nuestro!...

Pero a pesar de ello, Federico se desarrollaba perfectamente bien. Su salud no dejaba nada que desear. Una temporada en Reinerz habíale reconfortado de tal suerte, que al abandonar el Liceo —después de buenos exámenes de egreso—, lucía una figura agradable y sana, un rostro de una expresión madura y simpática, con cabellos ligeramente ondulados y, ante todo, un ánimo alegre y optimista, dispuesto a afrontar lo que la vida pudiera presentarle.

Una vez escapado del yugo escolar, Federico no anhelaba más que elegir el arte, es decir, la música, como profesión. A ciertos reparos por parte de los padres, podía él oponer argumentos de peso: Les recordaba, por ejemplo, las elogiosas palabras que tuviera el príncipe Antonio Radziwill, en ocasión de haber asistido a su concierto de Varsovia y de haberle luego invitado a pasar unos días en una de sus

estancias cerca de Antonin. Por otro lado, les evocaba una vez más esa ilustre rueda de altos personajes cuyo centro fuera él, el joven Federico Chopín: sentado al precioso piano de cola que tenía su sitio de honor en la lujosa sala de recepción, donde colgaban los retratos de los innumerables antepasados de tan rancia nobleza, entre los ricos candelabros de bronce, las columnas revestidas de espejos y las consolas de mármol que ostentaban elegantes piezas de porcelana de Sèvres. Y no se cansaba de mencionar que alrededor de él, se habían reunido —como una hermosa corona de flores— las damas más bellas y prestigiosas de la alta aristocracia, mientras el príncipe —una cumbre de cultura y abolengo— le escuchaba desde su sillón incrustado en oro, inclinando en un profundo recogimiento su linda cabeza de idealista...

Federico no dejaba de comentar ante sus padres, asimismo, la aceptación tan grande como espontánea que habían obtenido también sus composiciones; trabajos que en realidad no eran sino trozos fragmentarios si se las comparaba con las verdaderas obras que esperaba poder realizar en un futuro próximo...

¿Cómo podrían sus padres vacilar por más tiempo? ¿No sabían, acaso, que todo esto era cierto y estaba, además, confirmado por las más indiscutidas autoridades del mundo musical?

Y así se resolvió inscribir a Federico Chopín en la nómina oficial del Conservatorio de Varsovia, a fin de darle, como tanto lo deseaba, la profesión de músico.

Su padre no omitió acompañar personalmente a su hijo en su primera entrevista con el director del Conservatorio: un conocido contrapuntista y, además, amigo de la casa, que hacía mucho se interesaba sinceramente en los programas técnicos del joven Federico.

Encontraron a Elsner —pues así se llamaba el director— en su gabinete de trabajo de la Jesuitenstrasse, donde ocupaba él, el creador de tantas cantatas y de una "Pasión de Nuestro Señor Jesucristo", dos pequeñas celdas del Convento de los Piaristas. Era un edificio muy antiguo, que en parte se derrumbaba ya. En sus pasillos se conservaban sin el mayor cuidado, una serie de banderas que habían sido usadas alguna vez en las grandes procesiones que tuvieran lugar en la ciudad. La antecámara tenía el aspecto de una cripta; y sólo los retratos de músicos célebres que adornaban las paredes, revelaban el nuevo destino que se le había dado a esta parte del viejo convento.

Mientras Federico observaba las efigies de los diferentes personajes, su padre se hallaba en el gabinete de Elsner, entrevista esta, que, cumplidas las formalidades del caso, finalizará con las siguientes palabras del director:

—Usted me mencionaba el juicio de la gente, en el sentido de que su hijo Federico no se sometiese a las reglas clásicas de la escuela de la música y que, antes por el contrario, pareciese menospreciarlas para poder dar rienda suelta a su fantasía; contraviniendo, en consecuencia, las normas más primordiales de la música. Pero yo le aseguro, en

cambio, señor Chopín, que lo que debemos hacer, es dejarlo en paz. Federico no puede tomar por los rumbos corrientes, porque se trata de un talento, nada corriente, sino extraordinario. El no se atiene a los métodos tradicionales, porque posee métodos propios. Usted verá que en sus obras ha de manifestarse una originalidad que no se ha conocido hasta ahora en ningún otro compositor.

Y después de una pausa que utilizara para abotonarse su abrigo de piel, agregó:

—La grandeza de un artista surge y se nutre de los recursos propios de que dispone la individualidad, cuando es un genio. Y sólo basándose en el poder de tal individualidad genial le es dable llegar al máximum de perfección.

Este fué el signo, bajo el cual se iniciara su enseñanza. Y ella no podía ser sino un desarrollo orgánico de las ricas facultades inspirativas, dejándole toda libertad, sin por ello —claro está— olvidar la exigencia estricta de cierta disciplina, puesto que el éxito depende siempre de la labor, y ésta a su vez, de la voluntad ordenada con que re realiza tal labor.

A la teoría del contrapunto siguió la de la armonía. Los velos de los "secretos técnicos" descorríanse cada vez más y hacían entrever la existencia de nuevos misterios. Con el dominio de lo formal, su talento libertábase progresivamente y Federico adquiría así un profundo conocimiento de la esencia de la técnica musical.

Mas, fuera de esta indescriptible sensación de progreso, Federico experimentaba en aquella época

otra clase de honda emoción que caía sobre su alma como una suave lluvia en un cálido día de primavera: Día a día al salir del Conservatorio, topábase en las cercanías del monumento al rey Segismundo, con el carruaje de la familia de los Moriolles, en el que se paseaba "Mariolka", la pequeña marquesita, con su vestidito de perlas y sus hermosos ojos llenos de risa, bajo un sombrero de amplias alas que parecían querer servir de aureola a su cabecita de ángel, cubierta de rizos de oro... No hacía más que encontrarse, saludarse con respeto, pero acariciándose mutuamente con las miradas, recordando pasados días y abrigando —tanto uno como el otro— el más íntimo deseo de que alguna vez pudiera repetirse la dulzura de semejante dicha.

Sólo en una ocasión el cochero detuvo los briosos caballos —frente a la misma plaza— circunstancia que Federico aprovechó para acercarse a la bella muchacha, tomar su mano en las suyas y —puesto que ella no hacía lo más mínimo para desalentarlo— asentar sus labios sobre la blanca y temblorosa manecita... Esto bastó para que el joven perdiera el suelo debajo de sus pies, experimentando una sensación como si todo él se hundiese en el más profundo de los abismos...

Loco de contento corrió a su casa, y de su alma extasiada desprendióse aquel famoso "Rondeau à la Mazur, dedié a Mlle. la Comtese Alexandrine de Moriolles", que no era otra que su adorada "Mariolka", como él la llamaba.

Con una serie de octavas —que eran como una salva de homenaje— iniciábase el tema. Luego de

una transición hacia "si menor", un segundo tema se unía con aquel, diríase, en un jardín de melodías sobre un fondo de plata ligeramente sostenido por los frágiles acordes de un arpa.

Al enseñarle la reciente composición y dedicatoria al maestro Elsner, éste expresó su conformidad, sólo con un leve movimiento de cabeza. En cambio, hizo en su agenda la siguiente inscripción: "Chopín, Feder, 2.° año, buen alumno".

* * *

—¿Exito... o fracaso, mi joven y silencioso amigo...?

—Ni lo uno ni lo otro, profesor.

Era en el interior de una diligencia postal, dos leguas antes de llegar a Zullichau, sobre la carretera que conduce a la ciudad de Posen.

—Y... ¿Berlín —prosiguió su compañero de viaje—, la metrópoli?

—Una ciudad como tantas otras... Solamente de tamaño mucho mayor... y todo más limpio, higiénico... Y en cuanto a las mujeres: lástima por las costosas sedas que llevan puestas...

Yarocki dijo sonriendo:

—¡Cómo se ve que es usted polaco, querido!...

—Y lo seré hasta la muerte... Pero ahora en serio: Mucho de ello me ha encantado sobremanera: las hermosas avenidas, las bibliotecas, las magníficas instalaciones de las fábricas de pianos, etc. En el teatro vi el "Cortez", de Spontini, el "Frieschuetz", de Weber, y ante todo, la "Oda a Cecilia", de Haendel, que en mi concepto es una obra ideal

de música solemne... A Zelter lo divisé de lejos... y a sus colegas —respetable profesor—, a los naturalistas: los vi muy de cerca... Esto es, en síntesis, mi experiencia de Berlín...

Esta situación con su respectivo diálogo se produjo a raíz del regreso de una asamblea que había reunido en Berlín —bajo la presidencia del célebre Humboldt —a los más calificados naturalistas de todos los países. Yarocki que había cursado sus estudios en Berlín, fué como delegado de la Universidad de Varsovia, y —en virtud de su amistad con el padre de Federico— habíase ofrecido para llevar consigo al joven compositor y hacerle así partícipe de todas las peripecias que le proporcionaría un viaje de esta índole y vincularlo con gente que pudiera serle útil. De esa suerte enriquecería Federico sus conocimientos y se le abrirían nuevos horizontes.

El joven Chopín, empero, no estaba aún en condiciones de aprovecharse de todo lo que significaba para él un viaje de esta naturaleza: Le faltaba, en una palabra, la madurez necesaria...

En consecuencia, hubo de arrepentirse en muchos aspectos por la forma cómo encarara una oportunidad semejante y hasta avergonzarse de la reacción casi pueril con que respondiera a ella; reacción ésta que se reflejaba mejor que nada en las palabras que dirigió como despedida a su buen amigo Titus: "te escribo —decíale— como un demente... Pues no sé, y no me doy cuenta de nada de lo que estoy por hacer... Sólo sé una cosa: que hoy emprendo viaje hacia Berlín!...

En todo ello pensaba Federico, mientras sentía de repente una inquietud tan grande que le hacía desesperar ante la regularidad con que trotaban los caballos... Le parecía un andar de caracoles.

Las nostalgia le estaba enredando más y más en sus mallas, a medida que a través de las leguas se iba acercando a su terruño...

No podía ser de otro modo, puesto que allá estaban los suyos... Estaban sus amigos... Estaba su "Mariolka"...

Y su alma se desvivía por llegar.

Comenzó a contar las marcas de la carretera; a maldecir la parsimonia con que alentaba el cochero los caballos; y cuando, en Zullichau, les declaró el encargado de la estación que por el momento no disponía de nuevos caballos; faltó poco para que le saltase a la cara...

El profesor Yarocki hacía lo posible para consolarle:

—Estamos en un lugar histórico —decíale al bajar del coche—, haremos una breve jira de inspección.

Pero todo era en vano. Federico se aburría y contagiaba con su desgano a su compañero. De suerte que aquella "jira" de investigación histórica, encontró su fin, apenas iniciada.

De vuelta a la estación, Yarocki pidió de comer, mientras Federico —hondamente perturbado por su estado de ánimo— miraba nervioso a su derredor.

De pronto lanzó un grito:

—¡Profesor... vea: un piano!...

Yarocki que en ese momento estaba desplegando su servilleta para atacar con buen apetito el rico plato que tenía por delante, replicó no sin alguna ironía:

—De veras... efectivamente: un piano...

—Y no uno de los peores —agregó Federico, sentándose inmediatamente en el banquillo.

Apenas sentado, comenzó a tocar con los ojos cerrados... Era una canción popular: una de esas con que cantaban la ronda, allá en su tierra, cuando la noche se acercaba...

Con voz baja evocaba como en un conjuro sus palabras... Y era como si una flauta campestre las recogiese para llevarlas por doquier, a través de floridos jardines...

Sobre todo ello, en su imaginación veía asentarse una de esas noches que embriagan bajo la luz de una luna clara.

Tan retraído estaba Felerico con sus ensueños, que no se dió cuenta siquiera de la presencia de algunos ocasionales oyentes: tres viajeros; el encargado de la estación con su esposa regordeta y dos hijas (que lucían unas mejillas tan rojizas como ciertas manzanas); y el mismo Yarocki, formaban un semicírculo alrededor del instrumento y escuchaban —en un profundo silencio— las deliciosas melodías.

Un motivo con carácter de danza sucedió ahora al de la canción...

E inmediatamente notóse en el accidental auditorio la correspondiente reacción: soltábanse disimuladas risas de las gargantas de las mujeres, a la

vez que se producía el inconfundible ruido de un zapateo que no parecía dispuesto a contenerse por más tiempo...

Pero en este instante se abrió la puerta, y una voz ruda dió la nueva:

—Han llegado los caballos... ¡Los coches están listos!...

Federico despertó como de un sueño. Miraba cohibido las caras desconocidas que le circundaban. Y cuando se enteró que esos mismos desconocidos le pedían que se quedara y les diera un rato más el regalo de su arte, sintió asombro y una satisfacción muy grata.

Sin embargo, se negó, arguyendo la urgencia que tenía en llegar a Posen.

—No perderá tiempo, señorito —replicóle entonces el encargado de la estación—. Haremos viajar a tan ilustres caballeros con mis mejores caballos de correo.

Este argumento triunfó: trajeron un buen vino y chocaron las copas en homenaje al "preferido de la musa Polihimnia". Uno de los presentes, cuyo número había entretanto crecido notablemente— que era músico de profesión, pronunció un conceptuoso discurso, manifestando al final que ante una música de tan alta clase hubiera el mismísimo Wolfang Amadeo Mozart aplaudido a la par de ellos...

Federico agradeció debidamente y, luego de ejecutar a pedido de sus oyentes, una mazurca, fué llevado en andas hasta el coche del correo expreso, que le estaba esperando y cuyos corceles cavaban ya impacientes la tierra.

Este viaje se realizó con la rapidez de un vuelo: llevando con él la nueva prueba del homenaje que esta gente dispensara a su arte.

¡Qué gran satisfacción le proporcionaba todo ello! ¿No era, acaso, su arte una inmensa fortuna que llevaba consigo? ¿No era su talento una suerte de "varita mágica" que le abría todas las puertas y todos los corazones?

Tales pensamientos no le abandonaron desde entonces: antes bien, se reavivaron a su arribo a Posen, donde encontraron —en la casa de Antonio Radziwill— una hospitalidad digna de reyes. Y durante todo el viaje hasta llegar a la frontera, iba Federico acompañado de este optimismo que se acentuó aún más, cuando pisaron tierra patria y comenzó a extenderse esa llanura de una amplitud incomparable y que lleva un color que rivaliza con el azulino de un límpido cielo...

Así llegaron, por fin, dando fuertes y alegres toques de corneta, a la vieja y amada ciudad de Varsovia.

* * *

Por tercera vez fijaba Federico, que vestía un elegante frac negro con chaleco de seda blanca, sus ojos sobre el "affiche" que estaba colocado frente al imponente pórtico del "Teatro Imperial" de Viena. Hacíalo con una tensión emotiva que le oprimía el corazón. Y leía una vez más lo que se anunciaba para esta noche, en una audición que tendría

lugar en una de las salas más famosas de Europa. El "affiche" decía así:

PROGRAMA

DE LA

ACADEMIA DE MUSICA

(11 de Agosto de 1829)

Las Creaciones de Prometeo

Obertura por Ludwig van Beethoven

Variaciones sobre un tema de la Opera "Don Giovanni",

para piano con orquesta. Composición y piano por Federico Chopín.

Y nuevamente se apoderó de él, un hondo asombro que le impulsaba a meditar y recapitular en el cúmulo de emociones que había experimentado en el curso de los últimos tiempos... Hacía apenas unos once meses que emprendiera aquel viaje a Berlín en compañía de Yarocki, luego de su regreso de Varsovia; y ahora Viena: el "solar de los genios", donde yacían Gluck, Mozart, Haydn, Beethoven...

¡Con qué fruición pronunciaba Federico esos nombres!...

Y luego de echar una mirada sobre la fachada del teatro que con noble monumentalidad se erguía hacia las alturas, dirigióse a través del amplio vestíbulo hasta la misma sala de espectadores.

Con cierta angustia se puso a calcular sus enormes dimensiones: eran cinco pisos, dos de los cuales contaban con anchos y cómodos palcos; además una platea con infinitas filas de butacas, y allá a lo lejos, la ubicación para la orquesta, con sus apenas distinguibles atriles y el podio para el director. Todo esto debía hoy abarcar un piano bajo sus manos, hasta poder llegar a los miles y miles de oyentes y lograr, acaso, fascinarlos, someterlos, dominarlos...

¿Bastarían sus fuerzas para realizar semejante tarea?

Ya durante los ensayos había experimentado cierto temor acerca de la posibilidad de llevar a cabo tan arriesgada empresa; empresa que, si se pensaba bien, habíale impuesto sólo el cariñoso afán de sus amigos, aconsejándole, insistentemente de no desechar a una oportunidad de tan magno relieve para el curso de su carrera.

Por otro lado hubo también de parte de su editor, un argumento de peso: Haslinger le hizo presente que si el joven Chopín abrigaba la esperanza de ver aparecer sus Variaciones en una editora de tan arraigada fama, debía el autor, al menos, hacer lo posible para familiarizar previamente a un vasto y selecto público con los principales valores de su propia obra.

"Treta de buen comerciante", decíase Federico, recordando que también Haslinger le había presentado al Intendente de este famoso teatro, el conde Gallenberg, a fin de obtener de su parte —eso sí: sin derecho alguno a honorarios— la prestigiosa sala y realizar allí el gran concierto de esta noche.

Pero ¿de qué le valían en estos momentos tales reflexiones? Más serio, por no decir fatal, presentábase para él el asunto, si pensaba en la actitud asumida por el personal de la orquesta, frente a él. Hubo caras de pocos amigos para un pianista debutante que se atrevía a ofrecer ya en una primera audición cosas propias —¡y, claro está, sólo en manuscrito!— y que para colmo tenía la manía de colocar las cifras, no encima de los signos de pausa, como se había hecho siempre hasta ahora, sino debajo de ellos...

Esto era ya demasiado. Era sencillamente un atentado contra una rancia tradición de la venerable ciudad de Viena... Y, en consecuencia, se convino en tocar con el desgano que un tal debutante se merecía y arrastrarse con toda la malicia de que disponía la rutina profesional por los más bellos y sutiles vaivenes que, sin duda alguna, contenían las variaciones del novel compositor.

Esta actitud por parte de los músicos llego a tal grado que cuando Federico —que hubo lógicamente de interrumpir más de una vez la interpretación inadecuada de su orquesta— pidiera una repetición del "Rondeau de concert" (que figuraba como número 4 en la audición), negáronse abierta y solidariamente los músicos. A lo que Federico

contestó con un: "Entonces gracias y nada más por hoy...", dando así por terminado el ensayo general y decidiendo eliminar del programa la "cracoviana", por cuanto sus efectos se verían fatalmente malogrados por la forma en que la ejecutarían los rebeldes integrantes de la orquesta.

Así las cosas, no había otro recurso que la lucha: una lucha por demás ardua para un debutante, si se tiene en cuenta que ésta debía producirse hacia dos frentes: por un lado, un público nuevo para él, y por el otro, la hostilidad de los colaboradores, de los que en buena parte dependían los efectos de la obra, con que queríase, precisamente, conquistar a ese mismo público.

El piano que Graff había puesto a su disposición era para Federico su única esperanza. En el último caso ofrecería una serie de improvisaciones. Eso le salvaría...

Una vez tomada esta resolución se trasladó con pasos firmes a escena, donde ya comenzaban a encenderse las luces.

Poco a poco se iba llenando el teatro. De los palcos oíase el runrún de voces humanas que parecían más despiadadas que nunca. Al mismo tiempo percibía Federico el ruido que hacen las partituras al ser colocadas bruscamente sobre los atriles; escuchó asimismo el poco promisorio afinar de los instrumentos. Y por fin, después de un sordo golpe de platillos, se inició, a cargo del suave sonido del oboe, el adagio de la obertura de Beethoven.

Federico seguía su ejecución con un sentido meramente crítico: examinaba su estructuración

que sólo le satisfacía en parte. Luego se le antojaba que las transiciones se producían a base de contrastes demasiado fuertes: era como si un hálito seráfico que se elevaba como una pluma, se convirtiese en un monstruoso peñón que se arrojaba pesadamente en un precipicio...

Así polemizaba su genio contra otro genio.

Mas la llegada de un joven muy arreglado, le sacó de su meditación: era el ayudante del director que había sido designado para darle vuelta las hojas. Hubo un breve saludo en el preciso instante en que la orquesta finalizaba con un "fortissimo", la obra de Beethoven.

Sin perder tiempo sentáronse ambos al piano, no sin que antes el joven aprovechara la ocasión para hacerle saber a Federico que la última vez había prestado iguales servicios de ayudante al célebre Hummel...

Ahora se hizo un breve silencio. Un silencio saturado de expectativa. Luego un movimiento en el público y la orquesta comenzó a ejecutar su parte.

Federico miraba con ojos fijos a los músicos, uno por uno. Imponía al violoncelo, a los violines y a cada instrumento que se adhería al conjunto, su voluntad férrea para de repente atacar él mismo con una precisión tan fina como decidida. Y en ese momento sentíase, Federico, libre de todo temor. Diríase que lograba envolverse elegantemente en la amplia capa de Don Juan para dar a su imaginación un máximum de intensidad ilustrativa y lograr así también un máximum de característica y colorido,

dentro de su interpretación... Y así ocurrió que el público reviviera al son de la música, todos los pintorescos brincos de Leporello, la risa cristalina de la bella Zerlina y las roncas maldiciones de Masetto...

El primer "bravo" surgió de entre el público. Y el entusiasmo acrecía de variación en variación para por fin, alcanzar un grado tal, que los pasajes intermedios de la orquesta parecían no existir para los oyentes... Dos veces tuvo que aparecer en escena y agradecer por el aplauso.

Es fácil de entender lo que esto significaba para Federico frente a los mismos músicos. ¡Qué honda satisfacción le causó el hecho de que el público lo recibiese con un espontáneo y frenético aplauso, cuando salió de nuevo a ocupar su piano, después de haberse ejecutado un aria.

Federico no hizo más que recorrer con su mirada las filas de los hombres que integraban la orquesta, en el preciso instante en que se dispuso a iniciar, como ya había decidido, una improvisación, en lugar de la cracoviana que debió suspender en el programa de esta noche.

Y la inició con un apasionamiento sin igual. Era un tema de una canción de boda, llamada "Chmiel", que se prestaba admirablemente para reflejar el estado de ánimo que le afectaba... Porque también en dicha canción parecía rogar alguien con toda humildad, sin ser atendido... Y también allí, como fruto de la no atención y el desengaño, surgió de pronto, la voluntad de arrostrar al ene-

migo. De tomarse por propia fuerza lo que le fuera negado...

Lo mismo sucedió aquí: en brillantes escalas y arpegios impúsose la voluntad artística de Federico... Ascendió en un magnífico vuelo hasta las nubes... Respiró el aire puro de las alturas... Era tan grande y hermosa esta visión, que Federico permaneció un buen rato inmóvil: en una suerte de éxtasis.

Pero una lluvia de aplausos le sacó de su elevación: eran los músicos que, todos de pie, le hacían llegar sus ovaciones por encima de la mar de luces que bordeaba el tablado.

El público, al darse cuenta del franco entusiasmo que exteriorizaban los mismos profesionales, no quería quedarse atrás. Y profirió en gritos de júbilo y apasionada simpatía.

Federico se inclinaba y se inclinaba sin cesar, hasta que se desprendió, por fin, del homenaje, para llegar, más muerto que vivo, a su camarín.

Lo que le ocurrió desde ese momento alcanzó a percibirlo sólo como a través de una niebla: venían a modo de una avalancha, gente y más gente: compatriotas, amigos y colegas... Hasta un ayudante de Su Majestad el Emperador se hizo anunciar a fin de expresarle en un perfecto francés, su admiración:

—¡Que esta ciudad de Viena nos lo conserve a usted, monsieur Chopín!...

Federico contestaba a todo y a todos, con aire distraído.

El, personalmente, no estaba nada conforme

con la improvisación de hoy, que le parecía más bien pobre y por demás efectista en sus recursos.

Pero no obstante ¿podía alguien dudar de que fuera un triunfo sin igual?

Con alguna inquietud esperaba durante los días subsiguientes el eco que encontraría su concierto en la opinión de la prensa local.

Y cuando aparecieron las respectivas notas críticas, era todo una sola loa. Se destacaba en ellas la belleza de sus sentimientos, el vigor de su técnica, su hondo saber de lo más íntimo del alma humana; en una palabra: se le celebraba sin ristricciones como un reluciente meteoro en el mundo de la música.

Sólo en uno de los diarios —el "Wiener Theaterzeitung"— hubo alguna oposición. "Su técnica —decíase allí— si bien harto segura ya, posee aún poco de aquel brillo que suele revelar el verdadero virtuoso, desde su primeros tonos. Chopín, en cambio, tiene un ritmo poco marcado, semejante al que suele darse a la conversación en los salones de la alta sociedad, y carece por tanto del aplomo retórico, que es, precisamente, un elemento indispensable en el arsenal del pianista nato...".

Esta opinión tuvo en Federico el efecto de un pinchazo. Con profundo fastidio decíase y le decía a quien quería oírlo:

—Pareciera que esta gente estuviera acostumbrada al toque dinámico de los tambores... Pero puede ser también que el redactor de tal nota, sea padre de una chica que maltrata a todas horas del día y de la noche un pobre piano y que por tal ra-

zón, se siente con el derecho de asesorar, en sus fallos críticos, a su señor papá...

En realidad: ¿qué podía importarle a él todo esto? El sabía que las damas más hermosas y los músicos más rebeldes habían estado con él: entusiasmados, fascinados...

Y por lo tanto, vislumbraba también el rumbo que iba a tomar. Y ese rumbo le llevaría, efectivamente, muy lejos: nada menos que hasta las estrellas.

III

A su regreso de Viena, Federico fué inmediatamente a visitar a su viejo amigo y maestro Elsner, en la Jesuitenstrasse.

Ambos se emocionaron tanto al verse uno frente al otro, que optaron por estrecharse calladamente en un fuerte y cerado abrazo. Y sólo después de un largo rato pudieron encontrar también las palabras y conversar de los tiempos pasados. El tema principal eran los grandes esfuerzos que, aquí como siempre, habían sido necesarios para obtener por fin, el triunfo.

Elsner que había recobrado primero su serenidad decía con honda satisfacción:

—Ahí está reflejado todo —y señalaba un paquete de diarios locales que estaban ordenados con una minuciosidad que revelaba el cariñoso interés

con que siguiera la carrera de su amado exalumno.

Federico que se sentía muy cohibido decía solamente:

—No... Son textos entresacados... que a veces hasta alteran el verdadero sentido... En los diarios alemanes se decía todo con más serenidad y justicia...

En ese preciso instante se produjo para él algo extraordinario: Al levantar la vista para dirigir su mirada, como era su costumbre, hacia lo lejos, divisó de pronto en la ojiva que servía de marco a un nicho, la figura de una mujer joven cuyos rasgos —si bien carentes de la regularidad que posee la clásica belleza femenina— emanaban, sin embargo, a través de un cabello castaño, unos ojos profundos y una boca roja y fresca como una rosa, una dulzura digna de una Madona.

—La señorita Gladkowska —dijo Elsner—. Constancia Gladkowska, una futura cantante de nuestro Teatro de la Opera.

Para Federico era como si se hundiera el mundo: tal fué la impresión que le causara este repentino encuentro. Nada de lo que había visto, pensado y vivido hasta entonces le parecía poder subsistir al lado de lo que sentía en estos momentos.

Y con voz apagada por la emoción preguntó solamente:

—¿Tiene usted el propósito de debutar aquí, señorita?

Ella asintió, sacudiendo en forma encantadora la cabeza, y agregó:

—En cuanto termine mis estudios —proba-

blemente a mediados del año próximo— será mi debut el papel de Agnese, en la ópera de Paër.

El timbre de su voz era toda una melodía. Toda ella parecíale música. Nunca jamás hubiera creído que un ser humano pudiese llevar tanta melodía en sí...

Elsner que notaba el estado de ánimo de Federico quiso sacarlo de su cortedad y preguntóle entonces:

—¿Nuevos proyectos en vísperas, j ó v e n amigo?

Y Federico, con un acento por demás extraño, le replicó:

—Sí, maestro: algo nuevo... y muy grande a la vez...

Y sus ojos buscaban los de la joven.

De repente se cortó de nuevo, tomó rápidamente su sombrero y salió.

Pero ni bien se vió en la calle, sintió que todo su ser se convulsionaba en aras de una nueva obra que quería nacer... y más prevalecía la idea de un concierto para orquesta, en fa menor.

Y un tema se elevó en ese mismo instante como una alondra y llenó su alma con su cantar...

Con apresurados pasos subió la escalera de su casa, entró en su pieza, bajó las cortinas y encendió un candelabro de dos brazos cuya luz le estimulaba sobremanera.

Luego se vió atado a la mesa de trabajo. Las blancas páginas se llenaban más y más bajo el impulso de su confesión de amor: un amor nuevo y puro como un campo recién nevado...

Y muy en contra de su costumbre, no modificaba ahora nada de lo que iba escribiendo, diríase, bajo el poder de un dictado. Y mientras componía la cantinela, suplicaba Federico —miedoso y piadoso a la vez— para sus adentros:

—Amada: ¿mentía acaso yo, cuando dije no conocerte aún...? Pues desde meses sueño contigo; sirviéndote de lejos, aspirando tu sonrisa muy cerca de tus labios... Ahora que estuve frente a ti misma, no soy sino un recipiente que conserva y repica el timbre tu voz... Haz de mí el suelo para tus pies... Déjame caer de rodillas ante tu imagen y encenderte luces: como ante la misma Virgen Santísima, a quien encomiendo todo mi sentir y todo mi ser...

Así decía, escribiendo. Así escribía, hablando en alta voz... Y cuando anotó los últimos compases de la partitura, se halló, en efecto, hincado: sumergido en la bondad de una plegaria... Algo como un ángel parecía acercársele, replegar sus alas y asentar sus dos manos llenas de luz sobre él...

Era una bendición...

* * *

Esto había ocurrido en otoño. Ahora era primavera.

Los arroyos y ríos acarreaban desde las lejanías, ramas y troncos que nadaban a modo de náufragos sobre el agitado oleaje de las aguas...

En los muros, cerca de la ciudad, florecían, en cambio, sigilosamente, las suaves violetas.

Federico caminaba al lado de su amigo Titus que viniera a Varsovia para participar de las sesiones del Parlamento.

Y mientras su amigo —que iba vestido de color pardo, coincidía perfectamente bien con la alegre sinceridad de su temperamento— le miraba de reojo, reanudó Federico el tema de la conversación que fuera interrumpida hacía un momento:

—Crémelo, Titus: es así como te lo digo... Lo soñado parecíame realidad, y la realidad me parece ahora un sueño... Y así duermo de día y vivo despierto de noche... Todo mi ser es un inmenso dolor... Y asimismo, pensando en Constancia, vuélvese mi nostalgia nada más que dolor y deseo de morir...

—¿No quieres decirme algo de tus trabajos? —interrumpióle el amigo.

Federico le miró, distraído:

—¿Tú conoces mi concierto en fa menor? Lo terminé a mi regreso de una visita al príncipe Radziwill, en Antonin. Tanto el príncipe como la princesa tuvieron muchas mercedes para conmigo. Y las princesitas, como siempre, encantadoras... No te imaginas lo que es poder enderezar sus deditos sobre las teclas de un piano... Y con ojos animados agregaba:

—Sobre mi estadía en Varsovia, sólo esto: Hice dos audiciones ante salas repletas. Hubo más entusiasmo que comprensión... "Mariolka" —tú sabes que en breve se comprometerá— me mandó una corona... El "Courrier" trajo en mi honor un soneto... Entradas: 5.000 gulden, aproximada-

mente... Por lo demás, hubo reclamos de parte de la platea, arguyendo que hubiera debido tocar un poco más fuerte...

—¿Y qué opinas tú al respecto...?

Federico, casi exaltado, respondió:

—Es el piano, querido... Un instrumento deficiente, de fabricación local... ¡Si pudieras escuchar alguna vez lo que es el piano de Graff...!

Así conversando habían recorrido ya todo el largo del muro y estaban atravesando el puente que conduce a la ciudad. Federico señalaba el camino que debían tomar.

Pero de pronto, se tornó muy taciturno y vacilante en sus palabras y sólo parecía querer apresurar más y más la marcha.

Hasta que Titus se detuvo y le pidió explicaciones:

—¿Qué te pasa...? ¿A dónde me llevas?

—Paciencia, amigo...

Pero con todo esto, su ánimo no se serenó sino cuando después de dejar tras sí la plaza principal se hallaron frente a las puertas de la iglesia de San Bernardino.

Faltaba poco para que dieran las seis de la tarde. Y no bien comenzaron a repicar las campanas, la hora, abrióse la pesada puerta de la iglesia, y entre las columnas delanteras, apareció una muchacha vestida de seda color rosa, en sus manos un misal con tapas de marfil.

Federico tomó a su amigo del brazo y se escondió con él detrás de un pilar.

—Es Constancia —díjole al oído—, la veo to-

dos los días a esta misma hora, en este mismo sitio.

Y cruzando el portal, invitó a Titus a seguirle y entrar con él.

Había una penumbra con tintes de color bermejo en que estaba hundido todo el interior de la iglesia. Con fosforescencias de oro brillaban bajo esa luz los candelabros, desde las diversas consolas colocadas aquí y allá; cabezas de ángeles, con la expresión de niños traviesos, espiaban por doquier... Y en medio de la nave central: la imagen de la Virgen... Hasta allí lo condujo Federico a su amigo, para significarle en voz baja:

—¿Ves esas flores?... ¿Esas lilas que están sobre el reclinatorio al pie de la Virgen?... Son de Constancia... Todos los días las renueva... Y todos los días se renueva así también su perfume: en honor de la Santísima Virgen que ella tanto venera...

Cuando al poco tiempo Titus debió abandonar Varsovia, hallábase Federico en un estado de ánimo rayano en la melancolía.

La breve estada en Poturzyn —una casa de campo a la que Titus invitara a su amigo— no le proporcionó sino una muy leve mejoría. Una vez de regreso, Federico sentíase doblemente solo y obsesionado por un cúmulo de recuerdos que acentuaban aún más esta su sensación de soledad. Los cuadros que acosaban incesantemente su fantasía eran siempre los mismos: viejos sauces con follajes caídos y roídos por aguas barrosas, como también la inmensa tristeza que puede suscitar la llanura cuando se asientan sobre ella los húmedos velos

grises de las nieblas... Y no tenía nadie a quien llegar en tales momentos de desconsuelo; nadie en quien volcar una parte del peso que apremiaba su corazón.

Y sin embargo debía producirse hoy un acontecimiento que le venía preocupando día y noche y que en rigor hubiera podido ser motivo bastante como para no permanecer en su desgano: era el debut de Constancia en "Agnese".

Federico habíase hecho reservar un palco, y elegido un hermoso ramo de rosas, además de una corona con dedicatoria y preciosa cinta que sería entregada en el camarín de Constancia. Las rosas, en cambio, que llevaba en sus manos enguantadas, estaban destinadas para después de la función, cuando fuese a saludarla personalmente y darle las gracias por su canto. Todo, hasta el más mínimo detalle, estaba previsto.

Pero, no obstante, en el momento de verse cómodamente sentado en uno de los sillones de su palco, le fué imposible sustraerse, pese a su ya vasta experiencia profesional, a la angustia que causa siempre el tener que juzgar las condiciones artísticas de un ser amado.

Mas esta incertidumbre duró solamente hasta que Constancia inició su primera aria con esa maravillosa voz que no admitía reparos...

Federico, ya despreocupado del todo, podía entregarse de lleno a la belleza y nitidez con que Constancia ejecutaba sus coloraturas y soñarse lejos de esta sala y sus polvorientos bastidores: en un paraje ideal y enteramente accesible a los impulsos

de su maravillada imaginación... En este paraje había vastos campos de rosas floridas; naranjos que lucían sus fragantes frutos de oro; pájaros de delicioso cantar y rico plumaje... Y todo ello debajo de un cielo límpido: cubierto de millares y millares de estrellas.

¿Qué le podía significar entonces aquel mundo ficticio de la escena, con un argumento pobre y en parte hasta ridículo que ofrecía ese señor Paër en su "Agnese"?

El ruido de manos que aplaudían con mucha insistencia, hizo recobrar a su mente el concepto de la realidad. Y Federico se dispuso a preparar su atención para el segundo acto en que una romanza para arpa logró interesarle, efectivamente.

Pero sin duda alguna, el momento en que se evidenció el verdadero éxito de la velada, fué cuando al final apareció en escena la impecable figura de Constancia para agradecer al público con ese indescriptible porte colmado de pureza femenina que le era propio... Entonces sí que se produjo el cerrado aplauso de la ovación, genuina, que no se confunde con el que el público suele dispensar cuando sólo quiere expresar su reconocimiento por los sinceros esfuerzos que ha presenciado. Y la escena desapareció bajo la multitud de flores y coronas con que Costancia fuera obsequiada.

A Federico le causó una satisfacción tan profunda el éxito de Constancia, que en ese momento no le hubiera sido posible concebir deseo alguno, cuya realización fuese capaz de acrecentarla. Era una dicha completa la que experimentaba frente al

triunfo de la amada; dicha que nunca jamás le habían proporcionado sus propios éxitos.

¡Y qué bella la tornaba el homenaje público!... ¡Y cuán justificado ese homenaje!...

Porque la verdad: ¿cuándo se había cantado con más garbo y perfección? ¿Dónde se había visto ese tino en el desarrollo de la frase musical? ¿Dónde ese equilibrio perfecto en la interpretación dramática del personaje que encarnaba?

Estas reflexiones tuvieron el efecto de librar a Federico de toda suerte de temores acerca de lo que debía decir a Constancia con respecto al debut de esta noche. En este caso, era la profesión de ambos la que les tendía un puente a fin de acercar el uno al otro...

Y con esta seguridad por demás grata, tomó su bastón, sombrero y guantes para trasladarse hasta la puerta trasera del teatro por donde debía salir Constancia.

Pero pese a todo, mientras se paseaba por la acera, volvía a inquietarle el pensamiento de que las palabras que había elegido pudieran acaso revelar de un modo excesivo su pasión...

De modo que en el momento en que apareció en el marco de la puerta y vió dibujarse la esbelta, silueta, proyectada sobre la pared por la luz de una luna, que parecía a su vez homenajearla, comprendió también que para nada le habían servido sus meticulosas reflexiones... Y optó sencillamente por inclinarse en silencio ante ella, depositando las rosas en los brazos de la mujer amada.

Constancia le respondió tendiéndole ambas manos. Y dijo sonriendo:

—¿Está usted conforme conmigo...?

—Usted sabe bien cómo la juzgó el público de esta noche...

Y fijando sus ojos en los de ella, cuyo rostro, en parte por las circunstancias del momento, en parte por la excitación del mismo debut, tenía el aspecto de una criatura bajo el capuchón muy coqueto de seda celeste, agregó:

—Si el público la ha consagrado... ¿Qué puede significar mi opinión?...

Pero ella no retiró la mirada y replicó a su vez con ese timbre que hacía estremecer al joven Chopín:

—¿Y si fuera, precisamente, la opinión suya la que más me interesa?...

La emoción que esta respuesta suscitara en él, no le permitía articular palabra alguna... Pero en cambio, hablaban sus ojos y ponían el corazón de Federico a los pies de la bella Constancia...

Y así, mudo, ofrecióle el brazo para conducirla a su coche.

Desde ese día veíanse muy a menudo: en los ensayos, en los conciertos y en reuniones sociales. Había una atmósfera de amor que les envolvía por donde iban. Pero sabían disimular. Nadie vislumbraba nada de su secreto; secreto que Federico lograba esconder aún más por las visitas que, asiduamente y en público, realizaba a la casa de "Mariolka".

El mismo Titus ignoraba todo esto, en virtud

de que Federico —a fin de despistarlo— le hablaba en sus cartas al amigo, sólo de su "ideal".

Sin embargo Federico no alcanzaba a disfrutar acabadamente de esta, su dicha. Había un dilema en él. Dilema que se acentuaba a medida que se acentuaban también sus sentimientos hacia Constancia. Y era que el hombre y el artista se hallaban en pugna. El cuidado de su arte oponíase a todo lo que representaba conformidad y dicha. Federico vacilaba. Decíase más de una vez que lo de Viena había sido sólo un comienzo. Un vuelo de ensayo, diríase. Pero su meta era: conquistar el mundo entero. Y para ello debía Europa darle la fama que haría inclinar todo el planeta ante él...

En consecuencia era preciso abandonar ante todo Varsovia, con sus tantos pequeños dioses, para los cuales se erigían hoy los más suntuosos altares, que en el día de mañana —y acaso en el mismo sitio— servirían de piras en la eliminación de los dioses.

En esta época, Federico paseaba muy a menudo a grandes y pesados pasos por la ciudad. Se hallaba en constante lucha con su problema cuya necesaria solución parecíale por minutos darle vuelo, para desgarrarle momentos después el corazón.

Jamás había experimentado hasta ahora, un grado semejante de indecisión. Por un lado reconocía sus deberes para con la sociedad y al propio tiempo se le antojaba esa misma sociedad sólo una invención del demonio para impedir a los hombres ser dueños de sus actos y buscarse, sin reparo alguno, la felicidad.

* * *

Era en el mes de septiembre. Las carreteras atravesaban el paisaje como bajo un baño de oro para perderse en el horizonte. Por todas partes se hundían arados en la tierra otoñal; oíanse voces que llevaba y traía un bien templado aire azulino, entrecortado sólo por las delgadas columnas de humo que se levantaban de la quema de montones de desperdicios agrícolas.

Federico gozaba esta placidez del paraje con una unción que no lograba explicarse aún. Instintivamente inhalaba el olor de la tierra, ese olor de fecundidad; pasaba sus manos por el cabello siempre desordenado de los cihcos del campo; se fijaba —con un detenimiento desacostumbrado— en las jóvenes madres que, con las polleras arremangadas hasta la rodilla, trabajaban hombro a hombro con sus hombres...

¡Qué sensación de delicia bucólica a los ojos de Federico!...

Pero de pronto, surgió un cambio brusco en el paisaje. El cielo comenzó a ensombrecerse; capas de nubes grises emprendían un movimiento que tendía a concentrarse en un lugar determinado; allá lejos, detrás de los más apartados surcos, erigía el sol con sus últimos rayos que le quedaban, una enorme valla a modo de paredón...

Y esa misma llanura que hasta hace poco había respirado tanta placidez, gracia y alegría, semejaba ahora una fiera de piel manchada, al acecho de algo: sólo a fin de satisfacer ese su ánimo fantásticamente salvaje y de ilimitadas posibilidades agresivas...

Y ahora hubo de levantar Federico el cuello de su sobretodo si quería hacer frente a la tempestad que se avecinaba y cuyas primeras gotas azotaban ya su rostro...

¡Cómo le excitaba el ambiente apasionado de la atmósfera! Y sin que se diera cuenta, impúsose a su mente, desgarrada por el problema máximo de su actual situación, el conocimiento este:

Así como viera este mismo paisaje unos minutos antes, tornaríase su vida al lado de Constancia: existencia pacífica, con el deber de levantarse temprano para no entorpecer el orden establecido de la casa; de ocuparse de los chicos durante el día y velar por que se acostasen a tiempo cuando llegara la noche... Y así: un día como el otro...

En cambio había también vidas llenas de dramatismo como la que estaba viviendo en estos momentos la naturaleza: vida de lucha y de aventura, vida para la cual no existían límites de espacio ni de posibilidades.

Y ocurrió, que precisamente en ese mismo instante se descargara el cielo en un trueno ensordecedor...; y que un relámpago rasgase de punta a punta las espesas cortinas de nubes acumuladas... Y fué entonces también, que a Federico le pareció oír una voz que, con sonoridad tan solemne como impositiva, bajaba de las alturas para decir este mensaje: "No amor, sino gloria..."

Federico Chopín tambaleaba. Un espasmo le convulsionaba, luego se incorporó con un esfuerzo titánico, tendió sus brazos hacia lo alto y gritó con una emoción que le desgarraba:

—¡Pues bien: que sea entonces la gloria!...

Durante dos semanas, Federico no hizo más que preparar su viaje. La maleta estaba ya lista. En ella iban un nuevo frac con sus correspondientes guantes; paquetes de manuscritos y más manuscritos, y debajo de todo, atadas con una cinta que Constancia usara para el cabello, las cartas de su fiel amigo Titus. Para antes de su partida de Varsovia estaba anunciado un concierto de: "Federico Chopín, con la colaboración de la señorita Gladkowska".

En esa noche llevaba Constancia un vestido blanco de tul, y rosas en el cabello. Y con su voz maravillosa que tenía hoy un nuevo matiz de expresión dolorosa por la que parecía desangrarse su alma, cantó el "O quante lacrime", de Rossini.

Y cuando Federico, lívido, mudo y dolorido, la condujera a su camarín, preguntó esa misma voz:

—¿De modo que ya es seguro... que... nos quiere abandonar...?

—Dentro de ocho días.

—¿Y partirá... para dónde?

—Primero a Viena. Allí se me conoce ya. Hay que martillar el hierro mientras esté caliente, como se dice...

Constancia empezó a hojear el rollo de notas que aún llevaba en sus manos. Y luego de una pausa, preguntó de nuevo:

—¿Y... qué es lo que usted busca... fuera de aquí...?

Federico hizo con los brazos extendidos un

movimiento: como si quisiera abarcar algo muy, muy grande.

Luego afirmó ella misma con una tristeza indecible:

—¿. . .es la gloria. . . entonces. . .?

—Sí. Ese fantasma: nacido de la esperanza. . . y que debe ser alimentando con. . . ilusiones. . .

—Y. . . ¿el amor. . .?

Federico, sintiendo que las fuerzas le fallaban, contestó rápidamente:

—Me iré. . . para volver, Constancia.

Entonces —a través de unas gruesas lágrimas— Constancia buscó sus ojos para dejar en ellos el recuerdo de su sonrisa, que en estos momentos era su mayor sacrificio. . .

Él lo entendió así y dijo:

—Constancia: acepte este anillo. . . Lo llevo desde que era niño.

Por un momento apoyóse ella contra su pecho. Pero sólo por un fugaz momento. Y dijo entonces:

—¡El público le llama. . . !

Federico se apresuró a salir a escena para enfrentarse una vez más con el homenaje que se le ofrecía.

Pero todo el estruendoso aplauso no podía hacer callar en él, el recuerdo de la voz de Constancia. Porque esa voz era para Federico: la canción de la misma patria.

Por fin había terminado todo. Hasta lo más difícil estaba hecho: la despedida de sus padres y hermanas.

* * *

Federico iba sentado en el interior de un coche. A su derecha su viejo maestro y amigo Elsner, que le quería acompañar hasta la próxima localidad de Wola. Así se inició la primera etapa de su viaje que —según él— debía tener como meta la conquista del mundo entero.

El carruaje atravesaba aún la ciudad de Varsovia que, respaldada en forma de semicírculo sobre el río, parecía querer gozar ávidamente del sol que empezaba ya a escasear bastante en este mes de noviembre.

Una vez más pasó Federico frente al monumento del rey Segismundo; frente a la iglesia de San Bernardino y asimismo, frente al Conservatorio al que le ligaban tantos recuerdos. Luego se abrieron las barreras de los límites de la ciudad y, sobre el blando tapiz que formaban las hojas caídas del otoño, seguía rodando el coche en dirección a la carretera. Era una de esas antiguas avenidas bordeadas de gigantescos árboles que habían ofrecido sus sombras ya a varias generaciones.

Cuando las ruedas se hundían en el polvo del camino, Federico imaginábase en todos los que habrían tomado por esta misma ruta, con propósitos parecidos a los que a él le guiaban. ¿Qué era, pues, lo que le impulsaba a lanzarse en brazos de un mundo desconocido? ¿Era un demonio. . .? ¿Era la voluntad férrea de un destino al que nadie puede escapar?

La presión de la mano que Elsner puso en este momento sobre la suya, interrumpió el giro de sus reflexiones.

—Estamos en Wola —díjole en voz baja.

Mas no bien se detuvo el coche, hubo para Federico una sorpresa sin igual: un coro de voces mixtas le daba la bienvenida. Era un tema delicioso que se elevaba, suave como la luz de la luna, a recorrer alturas, para asentarse luego como una blanca paloma sobre los ritmos claros y sosegados de una cantata de carácter religioso.

Federico, maravillado, se arrojó en los brazos del viejo maestro y se echó a llorar.

—Esto no puede ser sino... obra suya —díjole por fin, entre sollozo y sollozo.

Y todavía con lágrimas en sus ojos, agradeció con honda emoción a los ejecutantes. Conocía a la mayoría de ellos; en cambio, todos ellos conocían a Federico.

Y con el alborozo de hombres que luchan contra sus sentimientos para que no se hagan demasiado visibles, le condujeron a una sala donde estaban las mesas ya tendidas para un banquete de despedida.

Federico no recordaba jamás haber recibido con mayor satisfacción un homenaje. Tenía un solo deseo: que el tiempo suspendiese su marcha para que se perpetuara este momento preñado de felicidad.

Pero ¿no le estaba, acaso, esperando su amigo Titus, allá en Kalich, la llamada "puerta hacia el mundo"...?

Y sin más miramientos, se impuso rápidamente a su estado emotivo, tomó la copa de honor, para provocar virilmente el brindis al que uno de sus amigos, dió la siguiente forma:

Donde estés, Federicho Chopín: piensa en la patria, tuya y nuestra... Nunca la olvides. Para que donde tú te halles, se halle también nuestra amada Polonia.

Federico, poniéndose de pie, hizo la tentativa de contestar. Y en efecto; empezó a decir con voz firme:

—Amigos...

Pero no le fué posible proseguir. La hora pesaba demasiado sobre él. Y después de una dolorosa pausa, pudo agregar solamente:

—...disculpadme, amigos... ¡Yo sé... que no nos veremos más...!

Sin atinar a mirar a nadie, subió de nuevo al coche y dió la señal de partida.

Arrancaron los caballos y Federico Chopín se encontraba en plena marcha hacia el mundo que tanto quería conquistar.

IV

Un vendaval de fuego se desencadenaba sobre el mundo y la humanidad.

Era un huracán que venía desde occidente, arremetiendo sin reparar en nada contra el continente europeo y sacudiéndole de tal modo que los reyes comenzaron a perder sus coronas y sus sitios de privilegio, para hacer lugar a un nuevo ideal de aspecto terrible como un dios en ira, pero de senos claros como una mujer joven: la Libertad.

Federico se hallaba en Viena. Vivía en el cuarto piso, cerca de un mercado.

De pronto oyó como un lejano trueno, los primeros rumores de esta tempestad, que desde aquellos días de julio —en la metrópoli de París,— venía conmoviendo las mentes y los corazones hasta

los últimos puntos terrestres, donde habitaban hombres.

Federico había vivido hasta ahora sin preocuparse de nada: bebiendo café en valiosas tacitas de rica porcelana; recibiendo visitas en un salto de cama de color verdoso y no sin antes haber prestado mucha atención para que sus pliegues cayesen con la elegancia que le era proverbial...

Esta era su vida.

Ello no obstante, llevaba siempre un porte de conformidad y buen humor.

Pero en sus adentros no ignoraba Federico que era sólo una triste veleta, sometida a cada ráfaga de sus desordenados sentidos...

¡Cuántas veces se avergonzaba de las altivas palabras con que había anunciado a Constancia el secreto de sus futuros planes. "¡Hay que martillar el hierro mientras está caliente!...", habíale dicho.

¿Debía ahora confesarle que todo era nada más que un engaño? No, por cierto que no. Además no todo era desilusión. Si se veía bien, había mucho en su situación que podía hasta alentarle.

Primeramente, sus viejos amigos no habían cambiado en absoluto. Ellos eran lo que fueran. Y más aún: el número de sus nuevas e importantes amistades crecía. Ahí estaba el excelente Malfatti (el médico de Beethoven, que fué también quien le prestara al indiscutido genio de la música los últimos servicios); estaba asimismo el siempre monosilábico Merk y por fin, el famoso Slavik, llamado "el sucesor de Paganini", cuyo arco evocaba con acabada maestría tanto las delicias del cielo como

el horror de las penas del infierno. Claro que por otro lado se hallaba acosado por una serie de sinsabores.

En primer término: el hecho de que Haslinger, en realidad, le había rechazado; ese Haslinger a quien él remitiera ya desde Varsovia dos de sus composiciones, para obtener más tarde, acompañado de toda la amabilidad hipócrita de que era capaz, la respuesta de que él, Haslinger, no se atrevía a editarlas, sin que antes renunciara el autor, a toda clase de beneficios que ellas, acaso, pudieran aportar.

"¡Tú pagarás, bestia...!", habíale arrojado en su cara Federico, poniendo así fin a la entrevista.

Pero fuera de este caso había otros. También Duport —el intendente del "Teatro Imperial" y sucesor de Gallenberg— tuvo para con él, primero palabras de exquisita deferencia y de loas: sólo con el objeto de predisponerle favorablemente antes de aplicarle la proposición final, que era también aquí, el renunciamiento previo a todo derecho financiero de su parte. Claro que también este negocio pudo llevarse a cabo.

¡Cómo le indignaban estas cosas...! ¡Cómo abominaba Federico de un público que permitía tales cosas...! ¡Esa masa tan caprichosa como cobarde que se volcaba indistintamente, hoy en la sala donde se ofrecía una audición de calidad, mañana en una de las tantas cervecerías "con concierto", para derretirse ante los mamarrachos por demás baratos con que violinistas o arpistas no menos baratos, exhibían sus habilidades con verdaderos engendros musicales...!

Poco a poco comenzó Federico a tomarle odio a esta Viena: donde —como él decía— los Strauss y Lanner gozaban de mayor prestigio que un Beethoven; donde, a un simple vals se le daba el calificativo de "obra";y donde el pueblo se entregaba sin reparo alguno a la diversión y el baile, mientras que el resto del mundo estaba inmolando su sangre en la llamarada de una noble pasión.

* * *

En una tarde de fines de noviembre, Titus Wojciechowski —que había venido a Viena para acompañar a su buen amigo Federico— entraba apresuradamente a la pieza de éste y, cerrándola tras sí con llave, permanecía inmóvil; presa de una honda, indescriptible conmoción.

La amplia capa en que estaba envuelto daba —bajo la luz rojiza de las velas, que de rato en rato, parecía querer esconderse detrás de las sombras que proyectaban las cortinas— a su figura un ambiente por demás fantástico que hacía esperar acontecimientos extraordinarios.

Federico, estupefacto, dió media vuelta en el banquillo del piano y preguntó casi sin voz:

—¿Qué te pasa, Titus...?

Y éste, sobreponiéndose a su estado de ánimo que le angustiaba la garganta, logró por fin decir:

—En Varsovia... hay revolución... Federico... ¡La ciudad está en nuestro poder... ¡Chlopiki es amo absoluto...

Tal noticia hizo surgir en Federico una satisfacción que era como un mar de luz. Era el viejo

y arraigado odio que conserva un vigor imperecedero en el corazón de todo buen polaco... Un sinnúmero de juicios políticos y de horribles exilios; todo el trágico sufrir de los poetas nacionales de Polonia, tenía su origen en este odio... Hasta que un día —desde París— empezó a levantar cabeza, correr y volar el delirio por la Libertad: con sus conspiraciones previas, sus comités de acción, sus luchas callejeras, las descargas de fusiles y el derramamiento de sangre por fin...

Por unos momentos, Federico cerró los ojos. Luego preguntó al amigo:

—Y tú ¿qué harás...?

Titus echó la cabeza hacia atrás en un hermoso movimiento.

—Yo... me alisto inmediatamente en las filas de nuestro ejército... Mi coche me está aguardando ya... en un lugar determinado...

Federico soltó un grito de júbilo. En este momento se le reveló del todo el significado grande de lo que estaba sucediendo. Y, llevándose un pesado sillón por delante, estaba en dos largos pasos al lado del amigo, confundiéndose con él en un abrazo.

—¡Iremos juntos! —le dijo, el mismo hecho nos llama en el fuego de su sacro entusiasmo.

Pero Titus se apartó de él, bruscamente.

—¡No hagas tonterías! —contestóle en aquel tono un poco autoritario con que solía oponerse, ya en la escuela, a ciertas reacciones exageradas por parte de Federico—. Tú tienes que pensar ante todo en tu salud... Imagínate... lo que representa a

esta altura del año, la vida de campamento... Piensa que tus padres no estarían tampoco conformes.

—...¡Qué padres! —interrumpióle Federico.— Lo que aquí interesa es un brazo armado... es la victoria final... Si cada cual vacilara tanto... ¿dónde quedaría el honor del hombre y de la patria...?

Pero Titus no cedía.

—Ten en cuenta, Federico, que —según una ley de orden primordial— cada cual tiene su misión muy determinada en la vida... Para mí está el campo de la lucha, para ti el reino de la música... Tú eres y debes ser el cantor del pueblo que te dió origen. Con esto te digo todo... todo lo que puedo decirte antes de separarnos...

Y agregó sólo un rudo "¡adiós!", lo dijo ya con el amigo entre sus brazos, para luego desprenderse de él, abrir la puerta y desaparecer...

Federico quedó presa de un estupor profundo: incapaz de sentir o hacer nada.

Mas de pronto se rebelaba su orgullo: se le quería engañar... ¡Engañarle como a un niño!

Y desde ahora, sus pensamientos se sucedían vertiginosamente, para concretarse en una sola idea: plegarse al amigo... alcanzarlo por el camino que le conducía hacia la patria común... ¿Quién podría, entonces, impedirle proseguir y hacer el viaje conjuntamente?...

Con el apuro que le imponía su ánimo afiebrado, se envolvió en su capa, tomó un par de pistolas de dos caños que guardaba siempre en el armario y ganó la calle, a fin de llegar a las afueras de la

ciudad, desde donde, como presumía, debía partir Titus.

Y efectivamente; allí le informaron que hacía pocos instantes, se había puesto en marcha el carruaje fletado por el amigo.

En cambio esperaba ya listo para partir, un coche a cuatro caballos que había sido alquilado por un viajero de nacionalidad inglesa.

Federico —sin reparo alguno— sobornó por medio de gestos y una buena suma de dinero al postillón, saltó al coche y le ordenó tomar el camino hacia Brunn.

Pero ya sea que Titus hubiese resuelto elegir otro trayecto, ya sea que llevaba mejores caballos: el hecho es que Federico hubo de convencerse bien pronto que le sería imposible darle alcance en lo que aún le quedaba de camino hasta llegar a la frontera, y se decidió a emprender el regreso.

Era una noche sumamente fría. En las estrellas que titilaban en toda la amplitud del firmamento, se le antojaba ver una infinita cantidad de fuegos lejanos, pertenecientes a un vasto campamento militar... En la más y más creciente luz del alba veía sólo el empuje incontenible de un grandioso ejército que emprendía su heroico ataque...

Y tan sugestiva era esta ilusión que comenzaba también a sentir aquel fuerte olor de sangre y de paja putrefacta que le es inherente a todo vivac de guerra, en las noches de invierno...

Estremecido, hundióse Federico entre su manta de viaje; víctima de una indecisión espantosa que le desgarraba el alma...

Desde entonces no podía encontrar un momento de sosiego. Vivía constantemente entre reproche y reproche, maldiciendo la hora en que consintiera separarse de Titus...

¡Cómo había podido escuchar su consejo...! ¿No eran sus palabras más bien el producto de una fantasía exaltada?... Podía haber una sombra de verdad en ello?... ¿No era todo un engaño? ¿No se reducía todo sencillamente al hecho de que Titus era capaz de cumplir como un hombre, mientras él, Federico, no anhelaba más que pasar una vida cómoda?...

Del todo deshecho por tales remordimientos, cayó por fin en un estado de humildad que le iba imponiendo día a día mayores mortificaciones, dentro de su ya recargado programa de trabajo.

En ello le beneficiaba mucho la colaboración de su amigo Slavik.

En vísperas de Navidad —que para ellos fué igualmente una jornada de ardua labor— salió Federico a medianoche de su casa para dirigirse al "Stephansdom", la famosa catedral de Viena.

De entre un laberiento de calles y callejuelas se erigía el hermoso edificio y echaba su gigantesca sombra sobre las torres, los techos y las calles de una buena parte de la ciudad.

Federico entró por una puerta lateral, llegó hasta la nave y se detuvo al lado de una enorme columna que se elevaba con un maravilloso vuelo arquitectónico.

Un profundo silencio había alrededor suyo. Sólo los discretos pasos del sacristán —que iba de

candelabro en candelabro, encendiendo las velas— interrumpían la inmensa tranquilidad del ambiente. A su izquierda, derecha y también debajo de sus pies, sepulcros...

Una sensación siniestra pero a su vez armoniosa le asaltó de pronto: imaginábase a Constancia yaciendo en una de esas tumbas, de las que la fantasía popular susurraba cosas horripilantes...

¿Dónde estaba ella? ¿Habrá huído, acaso, a Radom? ¿Estaría tal vez en manos de una soldadesca salvaje: los brazos atados y arrastrada despiadadamente por el lodo de las calles?...

Pero un fuerte respirar de las luces, disipó esta funesta visión. Y en eso elevó también el órgano sus primeras voces —claras y puras como de ángeles— por el espacio... Pues en este preciso momento iba a iniciarse la llamada "Misa del gallo"; como ya empezaron a acudir los feligreses para ocupar sus asientos, optó Federico por retirarse y escapar, así, del sagrado lugar y de todo lo que él le sugería.

En esa misma noche Constancia se le apareció en sueños. Pero esta vez la vió sentada, dulce y silenciosa, sobre el borde de su cama: el cabello suelto y caído sobre un amplio camisón de seda blanca... Y él, con sus brazos tendidos, no pudo menos que acercársele... Mas cuando estaba a punto de tocar los hombros de la amada, esfumóse repentinamente la visión...

Federico se despertó, sobresaltado, para no poder conciliar más el sueño.

Así permaneció hasta el alba: hasta que el

cielo empezara a inundarse de una luz pálida e irreal... Entonces se levantó como un sonámbulo, llegóse hasta el piano y, bajo sus manos, comenzaron a surgir tonos y tonos, que más tarde, en forma de variaciones, obtuvieron el título de "Nocturno en "si"... Y mientras su pieza se llenaba de música, balbuceaba Chopín extáticamente:

"No rehuyas, amada, mis ojos,
porque llevan el velo del llanto..."

Federico estaba resuelto a no postergar más su partida. Después de una estada de varios meses en esta ciudad, sin hallar la apreciación que como concertista y compositor, necesitaba, parecíale imprescindible cambiar de lugar.

¿Qué significaba en realidad esta Viena, para colmo despoblada como estaba, por los calores de un fuerte verano, en su estado de ánimo y su situación de músico?

A esta altura de la temporada, toda la gente buscaba la frescura de los cerros vecinos, que se extendían como una franja azulina a muy poca distancia de la ciudad. Además, se hablaba con más y más insistencia de la amenaza de una peste; peligro éste que a él, como ciudadano polaco y hostilizado por la lucha en que estaba empeñado su país, tenía que apremiar en un grado mucho mayor.

En ocasión de un paseo a la cercana sierra del "Kohlenberg", comenzaron estos pensamientos a anidarse de un modo tal en su ánimo que no lo abandonaron más. Y era que su sentir patriótico se rebelaba ahora abiertamente...

¿Olvidaba Europa —se decía— lo que Polonia había significado para ella, en aquellos tiempos cuando su inigualable arrojo de pueblo fuerte, hubo de afrontar la invasión turca, que se desencadenaba como un torrente de tres cauces: desde las aguas del Bósforo, el sur de Asia y de la parte norte de Africa?

¿Se desentendía Europa de semejantes hechos históricos, tan luego aquí en la vieja Viena, en cuyas verdes islas del maravilloso Danubio —y abarcando todo hasta los macizos portones de la ciudad— habían acampado las huestes de Kara Mustafá, apenas unos 150 años atrás?...

Aún existía el majestuoso convento de los Camaldulenses, desde cuyos altos muros el gran Sobieski —sus poderosas armas en mano— observara el mar de fuego que estaba devorando ya los suburbios de la ciudad, al propio tiempo que los hombres —atacantes como sitiados— luchaban cuerpo a cuerpo entre las flechas y balas incendiarias...

Por encima de este infierno de sangre y de muerte, de fuego y humo: las solemnes campanadas del "Stephansdom"...

Y luego, al caer la noche, atravesaba a nado las aguas del río un mensajero de Starhemberg: "Dice mi amo que no debe perderse más tiempo, señor..." Entonces, a la mañana siguiente, cuando los rayos del sol apenas coloreaban las puntas de los árboles más altos, el gran Sobieski dió la orden de ataque... Y una nube de húsares, con sus armaduras de oro, centelleantes bajo la primera luz del día, irrumpió con tal vehemencia en las filas cerradas del enemigo, que el pabellón del gran vi-

sir se tumbó como una amapola, provocando en la población sitiada un torrente de júbilo que se volcó en un estrepitoso clamoreo: "¡Vivat Joannes Victor. . . !"

* * *

Federico vivía esta evocación de una manera tan intensa que poco faltaba para que él también profiriese las palabras clamorosas que se expandieran antaño por sobre las colinas y los ríos, hasta llegar a las verdes praderas del "Campo de March". Y su corazón empezó a latir apasionadamente, alentado de repente por la idea de que —como bien decía Titus— también él, Federico, tenía una tarea muy definida en la gran causa de Polonia. Esa tarea era: ser el cantor de las proezas de su pueblo. . .

Pero no aquí, donde el suelo no podía dar la resonancia que le es imprescindible a toda creación de verdadero arraigo popular.

Y así como el gran Sobieski, —pasando revista a sus tropas en las sierras de Tarnow—, lanzó su heroico grito de "¡Adelante, hacia Viena!", díjose ahora Federico en un fuerte arranque de voluntad: "¡Adelante, hacia París!"

Dificultades en el trámite de su pasaporte, demoraron su partida. La embajada de la Rusia zarista abrigaba hondas sospechas acerca de una Francia que se hallaba bajo el régimen burgués y negaba la visación del documento. Y sólo cuando se le ocurrió a Federico solicitar un permiso que rezaba "passer par París à Londres", pudo quebrar la resistencia por parte de la representación oficial rusa.

En un cálido día de verano del mes de julio, Federico llegaba a Munich. Dispuesto a olvidar lo pasado, hubo de reconocer que la primera impresión que le causó la capital bávara era excelente. El aspecto algo árido de la ciudad, bordeada en el fondo por una cadena de picos de cerros, cubiertos de nieve; un aire limpio y de una claridad ligeramente azulada, todo esto cautivó inmediatamente su simpatía. Y aún más: en la gente observaba una alegría sana y genuina, a la que iba aparejada tanto una buena dosis de respeto como de buen gusto por las cosas de arte.

Así sucedió que pronto lograra darse con muchas personas a las que quedó también más tarde gratamente ligado. Codeábase con músicos de fama y se sentía íntimamente satisfecho de poder escuchar los magníficos conciertos que la ciudad ofrecía. Particularmente, un concierto-matinée de la "Asociación Filarmónica", obtuvo su caluroso e incondicional aplauso.

Pero todo ello no podía hacerle olvidar lo que, en realidad, le había traído de paso por allí. Y esa preocupación se le notaba claramente, cuando se le veía sentado en el café "Tambosi", debajo de los vetustos castaños, frente a una taza de chocolate bien espeso o cuando se paseaba cabizbajo por las arcadas de la vieja ciudad, el célebre punto de atracción del turismo internacional.

Y la idea de crear una nueva obra que reflejase el trágico sufrimiento de su amada patria, no le abandonaba ni un momento. Porque soñaba siempre con ella, su patria; con su brillante pasado y su tan

triste situación actual; situación peligrosa que a Federico le inspiraba la más apremiante duda acerca del saldo que dejaría la ardua lucha en que estaba empeñada...

Durante el viaje hasta Munich había leído y releído la epopeya de Mickiewicz, "Conrado Wallenrod", cuyo fuerte dramatismo terminó por sugerirle una nueva forma de expresión musical: la balada.

Más que todo recordaba una escena donde —en ocasión del gran banquete de los caballeros de una orden— el más anciano de los nobles comensales, se levantaba para ofrecer un canto que se denominaba: "Adiós a los últimos días": cuando de pronto se interpone con toda su autoridad del "Maestro Superior" de la orden, para proseguir dicho canto y terminarlo con las cuerdas de su lira, deshechas, como estaba también deshecho su propio corazón...

Al cabo de pocos días ya tenía Federico sobre su mesa de trabajo los primeros apuntes para una obra de esta índole. Se iniciaba con una magnífica cadencia de mucho vuelo, elevándose como una grande y majestuosa nube, para dejarse caer entonces en una fuerte disonancia.

¿Rompíanse, acaso también aquí las cuerdas de la lira?

Luego buscaba el tema desde allí una muy lograda transición hacia el relato, propiamente dicho, que era, en este caso, una melodía en "sol" menor, entrecortada por los suspiros de un hondo y sentido lamento y que se convertía finalmente, después de una inquietud oscilante y un viril trémolo de apa-

sionados pasajes, en un estridente y victorioso toque de trompeta...

Federico trabajaba, arrastrado por una inspiración fecunda. De un giro de dulces melodías, logró deducir un poderoso tema en "la" mayor. Era como si la nieve se derritiese a los rayos del sol, o como si un potente son de clarín surgiera inesperadamente de un bosque de pinos que reposaba en el seno de una fría mañana de invierno...

Y en efecto: ¿no estaba su imaginación siempre caldeada por las gloriosas proezas que la caballería polaca —llevándose por delante a todo un cuerpo del ejército ruso— grabara en la memoria de los tiempos, en aquella famosa batalla de Soezek?...

¿No lo tenía constantemente presente a Dverniki: montado sobre un brioso corcel blanco y devorando distancias para llevar personalmente la nueva de la derrota sufrida por Geismar y gritar por fin —erguido en los estribos y acariciado por el flamear de la bandera conquistada— una y otra vez la palabra: "¡Victoria!... ¡Victoria!..."

Con la entrada del otoño, Federico se hallaba nuevamente de viaje hacia Stuttgart. En su carpeta de trabajo estaba listo para la imprenta el manuscrito de su más reciente obra.

El liviano carruaje rodaba por una avenida de hermosos frutales. Hilos plateados, inconfundibles anunciantes del otoño, se mecían en el aire azul de la tarde.

Los últimos rayos del sol doraban los pétalos de las georgianas que se veían por doquier.

Federico iba pesadamente recostado en su asiento. En Augsburgo había obtenido nuevas noticias de la guerra. Paskiewicz, decíase, estaba ante las puertas de Varsovia; dos ataques habían sido ya rechazados; se estaba a la espera del último y decisivo...

Una horrible intranquilidad se apoderaba de él. El sudor le corría por la frente.

¿Dónde había quedado su optimismo que le había impulsado en la concepción de su obra hasta hacerle llegar a aquel vigoroso tema en "la" mayor?

¿Había tal vez vislumbrado algo de todo esto, cuando —¿quién sabe por qué?— diera a su robusto tema un rumbo que le llevara indefectiblemente a la melancolía del modo menor?

Y de la misma manera que en el final de su balada, tornóse para Federico, aquel que fuera mensajero de la victoria, en ángel de la muerte.

Un gigantesco cosaco galopaba en este momento frente a una larga fila de soldados de aspecto salvaje que estaban alineados alrededor de una plaza. Las blancas gorras de piel de oveja contrastaban con el color negro de los inquietos caballos, que se apresTaban ahora a enderezar sus cuerpos y alargarlos hacia un gentío que se hallaba agolpado en las cercanías de la plaza...

Y de pronto, el relampagueo de filosos sables que al cortar el aire producían un silbido... inmediatamente después, un angustioso grito de mujer... Y cuando la muchedumbre barrida por el pánico— huyó del lugar, yacía sobre el suelo, en medio de una mancha de sangre, un niño... Sus

bracitos permanecían aún tendidos hacia una mujer, enloquecida de dolor y miedo: la madre...

Federico lanzó un gemido de indignación. Dió al cochero orden de apresurar los caballos, como si quisiera librarse así del horroroso cuadro que había presenciado...

Pero al galopar por la calle principal, le hizo detener de nuevo. Pues frente a un café voceaba un mozalbete un diario de la tarde.

Federico saltó de su coche y arrancó de las manos del vendedor un ejemplar, mientras los transeúntes se paraban para acercársele y curiosear...

Federico —rodeado de muchos de ellos— leía con ojos enturbiados de pena:

"Noticias recibidas hoy hacen saber que la ciudad de Varsovia, después de siete meses de encarnizada resistencia, ha debido capitular...".

Federico levantó, en una reacción de desesperada violencia, su brazo derecho contra el cielo, pero se desplomó casi en el mismo instante, exhausto, sobre una silla que alguien le arrimó...

Y de sus labios se desprendían frases entrecortadas que las más de las veces se hundían en un llanto desgarrador:

—...¡todas las casas destruídas...! ¡incendiadas... o arrasadas...! ¡Titus, mi Titus... muerto...! ¡Y Paskiewicz, el perro de Paskiewicz ultrajando la ciudad querida...! ¿Dónde estás, mi Dios...? ¿Existes... y no vengas semejante injusticia...? ¿Y no tiembla el planeta entero ante el hecho de que Moscú ha logrado imponerse a Polonia... y seguirá... imponiéndose al mundo?

V

FEDERICO se hallaba en París desde hacía más de dos meses. La Ciudad Luz había volcado sus inagotables recursos sobre el joven Federico, aliviando mucho su dolor, y ofreciéndole a la par un concepto de vida más despreocupado. Agradecido, aceptó las ventajas de esta novedosa y cómoda posición en que se colocaba —como una mujer sabedora— esta maravillosa ciudad, con la que él —como tantos otros— experimentó desde el primer día un vínculo íntimo y agradable.

Ya al bajar por las colinas de Pantin y ver a sus pies el cuadro panorámico de París, con su mar de luces y de casas, sus turbulentas avenidas y las características torres de Notre Dame, le impulsaba una fuerte simpatía hacia ella; simpatía que se iba acentuando, a medida que iba conociendo de

más cerca sus graciosas y encantadoras modalidades...

Y ahora, cuando por la tarde recorría la Rue de Rivoli, deliciosa por las sombras de los árboles, con sus copas podadas en forma redonda; cuando atravesaba las famosas galerías que descansaban sobre blancas columnas; y cuando el suave hechizo de la iluminación a gas centelleaba en multiformes colores, desde los arcos del Palais Royal, entonces Federico se sentía conquistado siempre de nuevo por un alud de sensaciones, tan heterogéneas como agradables.

De igual modo se sentía feliz al pasar revista al sinnúmero de gratos acontecimientos que se habían sucedido en su vida, desde que viniera a París.

Ahí estaba la muy halagüeña carta de presentación por parte de Malfatti; el interés sincero de Paër, que a su vez se ofreció inmediatamente para recomendarlo a Rossini, Cherubini y otros célebres maestros; ahí estaba también Augusto Franchomme, el mago del violoncelo; el inconmovible Hiller y —entre los pianistas— Kalkbrenner y Liszt.

Y por otro lado, la "Opera": la voz caudalosa de una Nourrit; la excelente Pasta y el no menos meritorio Malibrán-García, que actuaban ambos en el elenco italiano, como asimismo, el famoso galán Chollet, que era el gran seductor de la "Opèra Comique".

Cada una de sus expresiones llevaba algo de fascinador en esta ciudad, grande e íntima al propio tiempo. Era como si una cariñosa melodía flotase por doquier, a fin de orientar —con los más dulces

recursos— toda la turbulenta vida de los millares de habitantes de esta gran metrópoli europea... El mismo aire parecía poseer una suavidad mayor y estar, diríase, siempre saturado de toda la voluptuosidad que emanaban los tantos que llegaban a esta ciudad en busca de alegría y placer...

Y las mujeres cooperaban en mantener este ambiente con su aliento perfumado y lleno de misterio...

Muchachas, apenas salidas de la edad de su infancia, vendían flores por las calles, y con las flores, sus sonrisas de mujer...

¡Qué encanto para Federico ambular por la Rue de Richelieu y toparse con esas deliciosas chicas!

Precisamente en el día de hoy se le acercaba otra vez una de esas criaturas de ojos negros que se encendían debajo del ala de un rico sombrerito y le ofrecía con una voz de chiquilina regalona:

—¿Desea el señor... unas violetas... o un suave tulipán...?

Pero en el mismo instante extraía también del escote de su bonita blusa un paquete de cuadernos con títulos como: "L'art de faire des amants", "Les amours secrets de la Marquise X..." y otros más.

Federico sonrió.

—¿Cómo te llamas? —dijo, haciendo bailar entre sus dedos una moneda de cinco francos.

—Celeste —contestó ella, arrimando su cuerpo de efebo lo más posible al suyo, de suerte que distinguía perfectamente bien el perfume del afei-

te que llevaba su cara blanca como porcelana y cada uno de los movimientos ondulantes que ejecutaban sus labios de color rojo carmesí.

Mas, de pronto perforaron el aire gritos de gargantas exaltadas. Era un tumulto de gente que se venía acercando desde la zona del Panteón, hasta que, por fin, llenó la calle de individuos harapientos que llevaban chalecos verdes o rojos —según el partido político al que pertenecían— y escoltaban una bandera tricolor... Detrás de ellos —arreándolos como a bestias— la policía, con los sables en alto. Tal era el cuadro que se le presentó a Federico al cruzar la calle...

Y ahora se produjo un griterío estridente: "¡Viva Ramorino!"... Federico recordaba que ese nombre era el de un general que había tenido una actuación victoriosa en la lucha por la patria y que ya en otra oportunidad fuera objeto de una entusista demostración por parte del pueblo...

En este momento vió aparecer también a Celeste en medio de la muchedumbre, agregando su voz de niña a la de los demás manifestantes y profiriendo a su vez gritos de: "¡A bas Lous Philippe...!"

Y sin saber cómo, se halló de repente él mismo entre la avalancha de gente que le empujaba sin dejarle la más mínima posibilidad de escapar... Sólo al llegar a la Cité Bergère, logró Federico zafarse de la correntada y alcanzar a largos pasos la habitación que alquilaba en el boulevard Poissonnière.

Sin darse tiempo para respirar, subió las escaleras, abrió de un empellón la puerta de su pieza

y corrió al balcón... Las fuertes proyecciones de centenares de luces, allá abajo, formaban una visión por demás caótica... En medio de ella surgía como un poderoso géyser, el canto de "La Marsellesa"...

En Federico se produjo una verdadera convulsión de los más encontrados sentimientos...

Lívido de emoción, tuvo que buscar sostén en el hierro del balcón para no marearse dentro del torbellino de voces, luces y pasión humana que amenazaba apoderarse de su ser y llevarle quién sabe dónde...

Así vivió Federico el signo revolucionario de la época.

* * *

El invierno se presentó en forma benigna. El follaje otoñal se conservaba aún prendido de los árboles, sin sufrir molestia alguna por los vientos.

Los ancianos podían estar todavía sentados frente a las casas, y las "grisettes" seguían aún canturreando versos de Béranger...

Federico hallábase con Franchome en el café Hardi, en cuyos amplios vidrios se reflejaba todo el heterogéneo tránsito del bulevar. Arrojando sobre una silla el último número de la "Revue Musicale" que estaba leyendo, miró hacia fuera y dijo a Franchome:

—¿Por qué se demorarán tanto Liszt y Hiller?

Pero en lugar del amigo, contestaron en ese mismo instante dos voces de hombre, al unísono:

—Nous voilá...

Eran dos jóvenes. Uno de ellos alto y delgado, con rasgos llenos de vida y con unos cabellos castaño claro, peinados hacia atrás: Liszt; el otro era Hiller, el dirigente indiscutido de la música de vanguardia alemana. Su aspecto era del todo indiferente: de anchas espaldas y de carácter más bien sentimental, vestía chaleco a rayas, con amplio escote y corbata "Lavalière"...

Federico, al arrimarles sillas a los amigos, preguntó:

—Y ¿qué dice París?...

—Se hace la interesante: flirtea, se arregla y se divierte... Fétis sigue escribiendo sus críticas insoportables, y Kalkbrenner soportándolas con una sonrisa de momia...

Liszt, asintiendo con la cabeza, agregaba a su vez:

—Así es, efectivamente... Un tipo desagradable: tan dulzón y tan pulcro en todo lo que atañe a su exterior... Y sin embargo, bastante mezquino y sucio, si se le ve por dentro...

Y dirigiéndose a Federico, preguntó Liszt:

—¿Qué podía haberle inducido a usted a tomar lecciones con él...?

Este hizo sobre el mármol de la mesa una ágil escala en octavas y replicó:

—Su ténica es admirable... Toca con una seguridad y elegancia sin igual... Él tiene, precisamente, lo que a mí me falta... Él no depende como yo del momento, de ese frágil instante de la inspiración, cuando ejecuta... Es soberano...

Y después de una breve pausa añadió, como ridiculizándose a sí mismo:

—Además me interesó sobremanera una observación de su parte, en el sentido de que después de su muerte no habría ningún pianista más de alta clase...

Hiller se golpeó con las manos ruidosamente los muslos de ambas piernas y exclamó:

—¡Ahí lo tenéis de cuerpo entero... El "grand Kalkbrenner" —como lo tildó la Poissarde— no conoce otros éxitos que no sean los suyos... y si ya no pueden ser suyos esos éxitos... que lo sean al menos de uno de sus adeptos...

Pero Federico prosiguió inmutable:

—En mi caso no creo que haya podido confiarme a un maestro más adecuado... Pues todos se daban cuenta de mis deficiencias..., pero nadie supo señalármelas... Kalkbrenner sí lo hizo: reconoció que carecía de independencia... que yo debía adquirir ante todo, dominio sobre mí mismo, para poder adquirir ese dominio también sobre el público... Y es eso precisamente lo que estoy haciendo, bajo su dirección... No estudio con Kalkbrenner para copiarlo, sino para abarcar con su ayuda, todas las posibilidades mías... y así lograré, acaso, alguna vez, crear algo nuevo dentro del arte maravilloso que es la música...

Su mirada buscaba quién sabe qué, a lo lejos...; como si quisiera penetrar hasta la impenetrable incógnita que representa el futuro...

—Pero dejemos ahora eso —dijo por fin, sonriendo ligeramente.

Liszt permaneció callado. Sus largos dejos jugaban con el prendedor de su corbata, que tenía la forma de una garra de grifo, sosteniendo un globo terrestre, esmaltado de azul.

Y levantando por fin la vista, preguntó a Federico:

—Y su concierto... ¿cuándo será...?

—Debía ser en estos días... pero se lo postergó por ese asunto del general Ramorino.

Hiller interrumpió la conversación trazando un signo cabalístico sobre las cabezas de ambos amigos. Y soltando una carcajada les dijo:

—Por favor... ¿Me hacen el obsequio de no hablar para nada de política?

* * *

De todas partes, hasta de Alemania, había venido gente para esta oportunidad. El mismo Fetis —que temiendo la impaciencia de sus acreedores vivía en un lugar estratégico del "bois"— resolvió afrontar todo peligro y hacerse presente en este día. Los corifeos de la crítica musical ocupaban ya sus butacas.

En el fondo se hallaba Pleyel, el propietario de la famosa sala que llevaba su nombre. En la primera fila: Liszt, Hiller y Franchomme.

Toda la sala estaba sumergida en una luz opaca, en tonos de rojo violeta. Bajo esta luz, las velas y los espejos (con que estaban revestidas las columnas), confundíanse con el color de la madera de sándalo que cubría una gran parte de las paredes.

Un piano de cola de gran tamaño, con la tapa abierta estaba colocado en la tarima. Y sentado frente a él: Federico, discretamente iluminado por un precioso candelabro, cuya luz permitía distinguir, sin embargo, su noble perfil, inclinado en estos instantes, pálido, sobre las teclas del magnífico instrumento.

Mientras tocaba parecía envuelto en la más dulce melancolía; una melancolía que a su vez daba al juego de sus manos, esa sutileza cristalina que poseen las manos de mujer...

Pero de pronto, comenzaron sus dedos a tensionarse: obedeciendo al dramatismo que llevaban inherentes, los movimientos de la música que estaba ejecutando... Era esa música, por momentos como un pequeño barco en alta mar, bailando sobre el oleaje de un apasionado júbilo... Vacilando a veces, para luego entregarse sin reparo alguno a la omnipotente fuerza que la circundaba...

Liszt, maestro máximo de los más encontrados efectos, sentíase presa de la categoría fascinadora de este nuevo tipo de música interpretativa, si bien no lograba explicarse del todo, la razón de esta extraña influencia sobre su ánimo.

En vano argumentaba que —sea como sea— esto jamás podía representar un verdadero medio para dominar a las multitudes, que —según él— eran sólo una vasta extensión de plomo que no se derretía sino a la acción impetuosa del fuego, y cuya formación no se lograba jamás si no se abalanzaba sobre ellas una voluntad de proporciones titá-

nicas. Entonces sí, podía llegar esa masa informe a una idea, expresión y sentimiento...

Mas, pese a sus teorías, inhalaba, diríase, más y más, el hechizo de tales tonos. Alrededor suyo parecíale ver el centelleo de miríadas de estrellas o también la límpida claridad que emanaban los campos cuando se llenan de lirios.

Y Liszt imaginábase ambular por un paisaje dormitado bajo el manto de la noche, sobre el cual —a través de una ligera capa de bruma— caía amorosamente la luz de la luna. Y toda esta divagación de la fantasía lograba cobijarse bajo las alas blancas que extendía la pieza que ejecutaba Federico...

Cuando finalizó con un finísimo acorde que era como un suspiro de ángel, fué Liszt el primero en dar la señal para un aplauso que acreció sin hallar resistencia, hasta abarcar la sala, de punta a punta.

Ahora se prendieron también todas las luces. Y todos se pusieron de pie. Y seguía el entusiasmo, en tanto que por otro lado empezaban ya a chocar las diversas opiniones y críticas.

"Un pianista sentimental por excelencia"... "Un tema a modo de Lamartine..."

"Pero al menos de originalidad indiscutible", agregaba otro.

Y de pronto la voz siempre afónica de Fetis:

—Saca poca tonalidad de su instrumento...

Federico recibía, mientras, el homenaje de la sala. Pero no se mareaba por ello. Viena le había enseñado ya cómo debían considerarse los triunfos... Por donde miraba, veía caras conocidas: co-

legas, compatriotas, amigos del Hotel Lambert...

Mas sin duda alguna: era un éxito brillante... aunque por otra parte le acosaba insistentemente la grave pregunta: ¿dónde estaba el verdadero "público"... la masa del pueblo...?

El futuro parecía darle la razón en esta duda que se arraigaba más y más en la conciencia de Federico. Porque si bien su gran éxito le aportó un fuerte incremento de su fama, disipando en la crítica profesional toda suerte de vacilación acerca de su categoría artística: el hecho era, que no obstante tuvo que regalarse entradas para evitar los fatales claros de las butacas desocupadas; que, además, hubo déficit, y que, por último, Federico con todo lo que ahorraba, no estaba en condiciones de seguir afrontando semejantes gastos...

Por vez primera se grabó como con fuego el conocimiento de que al arte iba siempre aparejada la imperiosa necesidad de la resignación a la gloria, para ponerse cara a cara con las interminables dificultades que acarrea la incesante lucha y —¡cuántas veces también!— la miseria...

Y puesto que él gustaba, por naturaleza, esquivar los obstáculos y no afrontarlos y superarlos, acabó por inculpar de todo esto a París, apodándola de ciudad engañosa, que como una sirena atrae a millares de seres para mortificarlos con una de las más grandes crueldades: la desilusión.

¿No sería más conveniente para él —decíase— abandonar París y Francia y buscar —como lo hicieran ya tantos de sus compatriotas exilados— nuevos horizontes, allende el océano...?

Pero los amigos no debían saber nada de eso, así evitaría que se opusieran con sus mil razones y le obligaran a emprender regreso a Varsovia.

—¡No. . . ! ¡A Varsovia no!: todo menos eso. Porque tal regreso significaría volver a ser una carga para su casa y ser, además, el eterno testigo de la vida de Constancia, al lado de un marido que no era él. . .

De tal modo perseguido por un enjambre de reflexiones personales, resolvió buscar esparcimiento en uno de los teatros de vodevil, cuando de pronto —era en el bulevard Saint Martin— se topó con la inconfundible figura de su amigo Valentín Radziwill.

El príncipe, que vestía abrigo de piel y sombero de copa, saludó, como era su costumbre, ya de lejos, impidiendo así que Federico pudiera ni siquiera pensar en rehuir su encuentro.

Y al acercársele, le interrogó por las impresiones que recogiera de París, desde que no se veían.

Federico, obedeciendo al fuerte impulso de su fastidio acumulado, le contestó rotundamente, que se sentía cansado de toda la ciudad y que estaba proyectando dejarla para siempre.

Radziwill no hizo ninguna clase de oposición, puso, con un gesto cordial, sencillamente, su brazo sobre el hombro de su amigo, obligándole así a caminar al lado suyo. Luego le dijo:

—Yo voy ahora a casa de unos amigos. Estaremos "en famille". . . ¿Qué le parece si fuéramos juntos?. . .

Federico no pudo menos que sonreir. La ex-

pectativa de gozar un rato de la claridad y el confort de un ambiente lujoso y sosegado, le hizo recobrar su ánimo. Asintió inmediatamente, y ambos se pusieron en marcha.

Un imponente pórtico que les sustrajo con fina hospitalidad a las inclemencias de un severo invierno, fué lo primero que acogió a los amigos. Domésticos en libreas de color beige acudían solícitos a ayudarlos. Luego: anchas escaleras de mármol, en cuyos peldaños se reflejaban como en espejos, los que las ascendían.

Y por fin: un amplio salón con muebles revestidos de flores en oro.

Hízose la presentación de Federico. Era evidente que su llegada había llamado mucho la atención.

Después, al recorrer el salón en compañía del príncipe, oía —cada vez con la obligada inclinación de cabeza— una serie de ilustres apellidos; advertía las encantadoras sonrisas y miradas de mujeres hermosas, o sentía el leve temblor de la perfumada manecita que en ese instante se ponía en la suya.

Como es de suponer, pronto se le rogó sentarse al piano. Sus ojos comenzaron entonces a avivarse y emanar una lumbre que era el reflejo de su fogosa alma de artista. No sin un cierto cálculo, eligió de entre sus nocturnos, aquel que figuraba en su carpeta de trabajo —juntamente con otro en modo de "si"— como opus 9.

Una leve coquetería se apoderó de sus blancas manos, cuando las hizo asentar sobre las teclas; y mientras él mismo respiraba con un ritmo suave

y despreocupado, parecía estar acariciado y envuelto en una atmósfera que daba a su persona una suerte de dignidad sacerdotal.

Al terminar la pieza con un soberano despliegue de brillantes cascadas, ocurrió que una nube de tul, gasa plateada y exquisita seda, se agolpara alrededor del instrumento, de la que —como pequeñas gotas de lluvia— surgía un conjunto de suaves y muy expresivas vocecitas que decían:

—Monsieur Chopín... estamos encantadas... Le prince dice que usted da también lecciones... ¿verdad?... Le sugerimos que empiece por hacerlo en nuestra casa que estará a su disposición... cuando usted guste...

La disciplina de trabajo, sus formas y modos elegantes; toda su agradable personalidad le proporcionaron pronto la fama de "el gran profesor de la temporada".

La gente se desvivía por dar con el secreto de su técnica: su manera de poner los dedos sobre el teclado y lograr así "hacer hablar" al instrumento.

Pianistas de gran renombre rendían homenaje a su arte. En los círculos de la más rancia aristocracia se movía él como un rey.

Pero Federico seguía como siempre: sencillo y laborioso. Lo que había aprendido de Zywny, Elsner y Kalkbrenner, transformábase en él en algo propio.

Para conseguir en sus alumnos una posición de mano graciosa y adecuada, les exigía primeramente colocarla en una situación que correspondía al espacio entre "mi" y "si". Luego les hacía ejecu-

tar —con preferencia en las negras— varias escalas en forma bien ligada y con mucha expresión.

Por último les daba los "Préludes et exercices" de Clementi, cuidando principalmente de que el codo permaneciese en una posición suelta, para facilitar así los diferentes cambios del pulgar.

De esta manera estaba seguro de obtener aquella agilidad, aquella "facilité": siempre, claro, que no se estudie sólo mecánicamente, sino con la inteligencia y la voluntad que son factores indispensables para el dominio de la técnica. Con el objeto de enriquecer la expresión y matización, recomendaba visitar la "Opera". "Tocar el piano es como cantar", decíales más de una vez, y refiriéndose al colorido que caracteriza a las voces italianas, exhortaba siempre: "Toque como le indique el sentimiento".

La estimación que se le tenía era tan grande que todo el mundo quería protegerle. La afluencia de estudiantes de música era extraordinaria: los alumnos, compartiendo con hermosos gestos de veneración y amistad sus ideales y ambiciones artísticas; las alumnas, llevando a las lecciones todo el encanto de gente del gran mundo.

Se le veía en compañía de embajadores, en recepciones de ministros. Su figura —vestida de saco oscuro y abotonado hasta el cuello—, era familiar en los salones de la más alta sociedad, ya inclinándose sobre la perfumada mano de la princesa Czartoryska; ya al lado de Delfina Potocka, cuyo fino y etéreo perfil se asomaba discretamente al instrumento en cuanto empezaba a ejecutar.

Su vida se desarrollaba entre el café y el salón. Reacio a todo lo que era torpe despreocupación de modos y modales, en los círculos bohemios, era, en cambio, indulgente frente a las tantas irregularidades que se cometían en la gran sociedad. De suerte que podía decirse de él: que fué un aristócrata entre los artistas y un artista entre los aristócratas.

Pero con todo esto, Federico no olvidaba ni un momento la última meta de su ambición de pianista que era subrayar en grandes salas a grandes masas de público, como —en pequeño— lograra entusiasmar ya a un selecto auditorio de un reducido número de personas. Con fines benéficos tocaba bajo el protectorado del príncipe de la Moscova; uníase a Liszt y a Hiller a fin de ofrecer una composición de Bach para tres pianos; o formaba también un punto de atracción en el ciclo de los famosos "Conciertos de Conservatorio" que dirigía Berlioz.

Sin embargo, no escapaba a su propio criterio que más de una vez la fuerza dinámica de una gran orquesta había aplastado las voces de su instrumento; que en otra oportunidad no había logrado ni estar "en vena", ni tampoco en el corazón del público; que en varias ocasiones los bellos lirismos de su "larghetto" caían como flores desvanecidas ante los oyentes, razón por la cual eran también recibidos con una frialdad hostil.

Sabía todo esto perfectamente bien. Y por momentos le asaltaba repentinamente el temor de que el motivo de ello pudiera radicar efectivamente en una falta de potencia tonal de su parte (punto éste que ya le fuera reprochado de diferentes maneras

por la crítica); pero al mismo tiempo desechaba esta idea como algo que sencillamente no era posible.

Lo más que llegaba a admitir era que su técnica no hubiese alcanzado aún el máximum de sus posibilidades. Por otro lado, tenía siempre presente que todo maestro ha llegado a serlo sólo a base de una labor incesante y la también incesante voluntad de superarse. Y puesto que —para él— el triunfo no era un asunto de mera ambición personal, sino antes bien, el mayor homenaje que podía rendir a su patria, no vaciló por fin en aceptar —por parte de sus connacionales— la idea de realizar un concierto de grandiosas proporciones, en el mismo Teatro de la Opera Italiana, a beneficio de los polacos expatriados.

Durante largas semanas veníase preparando para la espectacular velada. No obstante, le flaqueban las piernas, cuando —una hora antes de comenzar dicho concierto—, se hallaba en su habitación de la Chaussée d'Antin, dando los últimos toques a su siempre cuidada "toilette". Estaba sumamente nervioso. Tanto es así que después de bajar las escaleras, hubo de volverse apresuradamente sólo para ponerse de nuevo frente al espejo, cambiarse, casi con ojos cerrados, de corbata, buscar otro par de guantes, repasar sus zapatos ya repasados y correr nuevamente a grandes pasos por la escalera, hasta ganar la calle.

El coche —una "limonière"— que le esperaba abajo, lo condujo en rápida marcha hasta la "Place des Italiens".

Durante el trayecto, su respiración seguía haciéndose en un ritmo tan breve como irregular. Acostado en los blandos almohadones del elegante vehículo, Federico repasaba mecánicamente, con su mano enguantada, los vidrios de la portezuela que se empañaban siempre de nuevo. Contra su voluntad, empezó a hacer un meticuloso recuento de todas las "lorettes" que —con harto exagerado maquillaje y amplios sombreros adornados de grandes plumas— cruzaban su camino.

De pronto, sus nervios alterados sufrieron una fuerte reacción: era el efecto de un poderoso haz de luces que inundaba el interior de su "limonière". Más tarde divisó también el arco de un gigantesco pórtico que parecía tragarse todo lo que se ponía a su alcance. Gente que gesticulaba y se hacía entender a gritos; briosos caballos cuyos vasos resbalaban ruidosamente sobre el húmedo adoquín, obligando a los hermosos animales a efectuar complicadas piruetas sobre sus patas traseras.

Era la entrada de la "Opera Italiana".

Federico abandonó su coche y, sin mirar a nadie, subió la pequeña escalera que remataba en el mismo tablado del teatro. Liszt le estaba esperando en la sala de conversación, en compañía de Nourrit.

—Necesito concentrarme —díjole ya desde lejos.

Le costó algún esfuerzo para poder contestar debidamente el saludo del maestro Habeneck, que era el director del concierto de esa noche.

Por fin, llegó a su camarín, se introdujo en él como un fugitivo, echando llave a la puerta.

Efectivamente; se sentía por demás nervioso. Hasta el motivo que ostentaba el empapelado, le causaba molestias.

Ahora se tapaba con la mano derecha los ojos, a fin de recapacitar, nota por nota, la primera parte de su gran "Concierto en "mi" menor": con su vuelo heroico del "allegro"; las suaves modulaciones de su romanza en mayor que acariciaba el alma como un paisaje primaveral tendido bajo la luz sutilísima de una noche de luna.

De nuevo le asaltaba la duda sobre si la obra y su autor e intérprete no se prestarían más bien para responder a las exigencias de un auditorio íntimo.

¿No tenía acaso Liszt toda la razón cuando sostenía que a ese "ogro" de público habría que afrontarlo como un domador: con el látigo en la mano?

Un toque de timbre le dió la señal de que se iniciaba la velada.

En ese mismo instante, su figura parecía agrandarse, a la par que sus músculos se henchían vigorosamente.

Con un gesto decisivo tomó un pañuelo de seda que llevaba siempre consigo, se repasó las puntas de los dedos y salió a escena.

Antes de sentarse al piano, recorrió con sus ojos, las gigantescas dimensiones de los decorados entre los cuales el instrumento solitario parecía adquirir las diminutas proporciones de un insecto negro.

Pero el ruido sordo de la cortina que en ese

momento se abría hasta quedar adherida a las doradas columnas laterales del tablado, le sacaron de cuenta reflexión temerosa quería imponerse.

Como una inmensa garganta de un animal antidiluviano, se extendía ante él la sala colmada de público. Todo París se hallaba presente.

La luz suave de los millares de velas de cera se reflejaba —multiplicándose hasta lo infinito— en las facetas de los diamantes que exhibían las damas de la alta sociedad parisina.

Los brazos y hombros desnudos que asomaban por encima de los palcos, semejaban un conjunto de pétalos de rosas; en la platea, en cambio, se distinguían las filas oscuras de los fracs que vestían los ministros y legisladores; en los sillones del proscenio, por fin, recostada con la despreocupación que le era tradicional, la "jeunesse dorée" de la Nación.

A Federico todo este cuadro, le causó una extraña sensación, en la que se mezclaba —de un modo irritante— el efecto de la belleza y de una misteriosa peligrosidad...

"Vampiresa de todos los diablos", decíase para sus adentros, al verse cara a cara con esa característica fisonomía de cuanto público hay en el mundo: una especie de mujer seductora, cuya fisonomía lleva una sonrisa, detrás de la cual —como en una bestia felina imaginada por Délacroix— se esconde el filo de poderosos dientes que no quieren más que devorar...

En tal estado de ánimo, se dispuso Federico a atacar los primeros compases del "allegro".

Pero de pronto —casi contra su propia voluntad— sintióse acariciado por el melodioso flúido de la romanza que terminó por aplacar su tensión nerviosa permitiendo a su fantasía recobrar una libertad absoluta y entregarse de lleno a los más recónditos ensueños.

Y así, mientras tocaba, comenzó a oír en el recuerdo, el grato murmullo del río Viliya, con sus aguas que parecían cubiertas de una copa de plata... Y su nostalgia de gran soñador siempre alerta, apoderóse de tal manera de él, que se imaginaba ya atravesando de nuevo los hermosos bosques de su tierra natal, para llegar —apartando más de un tupido arbusto de grosellas— por fin, hasta el mismo borde del amado río y tener su precioso cauce directamente a sus pies.

Mas, de pronto cortóse el hilo que iba recogiendo sus recuerdos: un frío y hondo silencio de tumba produjose en su derredor... Federico había terminado su concierto.

Esto, no obstante: nada se movía en la sala.

'Por Dios... ¿qué pasó?, preguntó algo en él. Y palidecía solamente cuando se levantó mecánicamente —como un sonámbulo— alcanzó a percibir una que otra manifestación de entusiasmo. Eran sus amigos. Los incondicionalmente suyos.

Pero toda tentativa de homenaje se ahogaba cada vez más en el vacío de una inmensa indiferencia que se extendía por el teatro. Era un muro de frialdad que rechaza con la insistencia sorda con que actúa un enemigo oculto.

Y fué en este mismo instante que se presentó a la mente de Federico aquella otra velada, aquí en

el mismo sitio, que hacía apenas unos meses tuviera como protagonista a Liszt: con la frente alta y rodeada de un vigor olímpico que amenazaba fulminar a quien no estuviese con él, dejábase Liszt festejar por los gritos delirantes de un público que le ofrecía un cúmulo de flores y de coronas, como así también el frenético aplauso de sus ya doloridas manos... Entonces recién dignóse aquél aceptar el triunfo, inclinándose ligeramente hacia la multitud y barajando al mismo tiempo en el aire, una muy fresca y muy roja camelia que —después de acariciarla con sus labios— se la colocara tranquilamente en el ojal de su elegante frac...

Con semejante visión en su ánimo, Federico no pudo más que mover precipitadamente una que otra vez la cabeza ante ese ogro sin compasión y abandonar a grandes pasos el marco de la escena.

En su camarín le arrebató un ataque de ira que se desbordaba más y más, impulsándole por fin, a tomar un candelabro y arrojarlo al suelo, haciéndolo añicos. Y esta fué también la hora en que Federico reconociera con claridad meridiana el verdadero sentido de su vocación: que no era la de intérprete, sino la de autor.

En ese mismo instante hízose evidente la imperiosa necesidad de abandonar París y todo lo que para él significaba esta ciudad... ¡Sí!... Dejar todo esto detrás suyo... Y enfrentarse por fin de nuevo con lo natural, lo sano: con gente sencilla que jamás llegaba a saber de los mil y un sinsabores que gusta acarrear —a los fatalmente predestinados— esa cosa tan sublime como cruel que es el arte...

Y al decidirse así, sentíase por fin recuperar sus fuerzas; fuerzas estas que al menos le permitieron ponerse de pie y mantenerse erguido: si bien con la nuca un tanto inclinada como nos ocurre cuando la carga que llevamos amenaza aplastarnos.

VI

Y con semejante sensación de insuficiencia frente a una responsabilidad de proporciones inabarcables, despertóse Federico después de una larga y angustiosa noche, en la que guiado por la alada fantasía de un vigoroso sueño, hubo de reandar los senderos más significativos de su vida de apenas veinticinco años.

¿Dónde estaba...? ¿Hallabase aún en Paris...? ¿Por dónde debía buscar a su gran amigo y gran patriota Titus...? ¿Era verdad eso de la caída de Varsovia...?

Federico no lograba ubicarse. El único hecho que no le era posible refutar a su más concentrado esfuerzo reflexivo era que se encontraba en una ancha cama, sobre cuyas colchas, una fresca y es-

pléndida mañana volcaba los generosos raudales de su luz de oro...

¿Qué le importaba, entonces, aquella ciudad, donde un poderoso engranaje de ambición social, lujuria y mentalidad sensacionalista, accionaba sin compasión sobre los más sinceros propósitos de jóvenes y viejos artistas, en holocausto de sus desven gozados caprichos...?

Y con una ansiedad casi desesperada, buscaba Federico más y más indicios que le permitiesen salir de la última duda y convencerle, de que efectivamente habíase separado y apartado muy lejos de ese desdichado ambiente.

La pieza que le acogía, era, por cierto, amable; había en ella una claridad que revelaba el más mínimo movimiento de sus bonitas cortinas que parecían estar empeñadas en un divertido juego con el viento mañanero. Y por encima de los techos divisaba desde su cama aquellas encantadoras casitas que estaban prendidas como nidos a las colinas que circundaban todo el lugar... Y oía el melódico murmullo de cercanos bosques... ¿Dónde estaba, pues...?

¡Ah... verdad...! Recién ahora empezó a recordar también aquel banco metido en la sombra de una legión de árboles frondosos. Y se vió sentado en él, solo, lejos de todas las casas, las luces y de la gente... Y vió —si bien en un plano ya más nebuloso— una procesión de una inacabable hilera de campesinos... las mujeres con pañuelos de vivos colores en las cabezas, y los hombres en su ruda vestimenta, serios y graves, detrás del Santísimo

que llevaba el sacerdote y de un salto estaba Federico de pie y loco de alegría...

¡Sí! ¡Era en Carlsbad...! ¡Estaba todavía en este viejo y querido lugar de descanso y de paz... Y aquí había dormido y soñado tan largamente: sólo unas pocas casas más allá de donde reposaran esa misma noche los tan venerados padres suyos...

¡Qué dicha ésta!... Tener el derecho de ser uno mismo. Nada más que uno mismo: sin sentirse víctima de cada uno de los caprichos de un público tan exigente como estúpido... Poder vivir sus días de modo que uno por uno de ellos venga al encuentro del que está por irse: con la inmediata bondad y belleza de un niño que trae en sus ojos puros una bendición...

¡Cómo pudo haberse dejado engañar así, por ilusiones subalternas; por siniestros fantasmas cuya única misión es alterar el buen orden de todas las cosas...! ¡Cómo pudo haber creído, por un momento siquiera, que la brillantez del virtuosismo debiese, en él, prevalecer sobre la fuerza creadora de sus dotes de autor...!

¿No era, asimismo, tarea más noble y satisfactoria, el no estar supeditado a la obligada inspiración de un preciso y determinado momento, sino el poder, más bien, acechar aquella otra clase de inspiración superior, que es la que da la obra y está llamada a perpetuar todo lo más grande y bello de la vida —la juventud, el amor, la patria—: en el mágico pentagrama de la música?

Federico comenzó a recobrar un ánimo alegre y agradecido. Y así inició la tarea diaria de su arre-

gio personal. Nunca recordaba haber acertado con tanta facilidad el nudo de su corbata. Jamás había colocado el alfiler de oro en un sitio más elegantemente decorativo.

Se sentía tan íntimamente alborozado, tan tierno y hasta, diríase, tímido, como un adolescente a la espera del objeto de su primer amor...

Y en ese tren de cosas recordó, quién sabe cómo, aquella muchacha de ojos aterciopelados con la que solía jugar —en épocas pasadas— a las escondidas: María Wodzinski, ahora ya una señorita de diez y nueve años, según le informara —con cierto exceso de detalles— doña Justina, no olvidando tampoco lo de la cabellera de un negro retinto, con luces ya casi azulinas y tan larga que —como sostenía la informante— podía fácilmente servirle de manto.

Y no sin experimentar un ligero como grato asombro de que todo ello se le antojara, precisa mente, en semejante mañana y después de una noche cuyos sueños habían representado una suerte de confesión general de su vida toda: Federico seguía hilando el mismo tema, recordando que ya desde aquel entonces existía entre las familias de ambos una cierta vinculación..., y recordaba, asimismo, que los hermanos de la encantadora María —Félix, Casimiro y Antonio— habían buscado, en París, abiertamente, su amistad; que a raíz de ello habíase producido un carteo; y que la madre de María, la condesa, habíale antes de dejar Ginebra— invitado muy afablemente a pasar una temporada en Dresde, en el palacio que allí poseían los Wodzinski...

"¿Y si fuera a Dresde?", decíase, sintiendo ya al son de tal pregunta que se aceleraba el ritmo con que latía su corazón.

Sin darle demasiada importancia a ello (antes por el contrario le parecía más propio dejarlo todo en la, a veces, dulce penumbra de la incógnita), púsose por fin el saco azul, con da doble hilera de elegantes botones, tomó su sombrero y salió en busca de sus padres.

Nicolás Chopín había apenas terminado de levantarse, cuando Federico entraba con un animoso "buenos días". El padre besó cariñosamente a su hijo en ambas mejillas, mientras doña Justina se apresuraba a fin de no quedarse atrás, y agregó en tono de urgencia:

—El médico quedó en venir a las nueve. Si nos apresuramos, podemos desayunarnos antes juntos en lo de "Bolza".

Federico estaba muy de acuerdo con el programa.

Y dejándose caer sobre un cómodo sillón, se dispuso a contestar la mar de preguntas de parte de sus padres, entre las cuales —claro está— figuraba, por intervención de doña Justina, más que una que se refería a la familia Wodzinski.

—Es una familia noble y de rancio linaje. Federico hace bien en cultivar esta relación. La señora condesa lo ha querido siempre como a un hijo. Y la chica, María, hasta me parece que sabe algo de música.

—Sí ha estudiado con Field —replicó Federico, sintiendo un fuerte ardor que le abarcaba toda

la cara—. Un vals que compuso y que me lo mandó, era bastante bonito. Tan es así que una vez se me ocurrió frasear sobre uno de sus temas.

Nicolás Chopín no hacía más que cambiar sendas miradas con su esposa. . .

—De manera, pues, que no hay ninguna razón de peso para que omitas pasar por Dresde cuando regreses a París ¿verdad?

Federico sonrió pensando en todo lo dulce y hermoso que le acariciaba en estos momentos, parecíale como si la misma patria le tendiera sus brazos, le animase a la vida y le mirase con unos ojos que poseían el fondo oscuro de aquellos hermosos lagos de las alturas, en que se refleja y hunde a la vez todo el paisaje.

Los días transcurrieron felices para Federico y sus padres. Entre paseos, visitas y excursiones, se acercaba ya la hora de la despedida.

Y la fecha se hacía impostergable, por cuanto las noticias que llegaban de París, solicitaban invariablemente su regreso. Ante todo urgían los convenios con una serie de casas editoras que no le permitían dilatar por más tiempo su estadía en Carlsbad, menos aún si se tenía en cuenta su propósito de hacer escala en Dresde y visitar a los Wodzinski.

Había, pues, que separarse de sus padres.

Y cuando Federico, en una determinada noche, ocupó su lugar en la diligencia postal, y los blancos caballos tiraron vigorosamente de la vara, llegó la hora en que el hijo debía pronunciar por última vez las dos insignes palabras: "madre" y "padre".

Y en ese instante era como si una espesa e inpenetrable cortina bajara de las alturas y se interpusiese para siempre entre el que se iba y los que quedaban.

Federico sentía escalofríos. Y el fuerte viento que penetraba por las rendijas de las ventanas del carruaje que le alejaba de los suyos, acentuaba aún más este su estado de ánimo, obligándole a levantar el cuello de su capa y acurrucarse en el más escondido rincón que ofrecía el interior del coche en que viajaba.

En esa posición quedó inmóvil —sólo sacudido de vez en cuando por un ataque de tos—, hasta que el carruaje, bajando lentamente la carretera ganara la vasta llanura.

En ese mismo instante, allá en el lejano horizonte, asomábase la primera señal de la mañana, detrás de una fantasía de nubes, todas en tonos grisáceos.

El bosque que la diligencia iba atravesando en estos momentos, iba perfilando más y más sus detalles a la luz del día naciente, hasta que por fin se presentaba la arboleda con el verdor natural de su follaje.

También los campos abríanse ya como abanicos en los más diversos matices: desde el oro hasta el marrón, violeta y tantos otros más.

A lo lejos cantaban las segadoras: buenas mujeres, con los pies descalzos y vestidas sólo con camisa y pollera, las cabezas atadas con vistosos pañuelos, a igual que allá en los campos de su terruño.

Y al fijarse en sus fuertes cuerpos que se ten-

sionaban en las funciones que les exigía la faena, parecíale a Federico que su propia sangre ocelerase su circulación...

"¡Qué solo estoy...!", decíase.

Y sus sentidos trasnochados divagaban alrededor de esas jóvenes mujeres cuya finalidad era evidentemente: amar y ser amadas.

¡Oh, poder contar con alguien, a quien pertenecer; en quien refugiarse y a quien confiar sus nostalgias; en una palabra: poseer alguien con quien compartir toda la ternura y todo el ardor de su cariño...!

Así soñaba Federico, mientras el carruaje recorría leguas y leguas, dejando tras sí una nube de tierra que el viento se empeñaba en disipar como un niño travieso.

Porque a medida que el sol subía y la temperatura aumentaba, notábase sobre las huellas del camino una espesa capa de polvo y arena que parecía implorar insistentemente el beneficio de la lluvia.

Pero en vano; en cuanto se agolpaba algún nubarrón en el firmamento, se desataban también fuertes ráfagas de viento, anulando así toda amenaza de terminar con la sequía.

Este juego se repitió un sinnúmero de veces durante todo el día, proporcionando al viajero una suerte de expectativa y deleite...

Y ya caía la tarde cuando Federico divisó por primera vez sobre el fondo de un claro pedazo de cielo, las siluetas de las torres de Dresde.

Como entraba por el lado de Tharandt, hubo

de cruzar los más antiguos barrios de la ciudad hasta llegar al hotel que le fuera recomendado.

Faroles a gas iluminaban la entrada. El portero que corrió a recibirlo, condújole inmediatamente a las habitaciones que le habían sido reservadas.

Allí hizo depositar su valija y su saco de viaje; mandó correr las cortinas de la alcoba y preguntó al mismo tiempo por la dirección del palacio Wodzinski.

En cuanto se vió solo en su cuarto, comenzó a arreglarse. ¡Y con qué cuidado lo hacía...!

"Puede haber invitados", decíase para sus adentros. "Además, María... estará ya grande... y tendrá sus exigencias..."

En tren de estas reflexiones, decidióse por el frac negro: una prenda nueva de casimir, que usaba con un precioso chaleco.

¡Caramba...! ¡Ya las nueve de la noche...!

Federico se envolvió en su capa, tomó a la pasada los guantes y el bastón y abandonó apresuradamente el hotel.

Y pronto se hallaba frente a un edificio de proporciones grandes y algo alargadas, con altas ventanas y los característicos ornamentos del barroco, en cuya entrada estaba apostado un sirviente en librea de color de plata: era la mansión de los Wodzinski.

Cuando el portero le pidió su gracia para hacerle anunciar a los dueños de casa, sentía Federico que su voz le temblaba de emoción, al decir:

—Anuncie a Federico Chopín, de París.

Como ocurre a menudo con los edificios antiguos, el vestíbulo donde fué conducido abarcaba

dos pisos y cerraba arriba en una galería formando una corona de graciosos amorcillos.

Las paredes cubiertas de seda color verde, con adornos de tulipanes bordados en oro, servían de magnífico fondo a una rica araña de cristal y al pesado moblaje de caoba.

Federico percibió todo esto en los breves momentos que transcurrieron desde que fuera anunciado hasta que se produjo la entrada de un señor alto, acompañado de dos damas de diferentes edades: era el palatino Wodzinski, tío de María y dueño de esta mansión.

—C'est Frédéric, en effet... —oyó exclamar a la señora mayor, con esa voz maternal que él bien recordaba.

Y Federico apresuróse a ir a su encuentro y besar la mano blanca y regordeta que ella le tendía desde lejos.

Luego, al escuchar en la presentación, el nombre y título del dueño de casa, inclinóse correctamente ante él, a fin de poder entregarse ahora exclusivamente a la contemplación de la tercera persona que tenía ante sí: la joven María.

Y también ella, con visible asombro —que ponía un delicioso sonrojo en sus mejillas—, le miraba con una detención que no era del todo común en estos círculos.

Ella llevaba un vestido de tafetán negro y —como único adorno— una gran rosa que acentuaba muy favorablemente su cutis trigueño, dándole tonos de marfil.

Tenía una boquita de formas y movimientos

tan insinuantes que a la par de sus negros ojos aterciopelados, imprimían a su delicada persona el encanto de una naturaleza tan apasionada como cuidadosamente contenida.

Una vez más se encontraron sus miradas, y una vez más experimentó ella la fruición de un íntimo y misterioso asombro.

Era que Federico le recordaba, le imponía el recuerdo de alguien que no dejaba de preocuparla...

Y entre mirarlo y no querer hacerlo, imaginaba María aquel ensueño de nieve y luz, producido por un sol que parecía congelarse detrás de las gigantescas masas de hielo que se acumulaban a esta altura en cantidades inmensas; ensueño de clara agua azulina en cuyo espejo ardían por las mañanas y las tardes las cimas encendidas del cerro Mont Blanc; y ensueño, por fin, de unos versos de amor y de vida que le dedicara en aquel entonces un joven poeta y compatriota que hacía tiempo habíase radicado en aquella ciudad de Ginebra: Julius Slowacki. Y este joven y poeta Julius Slowacki tenía, además, la misma edad de María, los mismos gustos y hasta podía casi decirse: la misma figura de ella.

—¿Usted no me reconoce...? —preguntó ella, alargándole, sonriente, la mano.

Federico la llevó a sus labios, diciendo:

—¡Hace tanto tiempo...! Eramos aún niños... cuando jugábamos juntos en Sluzevo...

—...y en Varsovia —añadió ella—. Recuerdo que ya en aquellos días costaba trabajo sacarme del lado de su piano...

—Entonces tuve razón, cuando, por intermedio de su hermano Félix, me atreví a mandarle mis saludos... como a una colega...

Como única respuesta hizo ella con los hombros un ademán que rebosaba gracia.

Y ya segura del efecto, agregó:

—Usted es muy galante: como la ciudad de donde viene... ¿No quiere que nos acerquemos un poco a la chimenea...?

Y allí se sentaron juntos, mientras un mucamo se disponía a colocar nuevos leños sobre las llamas, y la señora condesa no terminaba de preguntar por los padres de Federico y, sobre todo, por cada uno de los detalles de la vida de su "tan apreciado y querido amigo Nicolás".

Luego se retiró también ella, para ocupar su sitio frente a un juego de "bric- à brac" con que le estaba esperando ya el palatino.

Federico sentía un bienestar indescriptible al verse cerca de la amada que le hablaba de Field y los estudios que ella cursara bajo su dirección. Él, en cambio, más comunicativo que de costumbre, hacíale saber que estaba decidido a dejar la carrera de un virtuoso del piano para consagrarse del todo a su "verdadero ideal", es decir, la composición.

Y mientras así conversaban, respiraba Federico con todos sus poros la dulzura de su aliento y de su cuerpo tan cercano, que por momentos le permitía hasta rozar con su cara los mechones más atrevidos de su hermoso cabello negro.

Y tan perfecta era su felicidad que hubo de

cuidarse mucho para no cometer la torpeza de dilatar esta su primera visita más de lo debido.

Y efectivamente; cuando el reloj de bronce (dentro de una alargada campana de vidrio) dió la hora Federico tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para desprenderse de su sitio al lado de María, mientras que el dueño de casa —también tras un cierto esfuerzo— desprendía sus ojos de la tabla de juego para enterarse que era ya más tarde de lo que imaginaba.

—Au revoir, mon cher —díjole entonces la condesa con la bondad que la caracterizaba—, usted sabe, Federico, que nos proporcionará siempre un íntimo placer, el verlo por acá y tenerlo con nosotros...

María lo acompañó hasta la puerta, meciendo su cuerpo en un misterioso ritmo que parecía obedecer a una melodía que llevaba como un secreto, en lo más íntimo de su ser.

Y cuando Federico tomó su mano para despedirse, ella le susurró de repente:

—Venga, si quiere, mañana... a las cinco... Pour parler de la jeunesse... Estaré, a esa hora, sola...

Federico no supo qué contestar en ese momento, y murmurando en su confusión sólo un "oh... cuánta dicha para mí...", atravesó como en un delirio el vestíbulo, para serenizarse recién cuando se vió en la calle, bajo la blanca luz de las linternas a gas.

Con el ánimo embriagado llegó a su hotel.

¿Cómo debía interpretar esto? ¿Era verdad que

una muchacha inteligente, culta y del "vrai grand monde", estaba relacionada con él por medio de una confidencia semejante... que le anticipaba quién sabe qué "mercedes" de su parte...? O ¿era todo sólo un capricho... capricho del repentino despertar de una mujer joven?

Y las velas, en la mesita de luz de Federico, consumiéronse hasta extinguirse, durante la larga noche que siguió a esta extraña como alentadora despedida de la bella María Wodzinski.

Y al avecinarse la hora de la cita —después de haber regresado de un hermoso paseo por los alrededores de la ciudad— Federico tomó un coche para trasladarse al palacio de los Wodzinski.

El color del aire tenía un matiz celeste que se confundía casi con el verde lejano de las cúpulas que se combaban sobre las iglesias.

En el río flotaban como láminas de oro, las hojas caídas de los árboles. Y las estatuas de los parques estaban bañadas de la clara luz de un sol otoñal.

De nuevo frente al amplio edificio de los Wodzinski, notó por la respetuosa reverencia del portero, que se esperaba su llegada.

Al abrir y cerrar la pesada puerta y recibirle su sombrero y sobretodo, díjole:

—La señorita aguarda al señor en el saloncito azul.

Era una pieza en forma octogonal, alhajada como tocador. Las paredes de fondo azul, tenían aplicaciones de maravillosas flores. Entre dos vitrinas con preciosas porcelanas de Meissen y de Ber-

lín, había un piano de cola, al que estaba arrimado un cómodo sillón, tapizado en raso celeste, ofreciendo dos plazas cubiertas de blandos almohadones.

Cuando Federico entró, se hallaba María leyendo en un libro que parecía fascinarla. La luz de las velas acentuaban la dulce línea de su blanco cuello, de un modo tan perfecto, que Federico no atinaba ni siquiera a respirar, a fin de no interrumpir la deliciosa armonía en que se amalgamaba el lugar y la exquisita femineidad de la hermosa joven.

Así quedó un rato, observando mudo, el maravilloso cuadro que se le presentaba, sin llegar a dilucidar si María había o no advertido su llegada...

Sólo cuando Federico dió señas expresas de su presencia, pareció ella despertar de un tierno arrobamiento en cuyos brazos hubiera estado hundida por quién sabe cuánto tiempo...

Y al enderezarse y cerrar simultáneamente el libro, alcanzó Federico a leer, en la tapa de cuero de marroquín, el título que en letras doradas decía: "En Suisse, por Julius Slowacki".

María a su vez reaccionó ante él con un rápido abrir y cerrar de sus hermosos ojos, para luego agregar, casi con aire distraído:

—¡Oh!... ¿era usted, Federico?...

—¿No me había permitido usted venir a verla a esta hora?...

—Ah... c'est vrai... Perdone mi olvido... Pero tome asiento... Aquí, a mi lado...

Federico obedeció, perturbado, casi ofendido. No llegaba a entender del todo lo que esto signifi-

caba. Sin embargo, al hallarse tan junto a ella, tan cerca, que sentía hasta el roce de los pliegues del primoroso vestido que llevaba, Federico no pudo menos que callar y consentir en que su corazón se estremeciese sin cesar.

María le miraba de reojo.

—Cuénteme algo, pues... No algo: mucho... Mucho de París... ¿Es París siempre tan elegante?... ¿Sus mujeres tan caprichosas?... ¿Es cierto que Luis Felipe usa anchas pantulas de terciopelo..., y que a Liszt se le ve siempre rodeado de duquesas?...

Federico que se mordía los labios, replicóle por fin, con evidente fastidio:

—Sí, es cierto. Cuando él se enfada y hace tronar su voz, caen de los excelentísimos ojos ducales la lluvia más copiosa... Se cuenta que se libraron batallas entre las tales duquesas por la posesión de un mechón de la cabellera del señor Liszt...

María soltó una carcajada:

—¡Qué raro... que es usted... Federico!... ¡Y qué celoso que es usted!...

Y al decir esto le miraba de arriba abajo con un brillo enigmático en sus ojos.

Se hizo una pausa cuyos segundos parecían volverse minutos.

Pero de pronto, incorporóse Federico —quien sentía en sus sienes los insistentes golpes de la sangre— y suplicó:

—No me obligue a hablar... Pero sí, permítame que haga hablar la música que está atormentando mis sentidos...

Ella hizo un movimiento de niña mimosa, y exhelando un suspiro que iba todo envuelto en sonrisas, dijo:

—Encantada... ahí está el piano...

Era un instrumento Erard, de madera azulina. Poseía un tono lleno que se desprendía de su teclado robusto y que Federico —con una fortaleza inaudita— dominaba de un modo soberano y apasionante.

María, compungida, se imaginaba sucumbir bajo una avalancha de besos.

A este loco desenfreno de sonidos, sucedía ahora un tema de una ternura indecible. Sus trinos sollozantes que se perdían y que se reencontraban en el infinito, eran como el llamado de los ruiseñores; eran como la fragancia que en horas de la noche emanan las flores; eran como el cantar de la misma tierra; eran, en fin, como una sinfonía de tono y color, que convergían irremediablemente en estas dos palabras: "Te amo".

. . . . . .

Federico y María pasaron los días siguientes en un juego de niños alrededor de un peligroso fuego al que —rozándolo y rozándolo mutuamente— lograban apenas esquivar...

Días hubo que los encontraban en un místico silencio frente a la imagen de una virgen; otros que le veían extasiado ante el brillo fantasmagórico de las piedras en una gruta cercana; y no había castillo histórico alguno que no hubiesen recorrido, siguiendo las huellas de un pasado que reflejase íntimamente el destino de la patria.

Pero no obstante esto, parecía ella algunas veces por demás meditativa. Entonces solía ocurrir que su mirada se prendía en cada uno de los rasgos de Federico, como si quisiera escrudiñar en ellos un algo que tendía constantemente a escapar...

Pero en el mismo instante podía también asaltarle una alegría desbordante, que le impulsaba a darle a Federico nombres cariñosos, entre los cuales volvía siempre de nuevo el de "mi querido doblete".

Y cuando, al atardecer, se hallaban en el refugio de la casa, buscaba ella el más apartado rincón para sentarse junto a él y comentar, entre risa y risa, las ingenuas travesuras que cometieran comúnmente en los tiempos de la infancia.

El palatino no veía con buenos ojos todo esto.

—No debería dejárselos solos, —exhortó a la condesa, un día que Federico invitara a la marquesita para un largo paseo en coche—. Un amorío entre ambos resultaría sumamente fatal para todos.

Pero la condesa-madre no parecía muy preocupada por ello, y sosteniendo los impertinentes ante los ojos, contestó con tranquilidad:

—Une amitié d'enfance... Además, Federico partirá ya esta noche...

Y en eso ocurrió algo muy extraño: Era como si la voz de la señora condesa —aunque tan suave y oculta— hubiese adquirido la facultad de poder penetrar por las paredes y muros y todo el espacio que se interponía, pues en el mismo momento en que la condesa emitía su opinión tan despreocupada con respecto a Federico, salía por el portón del parque

que rodeaba al palacio Wodzinski, la carroza en la que iniciaban su paseo María y Federico; y éste, asomándose por la ventana del coche, exclamaba en ese preciso instante, hacia las ventanas detrás de las cuales se hallaba la condesa:

—En realidad: nadie puede obligarme a regresar a París...

María, en cambio, vestida de una fina tela de impecable color blanco y el correspondiente sombrerito en forma de capota, no hacía más que mecer ágilmente su elegante cuerpo al ritmo del camino que —sobre blandos resortes— iba recorriendo el carruaje, al mismo tiempo que escudriñaba una vez más el rostro de Federico con miradas que relampagueaban por entre sus ojos semicerrados.

Después de un largo rato decidióse a decir:

—Usted volverá, Federico... Y entonces todo será mucho más lindo que... si no se hubiese ido...

Y con ese doble tema en los ánimos rodaban los dos por uno de los más hermosos paisajes de otoño.

La carroza se deslizaba por encima del infinito tapiz que ofrecían las hojas caídas.

Allá, sobre aquellos campos aún verdosos, veíanse ya las pintorescas manchas que forman los jacintos en flor; los castaños, adornos frecuentes de los amplios patios de las mansiones que tocaba la ruta que habían elegido, llevaban también ya el último ardor que da su follaje, antes de desprenderse y caer a tierra...

Otras veces bordeaba el coche a paso lento, las

aguas silenciosas de románticas represas, en las que se reflejaba cuanto hubiese en su derredor; solemnes estatuas de próceres; discretos bancos a la espera de parejas amorosas o de viajeros fatigados; y cuanta nube adquiriera forma en el azul de un límpido cielo otoñal.

Pero si de pronto se levantaba la más leve ráfaga de viento, cubríase inmediatamente el cielo de nubarrones, que se atropellaban como una revoltosa majada de ovejas, nubarrones a través de los cuales el fuego solar apenas parecía un inofensivo disco de vidrio opaco...

Cuando regresaron al palacio Wodzinski, a la hora de la cena, Federico sentía un alivio tan extraordinario que recién entonces pudo darse cabal cuenta de lo que había sufrido su corazón durante el paseo al lado de la amada, cuyos ojos indagaban en su rostro quién sabe qué misterio...

La mesa redonda con el blanco damasco, sobre el que brillaban el más fino cristal, la bien pulida plata y la preciosa porcelana que era tradición de esta casa; el porte solemne del palatino y la manera rápida de manejar el cubierto que le era característica a la condesa; todo esto pronto provocó el buen humor de Federico.

En un momento desapercibido, cuando María le hiciera una encantadora seña con sus hermosos ojos, Federico tomó su copa y, arrimándola a la suya hasta rozar con sus dedos los de ella, díjole en voz baja:

—¿Cuándo la veré... otra vez?...

—Cuando yo se lo diga...

—Y ¿me lo dirá alguna vez?...

Ella sonrió, inclinando coquetamente la cabeza:

—El verano próximo... en Marienbad.

Apareció el mayordomo de la casa y se acercó con exquisita discreción a la silla de Federico:

—El cupé del señor está listo...

Al levantarse de la mesa, para despedirse, Federico sentía que las piernas le flaqueaban.

Casi sin voz, dió las gracias con palabras tan conmovedoras, que produjeron en el palatino una reacción muy emotiva, mientras que a la señora condesa la impulsaron a aplicarle un beso maternal en cada mejilla.

María salió con él para acompañarle hasta el vestíbulo. Ahora se hallaban solos. Sin saber lo qué hacía, extrajo del bolsillo de su sobretodo un rollo de notas, y entregándoselo a ella, balbuceó como un chico:

—Pour Mademoiselle Marie...

Era uno de aquellos valses cuya melancólica coquetería había agradado tanto a la amada.

Entonces ella, bajando la vista y sonriendo lejanamente como se sonríe en brazos del sueño, desprendió con graciosos movimientos de su mano, la rosa que alhajara el escote de su vestido.

—Tome... llévesela... —dijo.

Federico apretó la flor contra sus labios. Parecíale que estuviera compenetrado del cálido perfume del seno que había adornado...

Corrió, entonces, en un último esfuerzo, hacia el coche, paar dejarse caer en su asiento.

Las luces de la noche pasaban por ante su ánimo como pájaros de fuego que, alborozados, irrumpen contra la oscuridad que les acosa.

* * *

París le tenía de nuevo. París, con su invierno blando como la seda y las deliciosas puntillas que lucen sus mujeres.

A Federico se le ocurría que jamás hubiera sido la sonrisa de la mujer parisina más alentadora que en esta verdaderamente extraordinaria "saison".

Y en efecto; había mucho de nuevo que comentar: Ahí estaba, por ejemplo, la gran novedad de que a Liszt le había aparecido un serio rival en la persona del famoso Thalberg —venido de Suiza—, cuyo arte pianístico, de temple estrictamente aristocrático, se impusiera de inmediato a través de dos conciertos de envergadura gigantesca.

Pleyel y Erard luchaban con toda su estrategia por la victoria de sus respectivos pupilos: Liszt y Thalberg. Toda la ciudad estaba dividida en dos bandos.

Y se cuenta una bonita anécdota de la época, atribuída a una de las más importantes damas de la sociedad, quien frente a la alternativa de elegir entre Thalberg y Liszt, había contestado en una suerte de éxtasis de pitonisa:

—Thalberg es, sin duda alguna, el primer pianista del mundo...

—¿Y Liszt?...

—Oh... Liszt es... el único...

Pero Federico no participaba de estas polémicas de índole músico-social.

—Él, que siempre gustara de la vida alegre y acompañada, se la pasaba ahora en el voluntario retiro de su habitación que daba sobre la calle Chausée d'Antin.

Y si alguna vez salía, era solamente en las breves horas que traían los días de invierno.

De noche, en cambio, no se le veía jamás, como antes, en los diversos salones y núcleos de sus amistades, sino sentado frente a un paquete de cartas, atadas con hilo de oro, de las que se desprendía un sutil perfume de resedá.

Estas cartas llevaban como firma unas letras altas y erguidas que decían: María...

Federico vivía así en un enjambre de recuerdos que revoloteaban alrededor suyo como las mariposas nocturnas alrededor de un foco de luz.

Tenía momentos en que su nostalgia asumía formas de un dolor físico que le hacía temer por su salud.

En esos días le llegó una carta de su padre, Nicolás Chopín, a quien él confesara su angustiosa situación sentimental.

Las palabras paternales comenzaban por expresar la plena comprensión de los tormentos del hijo, puesto que también él, su padre, sabía lo que es amor... Y en razón de que tanto el padre como la madre no sólo consentían, sino que deseaban ver a su Federico al lado de una esposa, proponía Nico-

lás Chopín enviar a Dresde a doña Justina, como "courrier d'amour", si es que no prefería Federico hacer estas necesarias diligencias por cuenta propia... Pero para ello —decía el padre— eran necesarias dos cosas: salud y dinero... Por lo que le aconsejaba procurar ponerse cuanto antes en posesión de ambas cosas tan importantes...

Al leer y releer Federico quién sabe cuántas veces estas líneas, se le presentó por fin con toda claridad, la verdadera situación suya; problema que hasta ahora había gustado abordar sólo con los vagos recursos de sus ensueños y no con el razonamiento que le correspondía a tan grave asunto.

Nunca como en este momento supo también lo vacía que fuera su vida hasta hoy; y jamás reconoció tampoco con tan clara visión el fatal error que cometiera, al decidirse en su juventud por la gloria, ante todo; entregando así su corazón a las más peligrosas peripecias de una vida sin orientación fija en cuanto a sus sentimientos, donde la mujer no podía adquirir otro papel que el de proporcionar un fugaz placer...

Y si bien admitía que todo ello pudiera ser acaso también una natural consecuencia de su temperamento de artista, comprendía por otro lado, perfectamente, que el valor intrínseco del artista radicaba en último término en su humanidad; tesoro éste que estaba más amenazado cuanto más era aclamado el artista y, diríase, asimismo, más manoseado por los estrepitosos aplausos del éxito.

Y Federico resolvió firmemente buscarse otra clase de felicidad. Lo que quería decir que él, que

jamás había dejado de pensar en su amada patria, estaba ahora irremediablemente decidido a regresar a ella, como esposo de María, la que para él significaba todo: juventud, amor y patria.

VII

LA carretera se abría hacia el sudoeste, descendía por el valle, entre peñas y pinos, y ponía ahora sobre las ventanas del carruaje en que viajaba Federico, un conjunto de casas de color claro, rodeadas de un verde fresco, que pendían como nidos de la montaña.

Era una calurosa mañana de verano. La fragancia de las rosas se mezclaba con el perfume que emanan las flores del tilo.

En los jardines oíase el incesante zumbido de las abejas que volaban en tren de faena, de flor a flor.

Al pasar la iglesia y una fuente vecina que llevaba una cruz, aceleró el cochero repentinamente, los caballos, efectuando a la vez un elegante vira-

je que le permitió detener el carruaje inmediatamente frente a las puertas del hotel "Zum Weissen Schwan", meta del viaje de Federico. El vigoroso toque de corneta que anunciaba el arribo, transmitíase como sobre ondas de oro por el aire límpido e inmóvil.

Federico tomó una pieza en la que, sin pérdida de tiempo, se cambió de traje para lucir uno de lana color gamuza. Luego bajó al jardín para pedir su desayuno.

Mientras su ánimo reflejaba en el recuerdo las múltiples impresiones que le acarreara ese viaje de setenta horas consecutivas —con sus noches sin fin—, las nieblas sobre los caminos y el bullicio de las ciudades y estaciones, deleitábanse ahora sus ojos con el verdor de los árboles vetustos que mandaban sus copas como una plegaria hacia el infinito de un hermoso cielo.

Una muchacha, natural de la región, sirvió el típico café con dulces. Iba descalza y reunía en su aspecto todas las características de la gente de Bohemia: caderas anchas, una cabellera negra —partida en dos—, una naricilla chata y respingada y el busto ceñido con un rústico corpiño.

Con una vocecita de muñeca díjole por fin:

—Pani Wodzinska dejó saludos para el señor y dice que le espera en su hotel...

La noticia le sorprendió tanto que Federico tuvo que afectuar un movimiento brusco que le hizo volcar su café con leche.

Mas, disimulando la fuerte emoción que le sacudía, preguntó solamente:

—¿Así que las señoras estuvieron aquí?...

—La señorita sola...

Y al darse vuelta para proseguir con sus quehaceres agregó con cierta malicia:

—¡Estuvo tan hermosa!... Se arregló para el señor...

Federico quedó con el corazón atravesado por las más heterogéneas sensaciones.

¡María había venido!... ¡No había sentido ningún reparo frente al interminable viaje que significaba el traslado a este lugar!... ¿Le habría visto, acaso, llegar, desde una de sus ventanas, hacía apenas unos minutos?...

Apresuradamente bebió su café —olvidándose hasta de untar la rica mermelada de ciruela que es una especialidad de esta región— y se puso en marcha hacia la casa de veraneo que poseían los Wodzinski.

Sin embargo, antes de llamar a la puerta, parecía asaltarle algo que le hacía vacilar. Pero fué sólo un momento; luego apretó sus labios y golpeó con el llamador.

Un mucamo le condujo a un vestíbulo —con piano y bonitos sillones forrados de cretona— por cuyas amplias ventanas se asomaban los rosales, desparramando su suave perfume en todo el alegre ambiente.

Al hallarse solo, se sintió presa nuevamente de cierta vacilación. ¿No era, si se veía bien, demasiado apresurado (por no decir alocado(el haber hecho este viaje?...

Por otro lado, ¿no lo había deseado ella misma así?...

Pero en ese instante alzó los ojos y vió a María en el marco de la puerta bañada en un torrente de luz que era como una glorificación de su persona.

Las elegantes líneas de su cuerpo traslucían lejanamente a través de la fina muselina que vestía. Llevaba, además, un sombrero tipo florentino. Parecía que en ese preciso momento llegase de una larga excursión por campos inundados de flores...

Y con un timbre de voz velado por su natural pudor de mujer, preguntóle:

—Así que usted... ha venido...

Federico, yendo a su encuentro y muy cerca de ella dijo a su vez:

—Sí. Y aquí estoy...

Y antes que ella pudiera permitirlo o no, tomó su mano y la cubrió de locos besos.

Ella no se oponía. Inmovilizada por la casi incontenible emoción que la aprisionaba, no hizo más que acariciarle con la mano libre su brilloso cabello castaño.

—Usted... es un imprudente —decíale cariñosamente—. ¿Qué es lo que usted se imagina?

—¿Lo que me imagino? Que usted no vacilaría ni un momento en pedirme que me vaya, si no tuviera yo algún derecho en estar aquí...

—¿Y si lo hiciera?

—Me marcharía ahora mismo.

María fijó por un largo rato esa su mirada mis-

teriosa en la de Federico que la resistía, con la frente alta y serena.

—Quédese...

Quiso decir algo más, pero agregó solamente:

—Iremos al jardín... ¿quiere?

Después de un breve paseo —doblemente breve dentro del acelerado ritmo en que se sucedían los sentimientos ardorosos de ambos amantes— Federico fué a saludar a la condesa.

Preparada por María, la señora le recibió con el afecto más cordial, demostrando para con él, rasgos de una bondad verdaderamente maternal.

—Vamos a tener que cuidarle mucho —decíale, haciendo alusión a sus mejillas pálidas que de vez en cuando ostentaban dos manchas rosadas que no escapaban a los ojos de la mujer.

Federico, pensando en los buenos consejos que en ese sentido recibiera de su padre, hacía lo posible por disimular la impresión desfavorable que pudiera ocasionar su aspecto fatigado.

Y comenzó a explicarles que el cúmulo de trabajo de los últimos tiempos había reducido sus horas de descanso a un mínimo; que jamás recordaba haber tenido tanto que hacer; que público como editores estaban tras él, y que él —como siempre— no podía negarse a nadie...

—Pero el sol —terminaba diciendo— me dará de nuevo mi buen semblante... Y si usted me lo ordena, señora condesa, me avendría hasta a anticiparme a los efectos de los rayos solares... colocando sobre mi rostro... un poquito de "color".

La señora mayor tuvo que reir de su ocurren-

cia. Y aplicándole un suave golpe con sus impertinentes, díjole:

—Siempre lleno de bromas... ¿Recuerda las escenas que nos solía representar en Varsovia...?

Y así se perdieron en recuerdos, sorbiendo de preciosos cristales, un rico vino bohemio que ofrecía un anciano sirviente.

Permanecieron en la más animada conversación hasta la hora del almuerzo, que fueron a almorzar a lo de Klinger: famoso restorán de la ciudad balnearia.

Después de la comida, la condesa madre expresó el deseo de retirarse para descansar, como de costumbre.

Federico y María se despidieron de ella frente al edificio macizo y austero del famoso restorán.

En los primeros instantes no osaban ni siquiera mirarse. Sólo sus manos se buscaban y se hallaron ansiosamente, dando entonces ese mismo derecho de hallarse a sus brazos, a todo su ser...

Así prendidos del brazo, mudos, tomaron por un sendero que les conducía por encima de verdosas praderas, flanqueadas de bosques, entre los cuales corría —como un niño apurado— un delicioso arroyo.

María era la que guiaba. Aspirando hondamente el aire de la tarde, caminaba en sus ligeras ropas de verano que revelaban a cada paso muchos de los secretos de su maravilloso cuerpo, hasta llegar a un lugar, rodeado de las más fragantes flores silvestres que parecían hacer la guardia ante una

suerte de lecho natural que se escondía entre las hierbas.

—Aquí paso las horas de la siesta —dijo ella.

Y dejóse caer, ella misma una flor, sobre el blando tapiz del delicioso sitio.

Federico, tumbado por la fuerza de la hora, tendióse sin más vacilar a su lado.

Y en ese momento —sumergido en los brazos de María— creía adivinar el secreto que es la mujer.

. . . . . .

—¿Qué es lo qué ves en este instante? —preguntábale María, días después, inclinándose sobre un cuaderno de apuntes, en el que su lápiz trazaba con mucha habilidad y elegancia el retrato de Federico.

—Veo — dijo él— una manecita que me está robando más y más todo mi ser y con pocas miras para mí... de recuperarlo alguna vez...

—Y ¿qué más?...

—Veo una niña volver su mirada pensativa hacia el hombre que la pretende como esposa y... y la veo vacilar, en su mente, aunque sus ojos llevan un claro "sí"...

—Y ¿qué resultará de todo ello?

—Y veo, por fin, un veloz carruaje cortar un paisaje de otoño. El horizonte, un tanto oscurecido, va aclarándose a medida que el coche rueda a través de los campos... Ya se distinguen sus surcos, prontos para recibir la simiente; allá una tupida arboleda que escolta la carretera se acerca también más y más; y la pareja que ocupa el coche veloz

siente con cada legua de camino, latir más fuerte sus corazones... y se buscan con sus cuerpos para estar bien juntos cuando de esos fuertes corazones surja la palabra "Patria"...

María interrumpió de repente su dibujo:

—Debieras anotarme algo de eso en mi álbum —rogaba, arrimándole un libro en cuya tapa delantera aparecía en letras de oro el nombre de ella.

Pero Federico, en lugar de recibirlo, apoderóse del brazo de la amada, para llevarlo locamente a sus labios. Y dijo en tono serio:

—Ahora no escribiré nada... Deberíamos más bien ir a ver lo que hace mamá.

—Tienes razón...

María se tomó de la mano de Federico y se puso de pie.

La condesa madre estaba bordando sobre canevá. Cuando les vió llegar a los dos, así juntos, no pudo menos que sacar su pañuelito de puntillas para enjugarse sus aún expresivos ojos de los que brotaban algunas lágrimas.

—Yo lo he considerado siempre como un hijo mío— díjole cariñosamente a Federico—. Ahora que puede serlo de veras, no tema usted ninguna clase de obstáculos de mi parte.. .Sólo una cosa le pido; que todo quede entre nosotros; puesto que debemos atenernos antes que nada a lo que disponga el conde... Estoy, precisamente a la espera de una respuesta de él.

Federico, si bien conocía poco al padre de María, no tenía la menor duda de que el consentimiento de ambas mujeres determinaría en el padre tam-

bién una decisión favorable. De modo que al escuchar estas palabras de la condesa, tomó Federico ya como algo definitivamente suyo a María exclamando repetidas veces:

—Mi tesoro... tesoro mío... tú...

Al día siguiente partió hacia París, llevando por largo tiempo el sabor que le dejaran los labios de María en un apasionado beso de despedida.

La ciudad le parecía encantadora como nunca; el "bois" cubierto del oro de las hojas secas por el otoño; los pintorescos muelles con sus andamios y grúas; los puentes del Sena con sus arcos blancos que contrastaban con el azul de las aguas; y allá, irguiéndose en la actitud severa del gótico, las torres de Notre Dame, en medio de una llamarada que en estos momentos producía la luz rojiza de la tarde.

Todo esto le colmaba de honda satisfacción y fortalecía sobremanera su ánimo, haciéndolo desbordar de contento. Y cuando, además, recibiera de Dresde una carta de la señora condesa en la que —como para confirmarle su decisión— le reiteraba sus buenos sentimientos para con él, recordándole el silencio convenido, la alegría de Federico no tenía límites.

En semejante estado de exaltación ambulaba, las más de las veces sin destino fijo, por las calles de la inmensa ciudad de París, haciendo caso amiso de un malestar que se acentuaba notablemente, produciéndole tos y fatiga.

En esa época gustaba también apartarse de los

círculos de gran influencia social, para rozarse con los pobres y oprimidos.

Se le veía con preferencia en las zonas portuarias y suburbanas, observando la vida de la gente trabajadora; en los astilleros, depósitos de granos, en los diversos mercados de flores. En todas esas partes se topaba con lo mismo: la labor y el amor iban del brazo para provocar de nuevo vidas, que se dedicarían otra vez al trabajo y al placer...

Y al regresar a su casa, extasiado por el impulso de estos impresionantes cuadros, corría ante todo, al buzón en busca de una noticia de María. Y si bien las cartas no eran muy frecuentes —y en su mayoría escritas, además, por la condesa, a las que la hija solía agregar breves posdatas, solicitando autógrafos de las notabilidades de París— a Federico le bastaba encontrarse con un simple "Adiós, hasta mayo o junio, a más tardar...", para que su esperanza se encendiese y todo él se hundiera en un mar de nostalgia hacia la amada.

Y en las tantas oportunidades en que nada hallaba a su llegada, sentábase al piano, y poco a poco iba perfilándose —bajo el auspicio de la imagen de María— aquel Segundo Estudio en "fa" menor: un delicado mosaico de los más graciosos trinos que se deslizaban como pájaros en el aire cálido de una mañana de sol.

Por fin se recostaba, para agitarse insomne durante largas horas, mientras su pulsación se aceleraba y un febril sonrojo le abarcaba las sienes y parte de los pómulos.

Y un buen día, en tanto que la nieve iba de-

rritiéndose bajo las caricias de un tibio viento de primavera, despertóse Federico con un sordo dolor de cabeza, un entumecimiento de todo el cuerpo y una respiración tan corta como trabajosa que parecía agujerearle el pecho.

Ante tales indicios de enfermedad, sintióse de repente presa de una indecible tristeza, pensando en todo lo que esta circunstancia podía obstruir su destino.

¡Se confirmaba, pues, con ello, lo que desde su niñez se le venía diciendo y lo que en tantas otras oportunidades le repitiera más de un médico!...

Su físico era mísero y débil, incapaz de soportar las arduas exigencias que imponía una vida de lucha...

Y María, ¿por qué no daba señales de su cariño?... ¿Por qué le deparaba esas noches interminables de tormentos?...

—¡No!... Yo no quiero lidiar con fantasmas —gemía, en tanto que sus puños se hundían en las órbitas afiebradas, con la esperanza de poder, tal vez, borrar así el recuerdo de quien turbaba de tal modo su sentir y su razón...

Y mientras se defendía, con el pecho acongojado y dolorido, de la terrible enfermedad, se le presentaba siempre de nuevo aquella extraña emoción de ayer cuando —luego de haber despachado mecánicamente a sus alumnos— se le diera por recorrer como de costumbre los negocios de libros viejos del "quai du Louvre" que —a la altura del "Pont Neuf"— cuelgan sobre las aguas del Sena como nidos de golondrinas.

Y esta insistencia del recuerdo con que la fiebre le acosaba obligándole a recapitular, a querer olvidar y tener que recapitular de nuevo la coincidencia misteriosa que se había vuelto la causa decisiva de su empeoramiento.

El hecho era el siguiente: Al seleccionar entre los libros desparramados sobre un mostrador, sintióse de golpe poderosamente atraído por uno de tapas verdes, al propio tiempo que algo en él se rebelaba contra la rara atracción que emanaba de dicho libro de poesías... Y cuando por fin lo tuvo en sus manos, leyó casi sin mirar el nombre de su autor: era Julius Slowacki. Y como un géyser brotó entonces un cúmulo de cosas, en parte recordadas, en parte sólo intuídas, pero todas ellas convergentes en un solo punto: el libro de tapas verdes...

¿No era el mismo que tuviera María en la mano aquella primera vez que se encontró con ella, a solas, en el saloncito azul del Palacio Wodzinski?...

Y sus ojos comenzaron ahora a clavarse en la efigie del autor y Federico estremecíase hasta lo más hondo de su alma... y al dar vuelta las hojas y leer las poesías, se le tumbaba, diríase, el mundo, y detrás de sus escombros asomábase el hermoso rostro de María, llevando una vez más aquella enigmática e indagadora mirada que otrora tanto había intranquilizado a Federico...

Y cuanto más leía y se fijaba en el retrato, más se perturbaba su ánimo.

¡Sí!... Era la misma fisonomía de Federico. Su frente... su perfil... sus ojos, ¡en todo se le parecía...!

Casi estrangulado por esta horrorosa impresión que le causaba el descubrimiento de semejante doble, pagó, como al tanteo, el precio que se le pedía y se echó a correr por la Chaussée d'Antin hasta su casa.

Cuándo y cómo había llegado, no alcanzaba a comprenderlo más, pues todos sus pensamientos se estrellaban ante la certidumbre de que María estaba en esos versos, en cada una de sus líneas..., y que ese fatal parecido que unía a ese Julius Slowacki con su persona, fué lo que únicamente diera origen a su propio romance con María...; idilio este que si bien se iniciará como una optimista romanza en modo mayor, hubo de acabar, fatalmente, con la dolorida tristeza con que terminan todos los romances, cuando se hallan bajo el signo del modo menor...

Sin duda alguna María no le amaba a él, Federico, sino a lo que en él había de aquel otro que era quien poseía su corazón.

De ahí su mirada indagadora; de ahí sus caricias, ya vacilantes, ya desenfrenadas; de ahí también sus reacciones tan abruptas como incomprensibles, si no se poseía la clave que descifraba todo el enigma.

Semejante revolución de todo su ser, ahorcaba brutalmente cuanta visión y consuelo pretendía presentarse, hasta que por fin, sobrevino un fuerte ataque de tos que lo dejó tendido en la cama, exhausto en lo físico y exhausto también en todos los aspectos de su ultrajada existencia.

Caundo Federico, después de largas semanas de cama, se levantó de nuevo, era ya casi verano.

Toda la atmósfera parecía calmada de una nostalgia que se imprimía asimismo a las ramas de los árboles que bordeaban los bulevares, dándoles a sus movimientos el blando ritmo de alas.

Federico se asomaba por el marco de la ventana y seguía con los ojos a las tantas parejas de enamorados que se deslizaban por la calle, buscando las sombras.

De pronto —con una hostilidad sin igual— repitióse aquel fuerte ataque de tos que producía en el fondo del tórax un extraño silbido. Era como la señal que anunciaba el irreparable avecinamiento de un gran peligro.

Federico sintió escalofríos, retiróse de la ventana y —después de cerrarla y correr cuidadosamente las cortinas— se dejó caer en un sillón.

¡Qué raro se le antojaba de repente todo lo que contenía el cuarto que venía habitando desde hacía rato ya, desconocía el cálido color marrón de los muebles, la pequeña "causeuse" que se comprara con sus primeros ahorros, las elegantes piezas de porcelana de Sévres y también, la mesa de nogal, sobre suya superficie —entre polvorientos manuscritos— había un paquete de cartas, atadas con hilo de oro!

¿Habían pasado años y años desde aquel día en que recibiera ese golpe que le hizo dudar de la bondad de la vida? ¿Cuánto tiempo hacía desde que —con la carta del conde en las manos— empezara

a abominar de su existencia y de todo lo que estaba relacionado con ella?

Que era muy de lamentar —decía esa carta— el que las damas hubiesen alentado esperanzas infundadas, en él... Que, por cierto no era su propósito despreciar en nada un nombre que estaba adquiriendo relieve internacional en el dominio de la música... Pero que tales beneficios no eran sino factores de índole precaria que jamás —y aun tratándose de naturalezas más robustas que la de Federico— podían significar una verdadera garantía en la lucha por la vida...

Y si Federico —como él, el conde, admitía de antemano— sentía verdadero amor por su hija, debía saber que sólo desistiendo de sus propósitos podía coadyudar a la felicidad de María. ¡Felicidad de María!... ¿Había acaso algo en el mundo que le importara más que eso?... ¡A él que hubiera dado su vida a fin de ahorrarle a ella, la amada, cualquier malestar!...

Y se estremecía angustiado, al pensar en que ella, sin embargo, le había arrancado de su lado como se arranca una puntilla molesta del ruedo de un vestido.

Arrimándose con pesados pasos, tomó de la mesa el paquete de cartas —cuyo perfume, un tanto desvanecido, parecía ahora presagiar algo siniestro— y escribió con una pluma que ahogó previamente en tinta, estas dos palabras: "Mi infortunio".

Luego abrió uno de los cajones, para encerrar en su fondo estas cartas, venidas del palacio Wodzinski.

Luego caminó hacia el piano, y sentado a él, sentía que sus fuerzas se reanimaban, mientras sus dedos comenzaron a ejecutar, al tacto, algo como un canto de amor, perdido en la noche... Canto que se iniciaba con mucha melancolía para luego mecerse dulcemente en un suave conjunto de sonoros bajos... Y al igual que aquella oscura melodía —así mecida— recuperaba de pronto ánimo para elevarse un tanto, radiar alegría, y hundirse de nuevo en la tristeza, vivía también Federico esos diversos momentos de desgano, esperanza y una dulce fatiga que descansó por fin en un sollozo...

Cuando Federico interrumpió sus ensueños, había pasado hacía rato ya, la medianoche. Pero su fatiga no era de aquellas que admiten reposo: Entre recuerdo y reflexión, transcurrían los minutos que asiduamente iban empujando las pesadas horas.

De pronto, una luz grisácea empezó a pegarse contra los vidrios de las ventanas. Federico alzó la vista y notó que, efectivamente, las velas se habían consumido del todo. Sólo en uno de los candelabros hallábase un resto de cera que se empeñaba en seguir alimentando los esfuerzos valientes de un pequeñísimo trozo de pabilo.

Este hecho, en sí ínfimo y común, le causó una honda emoción. Su ánimo alterado quería ver en ello un simbolismo con signos por demás fatales. Y el alivio que lograra proporcionarle la música, comenzó a desvanecerse...

Federico sentía una rara angustia. Púsose de pie y, con pasos apresurados, llegóse a la ventana, para abrirla de par en par y poder inhalar el aire

fresco de una madrugada que traía en suaves ráfagas la fragancia de las lilas y el característico olor del pasto mojado.

A esta hora, la calle parecía petrificada bajo el follaje de los árboles. Lo único que se oía era de vez en vez el trino, aún somnoliento, de los pájaros refugiados en el laberinto de las ramas.

Pero a medida que clareaba el día, se animaba más y más su cuchicheo, hasta formar un conjunto emocionante de voces jubilosas que anunciaban ya en tono de homenaje la siempre emocionante realidad de un naciente nuevo día.

Y de las entrañas de la tierra uníase a ese júbilo, una voz que rodaba sordamente como un trueno por su diferentes capas antes de llegar a la superficie y recobrar un sentido definido. Y ese sentido era: "Hágase la luz...".

Entonces fué como si una inmensa cortina que cubriera el cielo se hubiese rasgado de repente, dejando así el paso libre a la pujante entrada del sol. Pues en un santiamén volcáronse sus rayos sobre las torres y techos y calles y ríos: abarcándolo todo en la envergadura de sus infinitos brazos.

Y la ciudad despertó al nuevo día. Y todo comenzó a moverse, a actuar, a vivir.

Federico se incorporó, electrizado por el ritmo extático de la hora. Y los brazos bien altos, tornadas las palmas de sus finas manos hacia la inmensa cúpula del cielo abierto en luz, exclamó con un énfasis desconocido:

"Arte... eres sublime... Eres un divino regalo que lleva en su seno delicias y dolor... Eres

consuelo al par que tormento... Eres elevación y magnificencia y la luz imperecedera de la inteligencia humana... Arte tú: regalo sublime... porque eres nada menos que la inmortalidad!...

VIII

PARIS estaba sumergido en una ola de calor. El calor excesivo del aire veraniego formaba una capa gris que se extendía por encima de toda la ciudad.

En las plazas, sobre todo, concentrábase el calor como en una fragua y hacía imposible permanecer en ellas.

Quien viniera de la parte sud de la metrópoli y atravesase el "boulevard du Midi", hallábase frente a una fantasmagoría de efectos de luces que producían los intrépidos rayos solares sobre los brillosos techos de las casas y los vidrios de los ventanales.

Las banderas que flameaban en las torres de los edificios públicos parecían desteñidas bajo esa luz y sus fuertes reflejos.

Federico que tenía que hacer en las cercanías del "pont d'Austerlitz" pasó por el puente de hierro y —dejando las islas a su izquierda— seguía el curso del hermoso río, por el muelle del Louvre, a fin de llegar a la Place Vendôme.

Viéndole así, con su cara tan pálida como finamente ovalada y su figura inclinada hacia adelante para protegerse del sol, parecía una delicada flor que ha cerrado sus pétalos ante el exceso de la luz y el calor.

Sólo de vez en vez le convulsionaba algo vehementemente: era cuando en su marcha se topaba con uno de esos lujosos carruajes en cuyos blandos almohadones iba casi tendida dentro de un marco de seda y puntillas, una de las "grandes damas" de la sociedad.

¡Oh, cómo abominaba ahora Federico de esa clase de mujeres!... ¡Él que tanto amara a aquella que al fin se le había negado con la impasibilidad de un verdugo!...

Y al pensar esto, sugeríale su fantasía una pintoresca visión: Se hallaba, no en París, sino en un lugar indeterminado del desierto africano, como dueño de una lujosa tienda de magnate y amo absoluto de un sinnúmero de seres humanos... Elegantes fontanas pulverizaban su agua cristalina hacia el azul del cielo, la que luego, a una cierta altura, era engarzada por preciosos arcos iris...

Y en medio de esta fantasía imaginábase él mismo, sentado en todo su esplendor oriental, —entre los labios la boquilla del narguile— y veíase señalar una por una de un grupo de bellas mujeres

semidesnudas y ordenar a un individuo de formas atléticas que empuñaba un filoso alfanje:

—¡Mátala!...

Y la sangre de estas hermosas criaturas fluía por las pulidas baldosas de esa maravillosa tienda, donde él, Federico, era amo absoluto sobre vida y muerte de cuanta cosa y ser humano se hallaban a su alcance...

Al regresar a su casa, sentíase tan débil que apenas podía subir las escaleras.

Una vez en su cuarto, refrescóse rostro y cuello, para recién tomar asiento en un sillón que le permitía abarcar su figura en la luna de un espejo de pie.

¡Qué horror!... ¡Su cara, lívida como la de un difunto parecía en el fondo del vidrio, completamente separada del resto del cuerpo, flotando en el aire como un espectro.

Y de pronto, mirándose así en sus propios ojos, hundidos en las profundas órbitas, empezó a recapacitar y —sin saber cómo— a reconciliarse con la actitud que para con él tuviera María. Y en ello no había ni amargura, ni nada de ironía: era sencillamente la comprensión de que una mujer —en sí más ligera y voluble que el hombre— no podía ser condenada de injusta, porque haya alguna vez malogrado las ilusiones de un amante...

Tal raciocinio le hizo recuperar un mejor estado de ánimo. Aunque en rigor, el verdadero motivo de su reacción más amable, no era la reflexión, sino el hecho de que no se puede seguir odiando, donde se siente un sincero amor...

Y pensando en su porvenir, oscurecido por su salud precaria y los tormentos de su corazón, recordó un párrafo de una carta de su buen amigo Custine, que le trajera el correo de esa misma mañana y que decía: "Vous êtes malade; vous pourriez surtout le devenir plus sérieusement; vous êtes sur la limite de chagrins de l'âme et de maux du corps...".

Y dos manchas rosadas —que no eran de regocijo— se apostaron como guardianes en sus mejillas...

"En el límite de mi infortunio... de alma... y de cuerpo", murmuraba Federico, traduciendo las palabras de su amigo Custine, cuya carta era el más fiel portavoz de lo mucho que se afligían por su bienestar...

"¡Límite del infortunio!...".

Y sus blancas manos se asentaron como dos alas compasivas sobre sus ojos húmedos de lágrimas.

* * *

Algunos días después, en una tarde fresca que invitaba a salir, tomó Federico un coche para dirigirse al cementerio del P. Lachaise.

¡Cómo le agradaba aquel ambiente romántico!

Había allí árboles frutales que databan aún de la época de los padres jesuítas; había cipreses solemnes y gigantescos sauces que dejaban caer sus monstruosas cebelleras sobre las quietas aguas de las represas.

En este lugar, la muerte se había vuelto un

triunfo y recompensa para quien debía yacer bajo su tierra por los siglos de los siglos.

¡Cuántos genios esperaban así en el Père Lachaise, con el rostro vuelto al cielo y confundiendo su carne, hecha polvo, con los restos de tantos otros que vivieran —enalteciéndolas— al servicio de las artes y las ciencias...

"Yo también quisiera estar alguna vez entre ellos", pensaba, dejándose caer sobre un banco frente al sepulcro de Abelardo y Eloísa y admirando de nuevo aquella famosa ojiva que parece contener en un solo abrazo toda la desdichada pasión de estos clásicos amantes.

Y mientras rememoraba el oscuro destino que la suerte les deparara, sintió de pronto el tanteo de una pequeñísima mano que buscaba el calor de la suya.

Y al levantar la vista, encontróse con una niñita de escasos años, de ojos castaños y curiosos como de corzuela asustada y una carita de cera dentro del marco frondoso de cabello negro oscuro.

Y la chica le miraba sin decir palabra alguna. Pero él, entendiendo que esos ojos ansiaban un refugio, tomóla de la manita y la condujo con la ternura de un padre por entre el laberinto de calles y callejuelas que dividían y comunicaban las innumerables tumbas del Père Lachaise.

Y efectivamente; al abandonar el famoso cementerio por la entrada principal, divisó —como por milagro— entre el inmenso gentío que se volcaba hacia las diversas arterias de la ciudad, a una viejecita, en cuyos apagados ojos, llenos de una

tremenda angustia, creyó reconocer la misma aflicción que se reflejaba en la tierna mirada de su pequeña protegida... Y sin vacilar, levantándola en brazos, la volvió hacia allí, para sentir en ese mismo instante una convulsión del cuerpo de la pequeñuela que —en una sola y profunda exhalación profería el grito de "¡Abuelita!... ¡Abuelita mía..." y se hallaba ya cara a cara con la pobre viejecita que llorando la reclamaba.

Federico no atinó a escuchar las palabras agradecidas de la buena mujer, porque en medio de todo el gentío y bullicio de los centenares de vehículos, percibía sólo una cosa: un grito indecible de satisfacción, tan de la carne como del espíritu que lo rubricaba terminantemente en la vida, entre el mundo de los vivos, reconciliándolo así con todo lo que en ella y entre ellos habíale tocado experimentar.

Desde ese momento tuvo la certera sensación de haberse salvado de la crisis con que le venía acosando la terrible enfermedad.

* * *

La noticia del restablecimiento de Federico estaba en todos los labios durante este verano.

Los salones rivalizaban de nuevo por el honor de su presencia. Y los alumnos y amigos festejaban jubilosamente la reintegración a la vida social, del maestro y compañero.

Tal acogida no pudo menos que colmarle de alegría, facilitando en sumo grado su retorno a sus múltiples actividades.

A veces hasta le parecía que su infortunio y la enfermedad hubiesen acrecentado el nimbo de su personalidad. Pues todo París rendíale homenaje: se llevaba ya, guantes y otros artículos de vestir "a la Chopín", y su nombre flotaba en el aire perfumado de los más refinados tocadores, acariciado por los labios de hermosas mujeres, temido por los celos de muchos hombres...

Pero Federico no se dejaba seducir por estas peligrosas facetas de la fama.

Reanudando la labor que hubo de abandonar por razones tan fortuitas como las que le obligaran a retraerse, logró rápidamente recobrar su antigua capacidad de trabajo y ocupar así, con mayor prestigio, su posición de antes.

Y una invitación para un concierto en la casa del aristocrático Custine —donde debía intervenir conjuntamente con Gutman, Vidal y Franchomme— significaba el mejor augurio para un futuro más despejado.

Y cuando se produjo ese acontecimiento; cuando Federico —del brazo de su viejo maestro Gutman— atravesaba el elegante vestíbulo de la prestigiosa mansión parisina, para llegar por fin a la biblioteca, donde —entre preciosos bronces, costosísimas porcelanas y las tapicerías más finas del Japón— se hallaba ya el seleccionado público a su espera, apoderóse de él una intensa y rara emoción. Emoción esta que culminó en el momento en que el dueño de casa —descollante gran señor, por su abolengo, preparación y posición social— le saludara como a la atracción principal de la velada, con-

duciéndole hasta una butaca (a la sombra de una planta de camelia en flor) que le había sido deferentemente reservada.

Y como un delicado homenaje más a su persona, apenas hubo tomado asiento Federico, comenzaron Vidal, Franchomme y Gutman —obedeciendo a una señal del anfitrión— a ejecutar el primer número de la velada: un trío de Mayseder, conocido maestro vienés.

El conjunto por demás armonioso que ofrecía el exquisito ambiente, hizo que Federico se sintiera de tal modo exaltado en toda su naturaleza de artista, que casi no podía esperar hasta que le llegara a él el turno y poder entonces dar a conocer —en aras de su Patria— la balada que destinara al selecto auditorio de esta noche.

En efecto, ni bien hubo terminado la pieza del compositor austríaco y terminado también el fuerte aplauso que se le tributó, estaba ya Federico sentado al magnífico piano para atacar en un brioso arranque, los primeros compases de su composición.

La expresión soberana que le daba al profundo dramatismo de la balada, en que todo un mar de sentimientos titánicos sucumbía de pronto en el abrazo triste y silencioso de una noche de luna, velada por gruesas capas de nubes, del que, sin embargo, lograba librarse, con una reacción digna de los fuertes; todo esto cautivó, fascinó de tal manera al público que al final no osaba dar rienda suelta a su hondo y unánime entusiasmo.

Prodújose un expresivo silencio de mutuo respeto, entre el artista y su auditorio; sensación esta

tan halagadora para Federico que —al desatarse por fin el desenfrenado aplauso de sus oyentes— no se atrevía a mirar a su derredor...

Solamente lo hizo ante la insistencia de la mirada fogosa y audaz de una mujer que vino acercándose más y más, hasta que su rostro trigueño de tipo gitano se encontraba ya frente a frente con el muy perturbado Federico.

Ante la sugestión de su actitud y del movimiento insinuoso de su cuerpo envuelto en un precioso chal, él no pudo menos que alzar la vista y buscar sus ojos.

Y esto bastó para que un cúmulo de los más vehementes impulsos se adueñaran de él, aconsejándole rehuir un encuentro directo con la seductora personalidad de esa extraña mujer.

Mas, al ponerse de pie y dirigirse de nuevo a su butaca, sabía que ella le seguía y oyó de pronto su voz que llevaba el dejo mimoso de las grandes amadoras:

—Monsieur: la posteridad le nombrará a usted, junto con Beethoven y Mozart. En cada una de sus frases se advierte el hálito inconfundible del genio... La dulzura de su cantilena es un anticipo acabado de lo infinito...

Federico dijo como única respuesta sólo un "gracias, señora"..., pero sentía que en su fuero íntimo se anidaba irremediablemente un deseo de saber algo más de esa mujer.

* * *

Aurora Dupin, la señora de Dudevant, o —como se le llamaba en el mundo entero— George

Sand, no era una desconocida para Federico. La gloria de sus obras era el tema dominante de los más célebres salones de París y de todas las ciudades grandes del orbe civilizado.

Personajes cuyos nombres figuraban entre los corifeos de la Nación, le rendían —esclavizados— el más abierto homenaje. Y quien no podía ponderar así a la autora de "Lélia", debía forzosamente comentarla; como protagonista de incontables amoríos, entre los cuales, en fecha reciente, se hallaba comprometido también el muy despreocupado y elegante Musset, enriqueciendo así la ya abultada "chronique scandaleuse" de la Ciudad Luz.

Federico experimentaba ante esa exhibición de pasiones, literarias como sentimentales, una honda repulsión. Para él que quería ver en el sexo femenino un elemento de dulce cariño e irreductible lealtad, significaban las mujeres como lo era la señora de Dudevant algo absurdo y odioso: mujeres que se desentendían la más de las veces de su dignidad de esposas para lanzarse —vestidas de hombres y taconeando como tales— a una vida de aventuras...

Pero todos estos principios no lograron, sin embargo, impedir que cuando Federico se fijara en ella (que llevaba en sus ojos encendidos el raro alborozo que le inculcaba la presencia del elegido) y notara a través del solícito chal las hermosas líneas de su cuello, todos estos principios, diríase, se estrellaban contra la extraña belleza de George Sand. De modo que al inclinarse sobre su mano perfumada que le tendía con un gesto de reina y sierva a la

vez, dejaron sus labios sobre ella el más humilde sello de la rendición.

George Sand —extasiada por el pronto éxito de sus artes de mujer— pidióle entonces el brazo y así, a su lado, le hizo atravesar todo el largo de la sala para subir luego una corta escalera y llegar por fin, a un rincón del frondoso jardín que se hallaba inundado en las fragancias más ricas, de flores mojadas bajo la reciente lluvia de verano.

—Usted debe verme en Nohant —díjole—. Es un caserón vetusto, colmado de los más pintorescos recovecos... Viejos nogales derrochan sus sombras por encima de las tapias y alambrados... Y las aguas del Indre cuchichean incesantemente, y se vuelven más insistentes aún, cuando comienza a caer la noche; cuando los rostros se sonrojan por la luz que dan los leños de la estufa... Entonces sí que canta el zorzal...

Federico detúvose de repente y se puso cara a cara con ella:

—¿Hay zorzales en Nohant?... —inquirió con un acento raro.

—¡Muchos!... Y también ruiseñores...

—Y ¿cantarán cosas de amor?

—Cantarán: nuestro amor...

Pero Federico no fué a Nohant. Porque cuando regresó a su casa y se dispuso a encender cuanta vela estaba a su alcance, comenzó también a revistar todos estos acontecimientos a plena luz. Por de pronto parecíale que tales cosas merecían una bien detenida reflexión. Ahí estaba su trabajo y su porvenir. Y su instinto le aconsejaba hacer todo a fin

de no entorpecer el curso halagüeño que estaban tomando estos dos factores esenciales de su vida.

Pero por otro lado ¿no se hallaba herido en lo más íntimo por un amor que dejó de ser como en el aire la existencia de una burbuja?

¿No le llamaba, acaso, incoteniblemente su sangre hacia una felicidad desconocida hasta ahora?

¿No sentía como cualquier otro la casi dolorosa nostalgia hacia la caricia de una mano que borrase de su frente las penas como la luz borra las tinieblas?...

"En tales casos conviene buscar la solución desde una mayor distancia", díjose por fin, y sin más vacilar tomó la pluma, redactó y despachó inmediatamente una carta a Pleyel, a fin de ofrecerle su participación en la proyectada jira por Inglaterra, dando por motivo el gran interés que sentía en probar personalmente la calidad de los nuevos pianos que estaba fabricando el famoso Broadwood, en Londres.

Y se dispuso a hacer sus valijas.

* * *

Al día siguiente encontráronse ya en Londres; comieron maravillosamente en la casa del mismo Broadwood; probaron los magníficos instrumentos que les presentaba orgullosamente el fabricante inglés.

Federico que acompañaba de incógnito a Pleyel, cumplía su misión con una corrección detrás de la cual se escondía su secreto.

Durante más de diez días se mantuvo así. Pero cuando atravesaron de nuevo el Canal y se vió frente a la orilla francesa, entre un sinnúmero de mástiles que ostentaban los barcos que iban y venían, llevando y trayendo gentes, mercaderías y cuántos recuerdos también!; tumbóse en Federico la resolución heroica que había tomado, para volcarse en un tremendo torrente que sacudía despiadadamente su sangre hasta encontrar sosiego en estas tres palabras que —matando caballos— le hizo llegar en esa misma noche a la presencia de George Sand.

Estas tres palabras eran: "Voy hacia Nohant".

Cuando Federico —bajo la luz plateada de una luna llena— rodaba por las carreteras que le conducía para Chateauroux, era ya cerca de la medianoche.

Sacudido por los movimientos del coche en que realizaba su apresurado viaje, hacía hundir en sus ojos huecos y trasnochados, los más ínfimos detalles de un hermoso paisaje nocturno, compuesto en su mayor parte de deliciosas colinas que —arrimándose o cediendo al curso de las aguas bañadas de plata que llevaba el Indre— presentaban siempre nuevos bosques de nogales y olmos. Hasta que de pronto se perdió por completo el ruido de las ruedas que iban girando sin cesar por la carretera, deslizándose entonces el carruaje como por sobre una blanda alfombra, formada por las hojas caídas de los frondosos árboles. Y allá, en la suave luz de la luna: un amplio pórtico abierto de par en par, que con generoso gesto invitaba a entrar a la vieja casa, en cuya puerta aguardaba —sin poder

respirar casi— George Sand. Y cuando se hallaron frente a frente, tomóle ella de las manos, para hundirse ambos en un apasionado abrazo... Apretándole contra su seno, condújole a una pieza de tres grandes ventanas y muebles de la época de Luis XV, entre los cuales descollaba la amplia cama adornada de un baldaquín y rico cortinado.

En el centro de la alcoba se hallaba una mesa redonda sobre cuyo damasco se agrupaban en cariñosa como refinada ostentación, los más selectos manjares que ofrecía la estación.

Y prendida de él con la desesperación de una ya angustiosa nostalgia clavó sus ojos en los suyos y le dijo, no tanto como pregunta sino como un apasionado anuncio de lo que su sangre sabía de él:

—¿Traes hambre, querido?...

—Hacia tu amor...

—¿Traes sed?...

—Hacia tu boca...

Y los labios humedecidos por los rápidos sorbos que tomaron entre besos, de una misma copa de fínisimo cristal, entregáronse mutuamente a la roja pasión que les viniera acechando desde su primer encuentro.

IX

El invierno cedió su lugar a la primavera y al verano; el verano al otoño. Toda la región del Berry refulgía en la púrpura de los árboles, bañados en la luz de las hermosas puestas de sol.

Las canciones de los campesinos habían enmudecido. Espesas nieblas crecían del río... Nohant dormitaba detrás de sus verdes y cerradas celosías. Pues Federico y George Sand estaban en París.

Separados durante el día —por su posición, costumbres y ocupaciones—, volvían a reunirse de noche, avivando la llama de placer; descansando, agotados; y separándose luego con besos que significaban cita para la noche siguiente.

Sin embargo, esta convivencia tan íntima con la extraordinaria mujer, no lograba hacerle olvidar

a Federico esa gran preocupación que iba creciendo y creciendo hasta convertirse en abierto temor: Y era que estaba enfermo, más enfermo que nunca.

Una tos maligna —aumentada por un cansancio de naturaleza febril—, atormentábale más y más. Hasta que decidió acceder a los ruegos de sus buenos amigos y someterse —a mediados de octubre— a una revisación médica, en su domicilio de la Chaussée d'Antin.

Cuando les vió a todos ellos, congregados a su derredor, le sobrevino un enternecimiento que sacudió todo su ser. Ahí estaba, distinguido y reservado como siempre, Gryzmala; ahí también su viejo compañero Julián Fontana, radicado actualmente como virtuoso, en la gran capital de Francia; y por último, su querido "Jas" Matuszinski, ahora docente de la "Ecole de Médicine", con sus angulosas espaldas que denotaban de lejos, al médico militar.

Y el doctor Matuskinski, después de un riguroso examen, dijo por fin: Cambio de aire; mucho reposo; mucho cuidado.

Y como respondiendo así mismo, agregó:

—París no es un lugar para ti. ¡Necesitas sol, un clima seco y alguien que se encargue de cuidarte! En caso contrario, de nada respondo...

Federico se puso serio.

"¿En caso contrario?". De modo que eso significaba...

Pero, ¿cómo ausentarse, ahora que comenzaba la temporada? ¿Abandonar el trabajo y los discípulos? ¿Cómo reunir el dinero?

—Lo pensaré —respondió luego de una pausa y les rogó a sus amigos que le dejasen solo.

Comenzó a meditar intensamente cuando aquellos se hubieron ido.

¿Si lo ayudase Pleyel? ¿No era acaso su amigo y no sólo su editor? Un anticipo sobre sus "Préludes"; esas imágenes vacilantes, arrancadas de las formas antiguas daban cuenta de dolor, felicidad, impotencia y éxtasis como las páginas de un diario íntimo, y a las que modestamente llamaba "Préludes", bastaría para asegurarle la subsistencia.

¡Esto era uno! Y luego... George iría con sus hijos a Mallorca: Mauricio, con quince años de edad y reumático, y Solange, mucho menor en edad, flexible como un felino y sana en su fogosidad de niña.

Con ellos, presentía, le había de ser fácil la despedida, palidecerían los boulevards de París al lado del intenso índigo del Mediterráneo. Alzó la vista como tonificado por la cercanía de la campaña vivificadora, con la firme voluntad ahora, de llevar a la realidad su viaje en compañía de ellos...

* * *

Con el sol castellano, arribaron a Barcelona a principios de noviembre. El macizo rocoso del Mont Jouy se destacaba amarillento contra el azul del cielo, balcones esbeltos con colgaduras refulgentes en sus colores chillones, cantores populares, guitarras, castañuelas y el gris plateado de los borricos entre la manta de lana a rayas o de una mantilla que parece abanicar con sus encajes.

Federico y George se hundieron alegremente en el tráfago. Dejando los niños al cuidado de la sirvienta, y vieron la Rambla, la Catedral y el castillo, y se demoraron en el "Café de las Siete Puertas". Luego de visitar los cinco, todavía las inmediaciones, fueron al atardecer, en un bote a remo, a bordo del barco a vapor que los había de llevar a Mallorca.

Era una noche cálida, típica del sur. El mar, con un brillo nacarado lechoso, refluía silenciosamente fuera del puerto. Cuando comenzaron a centellear, lentas, las primeras estrellas, cuando el azul de la noche les hizo recluirse en sus camarotes a Mauricio y Solange, y Federico paseaba del brazo de George por la penumbra de la cubierta, se elevó la voz del marino que dirigía el timón por encima de las aguas batidas en la popa del barco:

Diguem tú, la dells ulls negres,
La del rebosillo blanch,
La del giponet de saya,
La dels gonellons rallato...*

Ese ritmo extraño e insinuante, el murmullo del agua y un eco devuelto suavemente, producían escalofríos de embeleso en el espíritu de Federico. Apoyóse en el pecho de George y en tanto se confundían sus almas en el ensueño, se henchía la voz del cantor a un reclamar apasionado:

* Dime, tú, la de los ojos negros, — la del rebociño blanco, — la del corpiño de saya, — la de las polleras a rayas...

Diguem tú, l'espigolera
Si volrás espigolar
Lo camp del meu cor, fa estona
Segat per los desenganys? *

"Canta en mallorquín", dijo George, la que en Nohant había aprendido el dialecto de las islas.

Federico tapóle la boca con un beso.

"De ti está cantando", susurró, y escucharon, entrelazados, la cambiante modulación del cantor, hasta que un golpe de viento desgarró la niebla y el alba irrumpió con rapidez tropical.

Bañados en un fuego rojo, resplandecían los picos de las montañas nevadas. Palmeras y áloes entraban meciéndose en el nuevo día. Una playa amarilla, el azul refulgente de una ensenada, plataformas de tierra de color de oro y por encima de éstas, construída en terrazas, Palma, la capital de las Baleares.

Federico miraba, deslumbrado hasta la enajenación gozosa.

"El cielo una turquesa", murmuró. "El mar un azur, las montañas como esmeraldas..."

Cuando juntó las manos como en oración, casi inconscientemente, llegó desde el timón la voz solemne y ceremoniosa del marinero:

"Deu te dó bona llevada y á noltros bona jornada..."

Y la tripulación repitió, inclinándose hacia el sol:

* ¿Dime, tú, la espigadora — si querrás espigar — el campo de mi corazón, ha mucho — segado por los desengaños?

"Dios te dé un buen comienzo y a nosotros buena jornada, un Pater Noster y Ave María al Señor del mundo".

"Entre rocas y mar, en un claustro de cartujos, abandonado, procura, amigo, de imaginarme en una celda cuya puerta es más grande que en París, las principales en las casas, sin afeites, sin guantes blancos y pálido como siempre. La celda tiene forma de ataúd, con una bóveda alta, oscura de polvo. Una ventana pequeña, delante de ésta, naranjos, palmeras y cipreses. Frente a la ventana está mi cama. Al lado, un viejo cajón escritorio, que ya apenas puede ser utilizado; sobre éste, una lámpara de plomo (¡el lujo es mucho aquí!), con una vela pequeña. Las obras de Bach, mis manuscritos y trastos que no me pertecen. Un silencio... puedes gritar, siempre quedará el silencio. Te escribo, Julián, de una extraña estancia...".

Federico quitó la tinta de la pluma y releyó pensativamente el último párrafo.

¿Quién habría vivido aquí, quién habría visto brillar la luna de lluvia sobre las naranjas goteantes, escuchando el rumor de los torrentes de las montañas, el batir del oleaje y el grito de las águilas que ansiosas de presa se precipitaban al jardín del claustro?

Un monje entregado a la castidad por su promesa, impasible al perfume amoroso de las flores del almendro, del oleandro y de la granada, padeciendo, pero al mismo tiempo consolado en la esperanza que estaba al término de sus días.

"¡Bienaventurado, toma posesión del Reino que Yo te he dispuesto!..."

Y Federico vió la sonrisa del moribundo. En un "re" bemol mayor, henchido de fe, sugeríale la melodía, cual la redención, como bajando en suaves gotas de rocío y pleno de la gracia del cielo.

No encontró el tiempo de cambiar la hoja. Porque mientras anotaba la primera parte, creció un cántico sombrío y fué acercándosele más y más.

Súbitamente la encrucijada se vió roja de antorchas. Una campana sonaba monótona en un "sol" sostenido profundo, y acrecentaba de pronto a una potencia pavorosa, resonó la queja funeraria de los monjes que marchaban en procesión, en la luz vacilante de los cirios, que como túnicas ondeantes cual los vapores blancos de la niebla, envolvían el patio y los muros como una mortaja.

Federico retrocedió al rincón más extremo de su celda. Un grito escapó de su pecho.

Pero cuando las voces se oían más lejanas, el sonar de la campana iba muriendo y el brillo blanco de la luna se esparció por encima de las ruinas, regresó a su mesa de trabajo santiguándose.

Aún temblaba la pluma entre sus dedos. Luego, empero, halló la senda hacia la calma, finalizó el escrito en un "re" bemol mayor con destellos de plata y agregó la hoja a las demás de los "Préludes".

* * *

Tormentas del sur sacudían la isla. La tierra despedía vapores, bajo el choque de las masas de

agua que se precipitaban desde las nubes. Los arroyos se convertían en torrentes, los robles se cubrían de nieve y en las montañas hacía su entrada el invierno.

George le resistía con su energía habitual. En Palma fueron adquiridas estufas y de Valenciennes se trajeron mantas; hundida entre las maderas talladas de una silla claustral, trabajaba ella en sus obras o instruía a sus hijos: a Mauricio en la lectura de Tucídides, a Solange, en las reglas de la gramática.

Federico, por el contrario, sufría. Insomne, cubierto de emplastos que le ardían sobre el pecho y la espalda, luchaba contra los espantos de la soledad.

Olvidados quedaron el azulino del aire, los bosques de mirtos y los alegres cantos de los viñateros. Le acometía pavor cuando la naturaleza se desataba desenfrenada, y extrañaba dolorosamente la clara tibieza de su vivienda en la Chaussée d'Antin.

George casi no osaba dejarle solo. Empero, la hacienda doméstica exigía una renovación urgente, y asegurando Federico sentirse en un estado llevadero, y además permitiendo el sol que se abrigase la esperanza de unas horas sin lluvia, no pudo resistirse George a aprovechar el día, y con Mauricio se puso en camino hacia Palma.

Federico permaneció en la vivienda, presa de una extraña inquietud.

¡Andaban solos! ¿Si algo les sucediese? ¿Si las quebradas les confundiesen, si hubiesen sido arrasadas las sendas, o aún más, si cambiase repentinamente el tiempo?

Salió a la puerta.

¡El tiempo! Sí, ¿qué sucedía con el tiempo?

De azul, el cielo se tornó rápidamente en un negro verdoso. Los pájaros, como copos de espuma, huían de la laguna, y de pronto una luz violeta viva y fugaz, un trueno como si se rasgase el firmamento, y en seguida una lluvia torrencial que se arrojaba furiosamente.

Federico retrocedió anonadado.

Sus pensamientos se precipitaban confusos.

¡George en la selva! Abismos se abrían para tragarla. La tormenta arrancaba árboles de cuajo, una ola gigantesca se acercaba...

Y cayendo de pronto en el taburete del piano, abatióse en un vértigo a lo hondo de su emoción; le envolvió la oscuridad como la muerte.

Un mar en "si" menor resonaba solemne en sus oídos. Gruesas gotas humedecían rítmicamente su pecho y una queja infinita llenaba por completo las Aguas Estigias, retemblantes de sollozos y de una tristeza sin esperanzas.

En tanto que confiaba esa visión al instrumento, sin percatarse de estar ejecutando, George y Mauricio entraron corriendo, inesperadamente, a la celda. Pálidos, con las ropas empapadas, eran éstas, testigos del peligro que acababan de soportar.

Federico los recibió con ojos extraviados.

"¡Creí que habían muerto!", dijo, alzando los brazos en señal de reparo.

George le encerró impetuosamente entre sus brazos.

"¿Qué tienes?", clamó con voz espantada.

Pero Federico enarcó la espalda, y cuando tosiendo quitó el pañuelo de los labios, un rojo claro teñía el lienzo finamente bordado.

* * *

La muerte les tenía ahora entre sus garras. El mar obligaba a cambiar de rumbo a la navegación. Un bramar ronco arrancaba de las costas, jirones de espumas volaban por encima de la isla, y cuando en los cristales de las ventanas sonaba la caída de los buitres de picos rapaces, parecía como si las golpease un dedo huesoso. George estaba sentada, desanimada, junto al lecho de Federico. El estertor del enfermo, el pensamiento de que ella llevaba parte de culpa en esa agravación de su estado, tornaba terribles las palabras que María Antonia, su sirviente nativa, repetía con fanatismo:

"¡El tuberculoso irá al infierno! ¿Por qué no se confiesa? ¡Encuentren los forasteros en donde enterrarle!"

Un tirón que Federico dió en sus vestidos la interrumpió en su meditación.

—¿No están ya los "Préludes"? —murmuró, tocándola en la rodilla.

—Personalmente los llevé en Palma al correo.

Federico movía, inquieto, las manos.

—¡Pleyel los tendrá para Francia! El alquiler no está pago todavía. ¡Viene frío por la ventana! ¿Recuerdas que me había ahogado? Gotas de agua, grises, había en mi pecho y yo quedé yerto.

George irritada, sacudió la cabeza.

—No te has ahogado —respondió—. La lluvia caía sobre las tejas de la cartuja, y lo que tu ejecutabas en el piano era armonía imitativa.

Federico se incorporó un tanto, jadeando.

—¿Armonía imitativa? No he imitado la lluvia. Además, ¿qué sabes tú de mi arte?

—¡La enfermedad hace cometer injusticias!

—La salud, osarías...

Callaron resentidos, unos instantes. Luego dijo Federico, lamentando su rudeza:

—Perdona, pero estoy bastante mal. Debieras pensar en mi estado.

George alzó los hombros.

—Pienso día y noche en ello. ¿Mejora por ello? ¡El viaje fué un fracaso desastroso!

Federico buscó su mano.

—Si regresásemos —murmuró—. Fuímos felices, ¿por qué no lo hemos de ser más?

—El vapor no anda.

—¡Alquilemos una tartana!

—En cuanto vengan los días menos fríos... Pero entonces, con la primera embarcación.

* * *

Un cielo azul primaveral se cernía sobre el peñón de Marsella. La ciudad vieja, edificada hacia lo alto, en la cual, yacía relumbrante como un anfiteatro gigantesco. Las palmeras con sus hojas en forma de abanicos desplegaban su verdor, el mar

refluía con el color de violetas oscuras y a lo largo de la costa se extendía la Corniche, rojiza, hollada por la marcha forzada de las legiones romanas.

Los tres paseantes, que de la Rue de Rome se dirigían a la Cannabiére, sin tener en cuenta el tráfago que llenaba esta "calle de las calles", caminaban en un grupo cerrado. Federico, apoyado en un bastón, a su izquierda, George, en un redingote de cambric blanco, y a su derecha, guiándole, un caballero de mediana edad, de ojos vivaces, con sombrero de copa y gafas con armazón de hueso.

—El doctor Cauviéres opina que no podremos viajar antes de mayo —inició George la conversación.

Federico oprimió el brazo de su acompañante.

—¿Por qué no? —dijo calurosamente—. ¡Usted obró milagros en mí! Vivo de nuevo, puedo dormir, comer, caminar... También la hospitalidad tiene límites.

El doctor Cauviéres sonrió amablemente.

—Quiero volverle a la salud, querido. No me agrada nada que usted quiera tocar hoy para Nourrit.

Federico miró emocionado al suelo.

—El pobre Nourrit —respondió—. ¿Puede usted creer que esté muerto? ¿Enmudecida esa voz maravillosa? ¿Sus restos mortales, de paso, como una pieza de porte? ¿Colocados en un féretro para corto reposo, y nadie que aquí honre al que se fué?

—Una despedida de la muerte, doctor —agregó como justificándolo, mientras ascendían los escalones de la iglesia de Notre Dame de Mont-Car-

mel y entraban a la galería por una portezuela lateral, luego de una mirada a la ciudad y al puerto.

La nave de la iglesia estaba ocupada hasta el último lugar. Los cirios enrojecían la oscuridad. Un altar modesto se elevaba delante de los bancos y entre éstos, bajo una cubierta de flores artificiales, el ataúd de Adolfo Nourrit.

Federico se sentía debilitado hasta las lágrimas. El pensamiento de que aquél fuera arrancado de la vida delante suyo, en la flor de la edad, sano, una imagen de lo varonil, el recuerdo, en fin, de cómo de su boca había escuchado por última vez "Les Astres", hiciénronle olvidar la edad y el carácter del órgano.

En tanto marcaba los registros menos ruidosos, comenzó a ejecutar "Les Astres" de Schubert, en el mismo instante en que se hizo visible la hostia por encima de las nubes de incienso, pero no la ejecutó triunfalmente como lo hiciera Nourrit, sino suavente como un eco del más allá.

Le estaba permitido respirar, compraba su libertad con esta ejecución.

Y mientras dejaba henchirse más fuertemente los fuelles del órgano, acompañó con fervor las palabras del texto de Klopstock:

Dicen su alabanza campo y floresta, valle y montaña,
resuena la costa, truena el mar bramando profundo
del Ilimitado el loor, ved, del magnífico,
no alcanzado, del canto de gracia de la naturaleza.
Alabo al Señor, alabo a Aquél quien de la Luna
y de la muerte sosegante, sacra noche alborear
y alumbrar ordenó. Tierra, tumba eres que siempre
nos aguarda, de flores Dios te ha sembrado.

X

Los dioses del amor tendían su cornucopia sobre Nohant. El aire estaba saturado del perfume de los naranjos en flor. Las alondras trinaban y cantaban los estorninos.

Al alba fueron abiertas las esclusas del río. El agua se abalanzaba por ellas, clara como el cristal, corría y producía espumas en remolinos de verdor plateado.

Los pájaros por millares, inauguraban el día con sus trinos, la tierra llameaba bajo el peso purpúreo del sol y de las torres de las iglesias del Berry llegaba el toque de Angelus como suspendido sobre nubecillas de plumas.

Al anochecer, en cambio, cuando las sombras se tornaban más hondas y comenzaba un refulgir dorado encima de los arbustos, íbase el Indre a des-

cansar en las praderas. Parecía entonces el cuerpo de una mujer que yaciera queda, saciados sus deseos. Las hierbas se inclinaban sobre ella, los árboles marcaban las curvas de sus miembros. ¿Quién, estremeciéndose frente a esa armonía en su nocturno abandono, no habría bebido amor de esa imagen?

Federico se volvió con un suspiro y comenzó a andar en dirección a Nohant, cuyas buhardillas asimétricas imaginaba, ocultas por una colina: el edificio, en dos pisos, en el estilo Luis XVI, un techo bajo, la puerta cubierta de hiedra y tres ventanales a cada lado de las entradas.

George estaría sentada seguramente en la terraza. Con sus escritos delante, miraría fijamente en lo oscuro, más allá de la lámpara.

¿En qué meditaría?

¿También la martirizarían dudas acerca de su vida futura en común?

Solange y Mauricio crecían. No era posible continuar haciéndoles testigos de una unión ilegítima.

¿Entonces debía ocurrir la separación? ¿Vivir solo nuevamente? ¿Visitas privadas, en secreto y que darían motivos a habladurías?

Repentinamente quedóse parado en vivaz agitación. Un pensamiento sencillísimo, solución de todas las dificultades, lucía en su cerebro alegremente, al punto que, sonriente, se frotó las sienes y apoyó la cabeza en el tronco de un olmo.

¿Por qué torturarse cuando la ley ofrecía el medio de convertir en matrimonio la unión libre? ¿No habían fundado millones su dicha en ello?

Como a modo de respuesta, una brisa tibia apartó los arbustos de saúcos del bosquecillo. Podía verse a George al otro lado del césped, el espléndido cuerpo envuelto en los pliegues de su vestido, cuyo cuello casi desaparecía bajo los rizos castaños.

Federico fué hacia ella con paso rápido.

—¡Quisiera hablarte! —le dijo.

George se sobresaltó cuando tan de improviso se paró Federico ante ella.

—¿Hablarme?

—Te quedaré obligado.

—Eso significa... un sacrificio de mi parte.

—Según se lo mire.

—Estoy verdaderamente ansiosa...

—Estamos juntos desde hace casi dos años. Cuando yo vine a Nohant, Mauricio y Solange eran pequeños. Nadie creyó en una unión duradera. Pero ahora que sabemos que de la pasión se hizo amor, que nuestra unión crece a diario y nuestras vidas se desenvuelven bajo ojos maduros, se impone una decisión que cambie este estado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que más que nunca te soy devoto, que quiero darte mi nombre, en fin, que hagamos legítima la alianza contraída por libre impulso.

—El matrimonio es útil para los santos.

—Es la meta del amor.

—Y cuando éste se esfuma, es su tumba.

—¡Pero no se esfumará!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Eres cruel!

—No, cautelosa. No puedo soportar la sombra

de una obligación. Todo aquello que se convierte en un deber, lo odio.

—Por lo tanto, estás dispuesta a rechazar mi ofrecimiento.

—¡Sí!

—¿Y la opinión del mundo?

—Es una chicuela a la que se corrige a puntapiés.

—¿Qué han de pensar de nosotros los niños?

—Que somos amigos.

—¡Pero yo quiero que me ames!

George le acarició, como para sosegarle.

—¿Quién dijo que no quiero amarte más?

* * *

El velador diseminaba una luz rojiza, cálida. La pantalla de la lámpara se alzaba en pliegues sobre un pie de plata cincelada, que como el tallo de una flor surgía del fondo anaranjado de los cortinados de la cama.

George yacía desnuda sobre al colcha que había resbalado de su sitio. Apoyada en los brazos, observaba con curiosidad a Federico, que descansaba en las almohadas revueltas.

Sus ojos, muy abiertos, miraban como los de una india, en los que relampagueaban reflejos amarillos. El marrón pálido de las caderas, cedía a un rubor vibrante y de los párpados azulinos partía un rayo salvaje, para clavarse en el hombre dormido.

¡Sabíase ella el hombre de esa casa! ¿Qué le impulsaba a él a querérselas valer de amo? ¿No le

parecía suficiente que ella cuidase del enfermo, que fuera madre y amante, para exigirle ahora también el sacrificio de su libertad?

¡No! ahora y para siempre exigiría ella su completa independencia. Nadie tenía el derecho de inhibirle esta libertad, y a quien lo osara, se le habían de imponer condiciones, tan duras, tan precisas, que ningún hombre se sentía lo bastante valeroso para aceptarlas.

George pensaba así, mientras una sonrisa brutal se deslizaba hasta su sueño. Y ahora que el mentón se abatía sobre el pecho, se mostraban huellas de una sensualidad fatigada en su faz abandonada.

* * *

Federico vivía con temores inconfesos. En realidad, los días pasaban en un brillo veraniego. Mauricio se sumía en sus clásicos; Solange era un salvaje ramo de flores y Nohant el jardín que ella llenaba con perfume y colorido. Empero, parecíale esto, a ratos, como una cubierta traidora, bajo la cual la tierra abría sus fauces negras y en donde las larvas amenazaban con podredumbre y destrucción a todo lo existente.

Ocurrió que, como si despertase de un sueño, se alzó de pronto, para observar a George con mirada atenta. Sus ojos, desconfiados y agudos, descubrían cosas que el amor le había ocultado hasta entonces, y le torturaban dudas acerca de lo que veía.

¡No que le hubiera tomado a mal aquel recha-

zo! Pero las causas a que aludió ella, y por último la forma que había usado, abrían una cima de contradicciones que llevaban la simiente de diferencias serias.

Recordó de pronto, comprendiendo, a su predecesor. También Musset había sido mucho menor en edad, de buenos modales, de elegancia elegida; como él, un conocedor de la moda, un héroe, aún más: un admirador de la sociedad y adicto a sus normas como a un culto.

A George a su vez, que se acercaba a los cuarenta años, la hallaba brusca en su modo de presentarse, descuidada en el vestir, remontada por encima de todo lo decoroso y de un desprecio desmedido por el tono del buen mundo.

¡Y agregando a todo esto, el círculo que ella reunía en su casa! Los Gillands, Martins, Cavaignacs, con su crudeza republicana, no pocas veces le herían en sus sentimientos estéticos, y sólo le representaba a modo de símbolo, cuando George estaba sentada entre políticos y periodistas, con las piernas cruzadas y fumando en una pipa enorme.

Pero luego venían horas como la de hoy, en las que, femenina, se apoyaba en su hombro y la cercanía de su ser le traspasaba con un encanto dulce y ardiente.

Al instante se trataba de orate a sí mismo, se retractaba de todo, atribuyéndole la culpa a su fantasía, que se encontraba en abierta contradicción con el mundo efectivo.

—¿Tenemos convidados? —preguntó, volviéndose hacia la terraza, en donde un sirviente disponía sillas y taburetes.

—Guilland y mi hermano Hipólito.

Inclinóse Federico en un arranque de ternura repentino:

—¡Te has ensuciado! —dijo, al tiempo que con sus manos pálidas quitaba unas manchas de tierra del vestido de George.

El comedor estaba en la planta baja del edificio.

Una araña de cristal azul pendía sobre la mesa de caoba. Las ventanas se destacaban entre tapices verdes, en los aparadores había objetos de cobre y de porcelana, y en los espejos entre las ventanas, moría el cielo del atardecer, que reflejaba el color de las siringas.

Federico estaba sentado entre George e Hipólito Châtiron. Con el alón de un pollo frío en su plato, y mientras comía con refinamiento, comparaba las facciones infladas de su vecino de mesa con el cráneo tosco de Gilland, que desahogaba su furor en un pastel de ave.

La labor de las mandíbulas enormes subrayaba su torrente de palabras, e Hipólito, amonestado sin resultado por George, expresaba su aprobación a ese discurso, dedicándole entusiastamente el contenido de numerosas garrafas.

¡Que era llegada la hora, tronaba, en que de una vez por todas le ajustasen las cuentas a Luis Felipe, ese bribón de rey, que se había apoderado del trono, hurtándolo!

¿Había algo más ridículo que este honorable,

que hoy declaraba: "Antes prefiero me hagan trizas..." y que mañana aceptaba la corona de Francia?

—Una hermosa organización, el juste milieu —prosiguió, gesticulando—. El retroceso y la revolución unidos en matrimonio legítimo; el reinado tocado con el gorro de dormir del burgués. ¿Y quién reina? ¡La clase media acomodada!

Federico desmenuzaba un trozo de pan entre sus dedos.

—Con palabras nada podrá corregirse.

—¿Con palabras? —respondió Gilland con tono agudo—. ¿Quién construyó barricadas cuando Varsovia? ¿Quién calló cuando preponamos la república?

George armaba circunstancialmente una pajuela.

—Gilland dice la verdad —decidió, encendiendo el cigarro inevitable—. Nunca se pudo confiar en Polonia, a obras de nuestra parte sólo se respondía con palabras.

Federico sentía cómo la ira iba creciendo en su interior.

—¡Sé que odias a los polacos! —dijo, incapaz de dominarse.

Châtiron estalló en una risotada ebria.

—Eso no lo puede pretender usted con la mejor buena voluntad...

Federico se levantó y sin responder, se dirigió a la puerta.

—Te molesta el humo —preguntó George, para reconciliarle.

—Lo sabes.

—¿No se fuma en los salones de Varsovia?

—En salón alguno he visto que jamás se fumasen cigarros.

La luna bañaba con su luz los árboles que crecían a la vera del Indre, cuando Federico salió a la terraza. El aire estaba humedecido y saturado de aromas. Un murmullo suave había en el ambiente. La Osa Mayor reflejaba del cielo, parecía danzar sobre los cantos lisos en el fondo del río, y las olas iban a la deriva con la corriente, levemente ondeadas, como plata celeste.

Federico seguía las curvas del agua. Pensó que se había dejado arrastrar, si bien no podía menos que admitir que George, con sus palabras, había provocado esa actitud de su parte.

¿Por qué había querido unirse a unos hombres, en lugar de encarnarse con la idea, que era eterna? ¿Por qué había desatendido la misión, para la cual había prestado su juramento, aquella vez, en el Monte Calvo?

"Donde tú estuvieras, allí está Polonia...", tartamudeó, recordando las palabras de aquella despedida, que le habían sido dichas cuando partió de Wola.

El eco, famoso en el Berry, devolvió sus palabras como un aliento espectral. El Indre cantaba la queja de la patria agraviada.

XI

CUANDO Federico recapacitaba sobre la historia de su pueblo, imaginaba ver escuadrones de caballería que, brillantes, irrumpen de un bosque. El suelo se estremece bajo el peso de los armamentos y de los caballos. Polvo dorado envuelve los banderines y estandartes y fanfarrias triunfales resuenan agudas en el aire, pleno del halo glorioso de la fama.

Pero muy luego el campo declina a un terreno cenagoso, las hierbas vacilan sobre un fondo turbio. El ejército disminuye la marcha, sorprendido, pero antes de encontrar el tiempo de virar, el pantano se abre delante suyo. Alzando las cabalgaduras espantadas, tratan de retroceder los primeros, su clamor se ahoga en el tumulto de los regimientos que les siguen. Un bramido va a lo largo de las líneas, se

entrechocan y quiebran las lanzas, los caballos pisotean a los jinetes y a los animales que iban adelante; destrozándose y ahogándose mutuamente los hombres, unos tras otro se hunden los estandartes en el fango, hasta que un último toque de clarín tiembla sobre unas ampollas grises de agua.

Desde que sucumbieron los Jagellones, fué retrocediendo la república. El reinado por sufragio, Pacta conventa y Liberum veto, debilitaron el reino hasta la decadencia. El orgullo férvido de la nobleza se desbarataba en confederaciones, las separaciones desintegraban la nación, y nada restaba sino el recuerdo de un pasado glorioso, en el que los nombres Sobieski y Kosciuzko brillaban como astros en un cielo cubierto de negrura.

¿Dónde habían quedado los días, en los que en un banquete el caballero le ofrecía con su copa, el brindis a su dama, con la mano apoyada en la empuñadura de su espadín damasquinado o hincando la rodilla, y en donde un pequeñísimo zapato de tafilete rojo hacía las veces de premio, ornado de perlas y digno de ir por él hasta la muerte?

Un viento frío soplaba por las planicies desoladas. Alamos y pinos se destacaban tristes en el horizonte. Un dolor secular se heredaba en canciones que relataban a las criaturas en las cunas, que una nación había caído en la aflicción, avasallada y predestinada al martirio.

Todo esto conmovía el corazón de Federico y corría por el fondo de sus sentimientos como innumerables arroyuelos, para reunirse en un torrente de pesar, arrepentimiento y odio.

* * *

Horas del más ardiente ensimismamiento maduraron en el espíritu de Federico la resolución de elevar la patria a la cumbre de la creación artística. Tal cual Mickiewicz había configurado la epopeya de ese pueblo en sus poesías, así quería también él erigir un monumento imperecedero a la grandeza polaca, y "Pan Tadeusz" era igualmente el punto de partida de su obra.

Inspirado en aquel canto duodésimo, que finaliza con la "Polonesa de las Polonesas", veía transformarse los hogares de Nohant en torres almenadas. Un salón alto, revestidas sus paredes de tapices costosos, abría al parque su frente de cirios. Vasijas de plata relucían en las paredes, armaduras y banderas conquistadas ostentaban majestuosas por encima de la orquesta de Janitschares.

El guión comenzaba la danza en un "la" bemol mayor brillante. Con las mangas del kontusz un tanto recogidas, en un zupan azul de terciopelo veneciano, marchaba por el parquet haciendo sonar las espuelas. Las parejas le seguían en formación simétrica. Subrayando con pasos arrogantes el ritmo de la música, hacían figuras complejas a lo largo de las galerías, y cuando, luego de un intermedio de las trompetas como de caballerías en osada carrera, la cuadrilla volvía al salón a través de los corredores y zaguanes, cuando de los cuernos resonaban vibrantes y retumbaban acompasados los timbales, el triunfo del tema se acrecentaba a proporciones de una heroicidad colosal.

Federico conjuraba estas visiones, no sin sentir en lo más íntimo el abismo profundo que sepa-

raba el ayer y el hoy. Y de ese modo no era sino una continuación de la obra comenzada, si en una fantasía en "fa" menor trágico llevaba al sepulcro el brillo del pasado.

Empero, a modo de final y al propio tiempo como coronación de lo que antecedía, imaginó Federico una sonata majestuosa y heroica, cuyo "si" bemol menor influía estremecedor completando el ocaso. Convertirse en clásico a la manera de los viejos maestros, imponerse a las formas como amo, parecióle digno del gigantesco reproche.

Pleno de ardiente felicidad sentía que, si lograba su propósito, sería creado un monumento más duradero que la materia misma, una trilogía de la vida, la lucha y la muerte, una constelación de tres astros en el cielo de la fantasía nacional.

En tanto Federico se conformaba con un esbozo de la polonesa y de la fantasía, relegando al futuro su completación, se dedicó por entero a la sonata. Una marcha fúnebre, concebida en su estada en Mallorca, representaba los fundamentos de la obra. En derredor de ésta agrupaba las otras partes.

Su habitación se convirtió en el escenario de una lucha intensa. Trozos sueltos de la obra flotaban fuera de las ventanas, como sonoro metal y se confundían con el aroma de los rosales que delante de la casa estaban en pleno florecimiento de verano.

Federico, con el cabello desordenado, suelto el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y con arrugas profundas marcadas en la palidez de su cara,

caminaba agitado de un lado a otro. Cerraba los puños, iracundo, clamando:

"¿Por qué me hizo un chapucero la naturaleza? ¿Es cierto que la maestría sólo puede lograrse por nacimiento?"

Al punto inspirábase valor, haciéndole frente a su desesperación.

"¿No le es dada a todos la facultad de producir con facilidad? ¿Valores imperecederos no son hechos en un día, y no da cuenta precisamente el genio de la facultad de imponerse trabajos sin fin?

Con nuevos bríos se puso a trabajar en la perfección de los apuntes. Oraba, gemía, quebró una decena de plumas y borró tanto como había escrito.

Pero cuando después de días de un pulir penoso veía allí los compases, uno tras otro, cuando la obra ostentaba sus cuatro tiempos y él, deshecho de fatiga, compuso el final en el último esfuerzo, el temor y la duda cedieron a una confianza alegre.

Habíase despojado del cargo, se había quitado un peso de encima, para alcanzar una liberación inefable.

Como rejuvenecido fué a pararse frente al espejo, para acicalarse por primera vez después de semanas.

* * *

Habían llegado huéspedes de París: el conde Alberto Gryzmala, a quien Federico aguardaba con inquietud, Gutmann, Franchomme y Eugenio Delacroix; este último, que en su derredor esparcía el

ardor del genio, era el guía del romanticismo en la pintura y azotado su cuerpo por enfermedades; sus ojos, con cejas muy pobladas, reflejaban con melancolía la belleza de su espíritu.

Estaban cenando, y habían llegado a los postres. El color amarillo de las frutas destacaba sobre el fondo rojo de unos platos pequeños de cristal, traídos por George de Venecia. El vino refulgía en copas de cristal, y rosas, diseminadas sin regla encima del mantel de damasco, dábanle a la cena un carácter festivo.

Federico hablaba como un rey entre sus adictos.

Reprochábale a Gryzmala su antojadiza tardanza, repartía chanzas a diestra y siniestra e imponíase, en fin, encantadoramente con su cordialidad singular, en tanto Delacroix observaba silencioso, Franchomme le mondaba uan manzana a George, con su amabilidad natural, y Gutmann pendía respetuosamente de los labios de su maestro.

George le observaba sorprendida.

—¿Está terminada tu obra? —preguntó, recordando el martirio de las últimas semanas.

—¡Sí! —respondió Federico con orgullo y satisfacción.

—¿Nos la presentarás?

—En cuanto hayáis terminado de cenar...

Sus palabras provocaron un movimiento de alegría general. Fué llamada la sirvienta para que levantase la mesa. Acercaron el instrumento a una ventana y apagaran las luces con excepción de dos.

La semipenumbra de la habitación se mezclaba con el brillo de la luna en el parque, en cuyo

reflejo destacaba la silueta de Federico, apoyado en el piano, como una extraña imagen.

—¿Qué escucharemos? —preguntó Gryzmala, acomodado en un sillón de cuero.

—La sonata en "si" bemol menor —repuso Federico, comenzando de inmediato la ejecución.

* * *

El hierro chocaba con el hierro.

La noche resonaba, como un hombre que cae.

Y grité: "¡Montar!"

Los caballos partieron de los postes a toda carrea.

Vida había en nuestras espaldas, muerte delante de nuestros ojos; pero nos abalanzábamos como una jauría de espectros, y yo iba delante.

El bosque extendía sus ramas, como brazos que nos querían detener; como una madre viuda, que no quiere dejar partir al hijo, se nos prendía triste, de las monturas. Pero nosotros cabalgábamos, pisoteándole sin consideración, manchados de espuma y con las espuelas ensangrentadas.

Tras de mí dijo una voz:

"El día está cercano..."

Una línea llameante, en todo el horizonte a nuestro alrededor; los caballos iban al trote, lentos, más lentamente.

Surgió entonces mi voz, como un torrente que surge en las montañas de entre quebradas peñascosas, y recibiendo el sol se deshace en oro líquido. Mitad oración y mitad hidalga canción ensalcé la

gloria de la patria, y era amor sobre espadas refulgentes.

Los caballos batían apenas el suelo con sus cascos. El ritmo de sus cascos se convirtió en un galope orgulloso, porque sentía la fuerza de nuestros muslos.

De pronto oímos un bramar profundo en la lejanía.

¿Quién dijo la palabra "madre"?
¿Quién recordó el beso de una esposa?,
¿quién aquellas noches de primavera?
en las que los árboles brillan hasta el cielo,
y las aves vuelan arcos de plata
en el azul purpurino del firmamento?
"¡A ellos!"
Un grito ahogó nuestros recuerdos.
Parados en los estribos
nos abalanzamos sobre el enemigo con las lanzas dirigidas.

Cantábamos todos la gloria de la patria, el himno del águila en el escudo rojo, y el sonido de nuestros clarines era como el hielo sobre los glaciares de levante.

Acero que martilla:
¡Cuatro veces cabalgamos a través!
Tiros de fusilería, clamores:
¡Tarea de muerte!
Y el campo de batalla un salón de baile
y la lucha una fiesta.

Así como en la aldea el violinista alza su arco, las parejas giran y fuego mana de las cuerdas, así tocaba la muerte en triple compás etéreo.

Mi vida, empero, se hizo pretérita...

¿Piensas, niña, cuando se marchite la flor de tus labios y se desvanezca el brillo de tus miembros, en el compañero que hurtó los besos de tu juventud?

Estábamos en el parque,
Malvones nos rodeaban con sus hojas suaves,
una flauta que dulce nos tienta hacia la luna.
¡Un suspiro, henchido como el aliento mismo!
una sonrisa, como fuente de agua y el césped, tus mejillas!
Tomaste las riendas de mi caballo,
nuestras manos se tocaron
y como estrellas nos hundimos en la tarde azul.
Pero mi vida llamó a la realidad...
Acero que martilla:
¡Cuatro veces cabalgamos a través
Tiros de fusilería, clamores:
¡Tarea de muerte!
El campo de batalla un salón de baile
y la lucha una fiesta.

Así como en la aldea el violinista alza el arco, las parejas giran y fuego mana de las cuerdas, así tocaba la muerte en triple compás etéreo.

Y entonces un rayo de plata en mis ojos,
un grito de miles
"¡El águila, el águila y
la bandera!..."
Yo tenía el asta,
y el águila era yo,
y yo era la bandera,
y estaba rojo como ella.
Las hierbas iban creciendo negras hacia mí,

sentía yo el suelo patrio,
así la negra tierra...
¿Piensas niña, cuando se marchite la flor de tus labios y se desvanezca el brillo de tus miembros, en el compañero que hurtó los besos de tu juventud?

Se me erigió un catafalco, y príncipes lloraban en mi sepulcro. El día ocultó su faz tras de las nubes, la nación tañía campanas y decía su queja batiendo tambores.

Porque mi muerte era la muerte de un pueblo
sobre el que segó la hoz,
hasta que cayó y murió.
En un resonar glorioso de los clarines
llevaron al cielo la púrpura de mi gloria.
Yo, empero, les dejé en pesares
e indecibles amarguras...
Flores, a cuyos aromas yo daba vida,
majestuosas sombras que yo conjuré,
¡haced sonar un dulce eco sobre mi tumba primaveral!
Cuando la noche viene en pies de plata
y las mozas están junto a la fuente,
entonces mi oído beberá
la música de la lengua de la patria,
y de ella seré, y yo seré vosotros.
Porque mi tumba es la tumba de un pueblo
sobre el que segó la hoz
hasta que cayó y murió.

De donde el viento se levantará,
los olmos agitarán sus ramas,

y las hojas compartirán nuestro descomponernos.
Muertos,
buscamos, sin embargo, al vivo,
con infinita tristeza.
Pero él se aparta estremecido,
y quedamos solos,
una generación maldita.

Federico había finalizado. Su ejecución terminó con un acorde vibrante, que cayó en el silencio como el tañido de un arpa.

Sucedió algo inesperado: en el instante en que se levantaba del taburete, dejando colgar los brazos a lo largo del cuerpo, púsose de pie también Delacroix, e imitándole, conmovidos hasta las lágrimas, Gryzmala, Gutmann, George y Franchomme.

—Maestro... —dijo el primero, inclinándose en una profunda reverencia.

Federico le abrazó en silencio.

Su sombra se agigantaba sobre los guijarros del jardín bañados por la luna.

XII

FEDERICO estaba ahora en la cumbre de la fama. Con las fuerzas en constante pugna por abandonarle, vivió diez años milagrosos, a menudo dado por muerto, pero reponiéndose cada vez.

París le brindaba honores reales. El brillo de su nombre llegó hasta Saint Cloud; el conde Perthius le invitó en nombre de Luis Felipe, y llevado allí en carroza con cuatro caballos, ejecutó en la corte, en petit comité, mimado y trayendo como obsequio pomposo, porcelanas con ornamentaciones de oro.

Este acontecimiento y la insistencia de George de no dejar pasar el momento oportuno, hizo nacer la idea en Federico, de salirse de su retiro y, sin tener en cuenta el anterior fracaso, presentarse en público en la sala de conciertos.

Ejecutando obras de Bach, fuése preparando

para ello. Los amigos distribuyeron las plateas entre los adictos y, teniendo asegurado su aplauso desde ya, y porque se sentía ante el público como frente a un círculo privado, pues estaba representado por la nobleza "in corpore", y por último, porque los locales de Pleyel significaban el más completo éxito, esperaba Federico el día con plena confianza.

En efecto, ocurrió que los coches llegaron en hileras sin fin; las escalinatas del teatro estaban iluminadas lujosamente y en el aire había aroma de flores.

Preludios entremezclados como plata pálida, baladas, nocturnos y mazurcas que conjuraban visiones de caras como rosas, brazos marfilinos, velos, diademas de perlas. Sólo la demasiado visible fatiga del ejecutante impedía que se le exigiera un bis.

Calló la crítica frente a un torrente de júbilo de las proporciones que provocó su reaparición. El mundo tenía la palabra, el artista y la obra estaban muy lejos de una contradicción cicatera.

* * *

George permaneció íntimamente ligada a la existencia de Federico. La vivienda que habían compartido en la Rue Pigalle, la abandonaron luego de casi dos años, mudándose a la Cité d'Orleans. Esto acrecentó la fama de la escritora, que anteponía el cuidado del enfermo a su propio trabajo y que sacándole de la vivienda húmeda de la Rue Tronchet le había creado en su propio domicilio una suerte de vida familiar.

Era un reducto tranquilo, estimado entre los artistas; un parque con árboles, fuentes y canteros de césped, alrededor del que unos pabellones de ventanas estrechas formaban un cuadrilátero cerrado.

Aquí se halló lo que harto hubieron buscado. Madame Miliani, la esposa del cónsul español en París, amiga cordial tanto de George como de Federico, les prestó la reputación de una vida en común, que no estaba reñida con las buenas costumbres. Entre los tres tomaban las comidas, se veían de día cuando les placía, y después de la cena se retiraban a los apartamentos separados.

Federico adornó el suyo con el gusto que le era peculiar. Empapelado color de tórtola con franjas verdes brillantes, tapices de muselina plegada, canapés delicados, porcelanas, floreros, y entre todo ello, movíase él con pasos fatigados. Quien hubiera sido admitido para visitarle, le habría hallado de espaldas al hogar, calzado con botines pequeños, de acuerdo con la moda, el saco abotonado hasta el cuello, con facciones doloridas, enjuto, y sin embargo, gran señor en su apostura.

El día comenzaba para él, temprano, con lecciones. A las ocho de la mañana, afeitado y vestido, recibía los primeros discípulos: Jorge Mathías, Lindsay Sloper, luego, según iban llegando, Lysberg, Tellefsen, Charles Filtsch. Este último, húngaro como Liszt y aunque sólo contaba 13 años, era temido por Liszt como un competidor. A los nombrados se agregaban Mikuli y Adolfo Gutmann, el favorito declarado del maestro.

Cinco horas se iban en intensa labor. Porque

si bien el precio de la lección era pagado cada vez en monedas de oro, el progreso del discípulo le significaba más que la ganancia. Era incansable para las correcciones, hasta que la progresiva fatiga le obligaba a decir:

"La próxima vez..."

Si en cambio venían las alumnas, ocultaba la debilidad tras una galantería festiva. Se convertía en un hombre de mundo, la habitación en un salón y aquellas señoritas Duperré, O'Meara, Stirling, de Noailles, las duquesas de de Chimay, Czartoryska, las condesas Kalergis, d'Est, Branicka, Estrehazy y Potocka, a las que acompañaba hasta el coche, disfrutaban del honor de su brazo como de una expresión de favor real.

Un mediodía, en que Federico había dado orden de que no se admitiese a nadie, apareció igualmente el sirviente con una tarjeta de visita, en la que en caracteres de imprenta se leía: "Franz Liszt" y escrito debajo "laissez passer".

Usando de la costumbre que a las celebridades les permitía exigir testimonio personal a las visitas no anunciadas, fuése Federico a la sala. Encontró allí a un hombre de unos treinta y cinco años, en un traje cuyo corte delataba al extranjero, y un abrigo a rayas, y con acento ruso sajón pidió licencia para su visita, presentándose como Guillermo von Lenz.

Parado frente a él como amo y señor, preguntóle Federico:

¿Qué desea usted? ¿Es usted discípulo de Liszt, artista?

—Un amigo de Liszt y ha mucho ansioso de es-

tudiar las mazurcas de usted en su misma fuente. Con Liszt ya he...

Federico le interrumpió cortesmente pero con frialdad:

—¿Para qué me necesita usted entonces? Pero toque lo que tocó con Liszt. Pocos minutos me quedan.

Sacó del bolsillo un pequeño reloj de oro.

—Yo quería salir; dispense usted.

Un tanto turbado, sentóse Lenz al piano, ensayó el tacto; "le gué", dijo, y conmenzó la mazurca número uno en "si" bemol mayor, en tanto Federico, ganado por esta expresión, se acercaba al instrumento y le observaba con ojos vivaces. No sin aprensión comenzó a ejecutar la obra, pensando si lograría con éxito la volata aconsejada por Liszt, que en lugar de ir de "fa" a "fa", iría, al punto, a través de dos octavas, como un comenta.

Empero, el Pleyel no era un Erard, y su mecanismo era sensible como una pluma. Favorecido de este modo por la técnica del instrumento. Lenz ejecutó el trozo, si no como Liszt mismo, cual un cohete con su cola de luces, pero técnicamente puro y con elegancia.

Federico se inclinó benovelente.

—La idea no es suya, ¿no es verdad? Eso se lo enseñó él... ¡puede poner él la mano en todo! En fin, le está permitido: ejecuta delante de miles, ¡yo pocas veces delante de uno! De todas maneras, le daré a usted lecciones, pero sólo dos por semana. Me es difícil hacerme de tres cuartos de hora.

Volvió a consultar el reloj.

—¿Qué lee usted, con qué se ocupa?

Lenz adivinó su pregunta:

—George Sand y Jean Jacques son los favoritos de mi biblioteca.

Federico sonrió; en ese instante sus facciones tenían algo de hermosas.

—¡Eso se lo dijo Liszt; veo que usted está ilustrado! Sea usted preciso, mi casa es como una colmena. Intimaremos usted y yo, espero. Una recomendación de Liszt quiere decir algo. ¡Es usted el primer discípulo que me recomienda!

Y agregó como hablando consigo mismo, al tiempo que con la mano hacía una señal que quería ser despedida:

—Somos amigos, hemos sido camaradas.

Cuando la puerta se cerró tras de Lenz, quedóse Federico unos minutos inmóvil. Su apostura desfalleció; se apoyó en el extremo del piano y murmuró, con aliento entrecortado:

"¡El... siempre él!... ¡Que el mundo tenga espacio para dos! ¡Esperé en él un amigo, pero me ofrece un reinado en su imperio!

"¿Es la violencia amistad, la compasión, amor? Pareciera ser ley, que los artistas de un determinado género no deben comprenderse. La armonía sólo está para los de iguales sentimientos¿ Pero quiénes son de iguales sentimientos? ¿Pintor y pintor, músico y músico, poeta y poeta? O más bien: músico y poeta, pintor y músico, poeta y pintor, en relación opuesta".

"No seas tonto", le reclamaba su conciencia.

"Te has creado un mundo admirable, en donde todo es luz y sonrisas de jóvenes bellas. ¿Te dió compensación? ¡No! No te dió compensación, pero sí un pasajero aturdimiento... en tu orgullo y en tu gran soledad".

* * *

La muerte acabó por llevar a la culminación la desconfianza que la enfermedad había instilado en su espíritu. Jan Matuszinski, el caro Jas, callado sabedor de los más delicados secretos, falleció a consecuencias de una tos insidiosa. Con él se perdió el trifolio de su juventud, pues Tito Wojciechowski se había alejado de Federico tanto espiritual como materialmente y Julián Fontana cumplía con sus obligaciones cotidianas.

Más hondamente, sin embargo, que esta pérdida, recibió en un frío día de mayo la noticia de que había fallecido su padre. Nicolás Chopín, el probo y preocupado padre murió a los setenta y cuatro años, de una afección al pecho y corazón. Federico recibió el golpe, vacilante, con la cabeza caída sobre el pecho. No clamó, pero sus labios temblaban en el colmo del dolor. Con una fuerza avasalladora se le impuso la confesión de que había olvidado el amor que le debía, que su vida le había apartado de su padre.

Cuando recordaba los días de su infancia, parecíale inagotable la bondad del muerto. Siempre dispuesto a ayudar al hijo, había abierto su bolso sin medida, anteponiendo el bienestar del prójimo

al propio. Nunca había llegado alguien a su casa a pedir favores, que no partiese obteniendo lo que necesitaba. Con entero fundamento decía de él su cuñado: "Una generación fué por entre corrupción y degeneración, sin un solo enemigo".

Federico pasaba las noches con estos recuerdos; noches que no le traían descanso, plenas de fiebre y alucinaciones. El padre y el amigo extendían los brazos hacia él. Pero en vez de ver sus caras esclarecidas en la paz de la Justicia Divina, veía ojos llenos de gusanos, y luchaba con todos los espantos del infierno.

XIII

TAMPOCO a los ajenos les pasaba desapercibido que el estado de Federico empeoraba. La tos amenazaba ahogarle, el opio y el agua de goma prolongaban el martirio. Su cuerpo desfallecía, y le dominaba una fatiga mortal; una mañana, al querer dejar el lecho, descubrió, volviendo a caer sin fuerzas, que estaban hinchados sus pies y las piernas hasta las rodillas.

Mientras tanteaba el fenómeno con una especie de curiosidad espantada, abrióse la puerta y entró Gutmann, sin ser anunciado, como a él sólo le estaba permitido. Con el material de estudio debajo del brazo, era representación hercúlea de la salud.

—Es el acabóse, mi querido Gut —dijo Federico con voz débil, señalando sus piernas, que destacaban color de cera del fondo de la cobija damasqui-

nada. Gutmann, aunque íntimamente asustado, aseguróle lo contrario.

Se tendrían ejemplos que precisamente aquello traía alivio. También había de recordar cuántas veces París le había sepultado vivo, ¿y no estaba acercándose la época bella del año, que todo lo mejoraría?

Muy del agrado de Federico era que el otro le consolase. Pidió al sirviente que le trajese las vestimentas, y ayudado por Gutmann como un niño, metióse en los pantalones grises, lisos, y sobre el terciopelo a rayas del chaleco vistió un saco de faldones largos de Dautremont. Apoyado en el brazo de Gutmann fué hasta la escalera.

—Tendras que alzarme —dijo con una mirada tímida hacia el apartamento de George—. No le agrada que esté enfermo.

Gutmann tomóle en sus brazos, liviano, como si no tuviera huesos, y poco más tarde estaban sentados en uan calesa rusa, enviada por la condesa Tschernyschew. Acompañados de un sirviente uniformado, recorrieron las avenidas circundantes de la ciudad.

El aire era suave, saturado del perfume agrio de las flores de los arces. Tulipanes flameaban detrás de enrejados de bronce. Las hojas de los árboles brillaban en un verde claro carnoso, y las calles estaban llenas de carruajes; berlinas, limoneras y góndolas que pasaban con sus cinco caballos a toda carrera.

Federico miraba el tráfico con ojos embelesados.

—No estoy hecho para vivir en la aldea —dijo de pronto, como transformado.— Pero ella lo desea, y tal vez el descanso me haga falta. ¡El viejo Berry! En una época contaba allí los mirlos. Hay algo de extraño con el canto de los mirlos, querido. . .

* * *

Cuando vió Nohant de nuevo, el Indre estaba crecido por lluvias torrenciales, y hasta Châteauroux la campiña era un pantano; todo estaba cubierto de malas hierbas, la humedad y el moho habían revestido los tapices de las buhardillas con una capa gris.

El sol aparecía de tanto en tanto entre las precipitaciones de lluvia; los pájaros, callados, permanecían mojados en las ramas de los árboles. Un silencio gris, triste, se había extendido por sobre toda la naturaleza, como un acabárase de todas las cosas. En lugar de los mirlos, se oía de noche el croar de las ranas.

Federico, atado más que nunca a la casa, por su estado, luchaba contra malos presentimientos.

No halló cambiadas las habitaciones: su canapé, reclinado en el cual, tomaba sus comidas; el instrumento, si bien desafinado, el escritorio, sus manuscritos, claveles en el florero, plumas, papel para escribir y lacre violeta, todo estaba allí.

Pero había lugares que evitaba con fastidio, en los que antes le transportaba el encantamiento. Sus pensamientos se le escapaban. Una carta, comenzada cuatro veces, tardó semanas en concluirla, pues le era cada vez más difícil, aun imposible, ocultar

por más tiempo la desavenencia, ante sus parientes y amigos.

Nunca le había llegado a la mente, al de hidalga cultura, que la enfermedad pudiera menguar el amor o aun destruirlo. El matrimonio de sus padres le había enseñado a medir en los sacrificios la intensidad de un afecto.

Ahora, empero, veía miradas de reproche, gestos irritados, conoció lo que era ser rehusado y hubo de oír cómo George le llamaba su "cher cadavre", chanceando amargamente.

* * *

En este verano lluvioso sólo recibía consuelo de Solange, cuya fogosidad había cedido a una suave femineidad de niña. No tenía parecido con la madre y con su hermano sólo estaba ligada exteriormente; al regreso de la pensión, encontró ella en Federico, comprensión para sus sueños juveniles, y supo ofrecerle agradecimiento y delicadas atenciones.

Era ella quien le traía el chocolate para el desayuno, en un vestido de gros de Naples, más fresca que la flor que siempre llevaba en la cintura, ella la que rogaba ejecutasen alguna obra a cuatro manos, o que, cuando el tiempo lo permitía, le obligaba al meditabundo a hacer un paseo.

—No estaremos solos — decía ella—, los caballos necesitan movimiento y usted necesita aire... Jacques puede acompañarnos; es un perro ejemplar, y además, usted bien lo sabe, no es de desdeñar para calentar los pies.

—Y usted, pequeña Sol —respondía Federico, besándole la mano—, usted le hace honor a su nombre, pues en castellano así se llama el astro rey.

Solange reía, y tomaban asiento en un cabriolet de ruedas altas. Compartiendo la manta azul como buenos camaradas, con almohadones en las espaldas y el perro en el suelo del carruaje, fueron por la campiña en plena maduración veraniega, que estaba fermentando en el calor húmedo.

Como es un acuerdo tácito no mencionaban a George, que en Nohant estaba sentada entre sus libros. Una novela nueva, secreto tanto para Federico como para Solange, justificaba ese aislamiento; ambos eran desatendidos y trataban de reunirse tanto más.

Federico gozaba esta compañía con una infinita exquisitez. Preguntábase por qué se podía mirar a la juventud sin desearla, por qué el amor era sacro cuanto intacto, y maldito cuando unidos los sexos; y comparando así lo ideal con lo material, sintió que le sería doloroso perder a Solange.

Pensando de tal manera le dijo:

—Usted se casará algún día, y me dejará más solitario de lo que fuí.

Solange se apoyó suavemente en su brazo.

—Seguiremos siendo amigos... —repuso.

George oyó acercarse el coche, y vió desde el escritorio cómo alzaban a Federico de los almohadones. Levantóse y oprimiéndose el pecho con las manos, cerró los ojos como quien no quiere ver algo que provoca disgusto, al tiempo que recorría la estancia a grandes pasos.

¡Ahí estaba, desde hacía ocho años su compañero; como una mujer que al regresar a su casa se quita su belleza de cosméticos, para pasar las noches insomne y martirizada por la fiebre!

¡Si pudiera ver fuerza alguna vez, fuerza bruta! ¡Ser asida por uno que fuese más fuerte que ella! ¡Ser dominada por un hombre fuerte como un toro, que fuera nada más que músculos! ¡Aquello sería como hincar los dientes en una manzana madura!

Pero, ¿cómo liberarse y al mismo tiempo guardar las apariencias, rodeándose del nimbo del sacrificio?

Y si esto no fuese posible, ¿dónde encontrar el motivo que fuese suficiente para trocar en odio lo que era pasión?

Sus cejas se juntaron en un gesto adusto. La mirada cayó en la hoja blanca del manuscrito comenzado. Resueltamente recogió la manga y hundió la pluma en la tinta, para proseguir el trabajo interrumpido.

La medianoche le encontró inclinada sobre un montón de hojas escritas y a tal punto en el transporte creativo, que el grito ¡George!... le llegó sólo como un extraño quejido.

Irritada, apartó la silla, tomó una luz y abrió la puerta que comunicaba a la habitación contigua.

—¿Qué quieres? —preguntó con brusquedad.

Federico la miraba con ojos brillantes de fiebre.

—¡Es terrible estar solo!...

George estudiaba sus facciones como un pintor que observase a su modelo.

—No he nacido para enfermera —respondió.

—Pero tú me amas, y ¿el amor no domina todas las cosas?

De los ojos de George pareció partir un relámpago verde.

—Conoces la frase: ¿En el amor sólo hay comienzos? ¡Bien, entre nosotros esos comienzos paréceme que han terminado!

Federico calló. La cabeza le cayó sobre el pecho y volviéndose con el resto de sus fuerzas, guardó la compostura hasta que George, que había quedado un rato parada, indecisa, cerró la puerta tras de sí, con un golpe. Ahora sabía por qué ella le rehusaba; no era consideración para con el enfermo el motivo, no por cierto: ¡era hastío! Y su preocupación sólo era una máscara para el resto del mundo.

¿Cuándo había oído por última vez el aterciopelado tono del amor? ¿Cuándo sintió por última vez el contacto tibio de ese cuerpo que se deshojaba como una rosa bajo sus besos?

Conjuró esta visión con algo de salvaje deseo de ver finalizar su vida; anhelaba la muerte y no podía vivir ni morir.

* * *

Desde aquella noche luchaba con la resolución de irse. Al levantarse a la mañana siguiente, díjose falto de honor si no usaba el día para huir de Nohant. Sin embargo, la noche le encontró no habiendo progresado de simples preparativos, y reconoció, finalmente, que le faltaba coraje para cambiar lo habituado. Arrancándose de esos pensamientos, obligóse a trabajar, con alientos de muerte en lugar de una

fuente de vida en el pecho. Una obra para violoncelo y piano, dedicada a Augusto Franchomme, compuesta en un melancólico "sol" menor, le hizo sentir ese ocaso con magnitud de martirio.

"Hago todo lo que me es posible hacer", le escribía al amigo, "pero no puedo seguir. Si continúa este estado de cosas, mis obras apenas recordarán el canto de los grillos. Porcelaine cassée. . . y al final de todo quedará: ¡Resignación!"

XIV

PARIS sufría los rigores de un invierno prolongado. Nieve y lluvia caían hasta abril. Los boulevards estaban llenos de barro, una niebla amarilla oscurecía el día y en los suburbios protestaba la plebe, porque hacía frío, porque la cosecha estaba lejana y caros los cereales.

Federico estaba sentado, tiritando, en la Cité d'Orléans, solo, porque George había partido para Nohant en fecha temprana. El deseo de ella de llevarle ayuda al Berry, no le había podido decidir a acompañarla. No quería poner en juego su vida, y tal haría si contrariando las recomendaciones del médico, abandonaba el tibio sillón junto al fuego.

Iluminado por las llamas de troncos secos de abedul, Federico cortaba lentamente y como con fa-

tiga, las hojas de un libro que había recibido esa mañana.

"Lucrecia Floriani, por George Sand", leyó a media voz el título, recordando el manuscrito que había visto sobre el escritorio de George en Nohant.

No era grande su expectativa, mas ya a las pocas páginas, en llegando a la descripción de la figura del duque Carol, hundió las tenazas en el fuego y releyó un párrafo, en tanto la ira le hacía ver chispas que bailaban delante de sus ojos:

Il était exterieurement di affectueux, par suite de sa bonne éducation, et de sa grâce naturelle, qu'il avait le don de plaire même á ceux qui ne le connaissaient pas. Sa ravissante figure prévenait en sa faveur; la faiblesse de sa constitution le rendait intéressant aux yeux des femmes...*

¡Ese duque era el mismo, Federico!

Y Lucrecia, ¿sería ella?

Siguió hojeando, con manos que volaban.

Aquí y allí, más allá; configurándose de cien rasgos distintos, estaba el retrato de George:

Elle avait dans la voix un charme particulier. C'était, à la verité, une voix trop forte pour une femme du monde...

Avec son profil de camée antique, ses cheveux roulés sans art et sans coquétterie autour de sa tête puissante, sa robe lâche et sans luxe, sous laquelle on avait peine à deviner une statue d'impératrice romaine, sa pâleur calme, marbrée par les baisers violents de ses marmots, ses yeux fatigués, mais sereins, ses beaux bras... elle avait beaucoup d'amis...**

* Su exterior era tan amable, al mismo tiempo su buena educación y su gracia natural, le daban el don de agradar hasta a los que no le conocían.

Su exterior elegantísimo predisponía en su favor, la arrogancia de su físico le hacía aparecer interesante a los ojos de las mujeres.

Il n'y eut jamais de personne plus désintéressée, plus sincère, plus modeste et plus libérale... Elle vécut quelques années à Milan (c'est à dire á Paris!) dans un monde d'artistes et de littérateurs... Elle amait la retraite, le travail, la compagne. Elle se consacrait exclusivement à l'éducation de ses enfants. ***

Federico creyó que se ahogaba.

Así como Lucrecia se entregaba al duque Carol, como ella, la mujer de treinta años sólo era capaz de amar al hombre de veinte y cuatro, con un amor de madre, así como por esta disensión moría finalmente, sufriendo, la obra parecía ser aún en la diferencia de edades, una copia exacta de sus relaciones con George, con la sola excepción de que era él quien traía su vida en sacrificio y no ella.

¿Ya había llegado tan lejos? ¿También en esto había de igualarle a Musset, que la pluma de George enriquecía la "chronique scandaleuse"? ¿O era un medio para obligarle a cortar sus relaciones?

Las manos de Federico se agitaron en el vacío.

"El final es el silencio", murmuró, y viendo

** Ella tenía en su voz un encanto particular, en verdad, esta voz era demasiado fuerte para una dama de mundo. Tenía un perfil de camafeo antiguo, su gran cabellera ensortijada, al descuido y sin coquetería, rodeaba su cabeza, su vestido suelto y sin lujo, bajo el cual y con dificultad se adivinaba el cuerpo de una emperatriz romana, su palidez tranquila, a veces alterada a causa de los besos ardientes de sus muchachos. Sus ojos, fatigados pero serenos, sus lindos brazos... ella tenía muchos amigos.

*** Nunca podría encontrarse una persona más desinteresada, más noble ni más liberal.

Vivía algunos años en Milán (quiere decir París), en un mundo de artistas y literatos. Amaba el retiro, el trabajo y la campaña.

Ella se consagraba a la educación de sus hijos.

reflejada su cara en el espejo, con expresión pétrea, pensó que Ary Scheffer le había citado, y que su retrato les quedaría a los que viniesen al mundo después de él, como aquél le pintase; más serio que la muerte.

Era aproximadamente una semana después y estaba casi terminado el retrato de Federico, cuando éste, regresando de una sesión, encontró una carta de George entre su correo. Hacíale saber ella que tenía intención de volver a París para fines del mes próximo, deseando que se la esperase allí.

Federico quedó perplejo y sorprendido. George acababa de partir, y no tenía motivo para cambiar Nohant por el bullicio de la capital, a menos que importantes causas le obligasen a ello. Recordó de pronto las disputas con Solange.

Esta se había sentido atraída por afecto puro hacia un joven de buena familia, Ferdinando de Préault, de excelente cultura y agradable presencia.

Cuando estaba por formalizarse el noviazgo, habían cambiado sorpresivamente esta resolución, favoreciendo con su merced a Juan Bautista Clésinger, cuyas esculturas en mármol habían causado impresión en el "Salón".

Era esto un cambio que debía poner al escultor en el lugar del aristócrata, y en tal caso, ocurría con el consentimiento de Solange, ¿o era un dictado de la madre brutal, a quien le fuera más cómodo Clésinger como yerno?

Federico sintió rebelarse hondamente. Solange librada a los apetitos toscos de ese aldeano, sus in-

comparables atractivos puestos al arbitrio de un suboficial, sin garantías para el futuro.

"Buscaré informaciones", se dijo, arrugando la carta entre sus manos crispadas, "y si se me confirma lo que supongo, nada me detendrá de ir a Nohant e impedir el matrimonio. ¡Basta con que mi vida haya sido envenenada!. . ."

* * *

En el estudio de George estaban frente a frente: Federico, una sombra de sí mismo, pálido, consumido, con ojos oscuros de excitación. George, fuerte, robusta, de brazos cruzados, a la expectativa y dominando con su calma.

—Por lo tanto ¿el matrimonio es asunto concertado?

—¡Así lo es!

—¿Y si te digo que mis informes son los peores que puedes imaginar, que Clésinger está en deudas hasta ahogarse, que juega, que es un hombre sin principios, que cambia las mujeres como su camisa?

—¡A pesar de todo!

Federico se llevó las manos a la cabeza.

—No te entiendo —clamó—. ¿Es que mi palabra ya nada vale en esta casa?

—¡Deberías preocuparte menos por los asuntos de mis hijos! Clésinger está enamorado de Solange, y le encuentro libre de reproches en todo sentido. También Mauricio comparte mi opinión, e igual que yo, piensa que a la larga, tu inmiscuirte se hace insoportable.

Federico sentía cómo iba creciendo su furor.

—¡Ah, Mauricio! —dijo con voz ronca—. Mauricio necesita defender el honor de Clésinger. ¿Quién es esta Agustina Brault, que tú le has llevado como futura esposa, que todo lo hubo de tener mejor que Solange y de la que Mauricio hizo su ama y señora, con consentimiento de usted, madame?

Le gritó Federico, como si estallasen los muros de su ira.

—¿Y ese Borie, al que usted hospeda desde hace semanas aquí, no podía esperar a que yo haya muerto? ¿Es robusto el nuevo amante, madame? Mauricio le necesita a Borie como reguardo para sí y para Agustina; Borie le necesita a Agustina como resguardo para sí y para usted. ¡Solange ha visto esa miseria y por eso el matrimonio, y mentiras y deshonor y todo el resto!

George dió unos pasos rápidos, como si quisiera abalanzarse sobre él. Pero luego, como recordando la debilidad de Federico, se detuvo, asiendo el respaldo de una silla, y mientras una alegría salvaje le desfiguraba el rostro, le respondió:

—Hemos terminado nosotros dos, ¿no?

Federico ya había llegado a la puerta.

—De inmediato dejaré la casa de usted...

En el mismo instante, en que fuera se le oía llamar al cochero, abríase la puerta de la alcoba de George y entró Borie, atlético, pelirrojo:

—¿Estas sola? —preguntó.

George se dejó caer en un sofá.

—¡Ven! —tartamudeó.

Borie tomó sus muñecas, y su abrazo fué como

ella lo había soñado: todo músculo, colosal, doloroso y, sin embargo, dulce.

* * *

Federico, entretanto, se encontraba en camino a París. Los árboles, que pasaban volando rítmicamente, el azul del crepúsculo, la luna que ascendía plateada, por encima de los olmos, volvieron a su recuerdo aquella noche en que por vez primera había ido a Nohant.

"Infierno, infierno...", murmuró, abarcando todo el sentido de la palabra, y se arrancó el chaleco del pecho. En la Cité d'Orleáns le sacaron del coche hablando desvaríos...

Cuando después de semanas de fiebre altísima recobró la conciencia, su primer acto fué leer el correo. Encontró confirmadas, sus peores sospechas. El casamiento había tenido lugar, y aún más, se había hecho realidad aquella su profecía en cuanto a las deudas de Clésinger: los acreedores perseguían a la joven pareja. La luna de miel era la copa de las más amargas penas para Solange, e, increíble en extremo: ¡George había tenido una disputa con su yerno, dándole de bofetadas y expulsándole de la casa!

Federico dudaba de sus propias ideas.

¿Era ella un espíritu que tenía que poner en llamas al mundo entero, para sofocar en ello su vida? Solange estaba necesitada de ayuda, enferma en la Châtre; había recibido un billete de su puño y letra:

J'ai quitte Nohant pour toujours après les scènes les plus atroces de la part de ma mère... *

"...envíeme usted su coche, para que yo pueda escapar de esta miseria...".

Un estremecimiento de compasión recorrió el cuerdo de Federico.

No había de pedirle sin éxito; en bien de ella había que ayudarle también a Clésinger. Por de pronto, 500 francos, lo demás se vería.

Casi sin poder sostener la pluma, escribióle una nota a Solange, entregándosela a su sirviente:

"La noticia de su enfermedad me ha llegado muy hondo. Mi coche está a su disposición... ¡Tenga usted cuidado!

Su viejo amigo Ch."

A los pocos días de ese acontecimiento apareció Franchomme en el Square, para visitar a Federico. Encontróle cambiado, hasta casi no reconocerle; levantado de la cama, estaba en un sillón, junto al hogar, que a pesar de la cálida noche de junio, reflejaba un calor vivo.

Al preguntarle cómo era su estado, Federico respondió meneando tristemente la cabeza y señalando una carta que sostenía entre las rodillas.

"Llegó hace media hora", dijo, como hablando consigo mismo. "Ella exige que yo les prohiba la entrada a mi casa a Clésinger y a Solange, que en caso contrario... Como si fuera necesario hallar un motivo para la ruptura".

* Yo he dejado Nohant por las continuas y atroces escenas que provocaba mi madre.

"Sí, para la ruptura", repitió, luego de una pausa. "Hace bien decir lo que de cualquier manera se llegará a saber... ¡Un ser extraño, con toda su inteligencia! Provoca daños en su propia vida y en la de su hija, se aturde y se olvida de sí misma y no despertará antes de sentir un dolor en el corazón, que su cabeza ya no podrá acallar".

"En fin, se lo perdono", prosiguió, bajando la voz, "hago una cruz sobre todas las cosas que me hizo. Pero que a Solange, a esta planta frágil, la haya roto con su autoridad de madre, es un desvarío que se le podría perdonar a una mujer de veinte, pero no a una de cuarenta años. ¡No los abandonaré a los Clésinger, y en este sentido le he escrito!

Franchomme, conmovido, oprimióle la mano.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Federico parecía no oírle.

—Llámale a Gutmann —murmuró.

Sus ojos estaban perdidos en la lejanía.

* * *

Cuando Gutmann entró en la habitación, la luz del crepúsculo teñía los cristales con un rojo amoratado. El maestro estaba sentado al lado del fuego apagado, destacando apenas de la felpa del sillón.

—Jouez moi quelque chose —se oyó su voz desde la sombra.

Gutmann, que había pasado a cuidar de Federico, desde que enfermó éste, se sentó al piano.

—¿Qué toco? —preguntó.

—El estudio número 3 en "mi" mayor, lento "ma non tropo".

En tanto surgían las primeras notas en la oscuridad, incorporóse Federico lentamente.

"Nunca ideé una melodía más bella", dijo solemnemente. Había algo en ello, que le hizo entrelazar las manos delgadas, transparentes como porcelana, y clamó, mientras un sollozo parecía desgarrar su pecho:

"¡Oh ma patrie!..."

XV

El mar se agitaba gris y amplio. Las olas cortas, que ondeaban por el canal hasta el Alántico, se quebraban en el muelle con el color de la ceniza. Velas pálidas había en el horizonte y las luces del paquebote ponían franjas rojas sobre el agua.

Federico, al que había traído una chalupa desde Boulogne, estaba reclinado en la borda, en la mitad del barco. Flaco, envuelto en su abrigo, inclinado hacia adelante, con la mirada fija en la costa Francia, que se desvanecía en el humo del barco.

Pensando en las semanas de su enfermedad, en que desvalido estaba al cuidado de Gutmann, en que ni una sola carta de George le alcanzaba y en las cuales, ella por intermedio del casero, había hecho retirar su hacienda, parecíale increíble haber soportado todo aquello, y aún más, que apenas con-

valeciente, hubiera hallado la fuerza suficiente para buscar olvido en otro país.

¡París, la cortesana, le tenía hastiado! Ebrio con la sangre de los días de las barricadas, cantaba el himno de la república, y él, compadecido para con los Orléans derrocados, siguió las huellas de Luis Felipe, deseoso de hacer de Londres el escenario de sus obras.

Los amigos que allí le esperaban, entre ellos los Stirlings de Keir, Jane, relacionada con él como discípula, y la señora Erskine, hermana de la anterior, le harían más fácil el cambio. Tonificado con esos pensamientos, alzó los ojos hacia la naciente mañana.

El mar ondeaba cubierto de espuma color de rosa. Un velero grande, de tres palos, partiendo de Dover, se dirigía al Atlántico, brillando al sol las velas más altas. En ese momento se separaba de la costa un cúter que traía al piloto. Por encima de las aguas azules se podía ver la costa barrancosa de tiza, y sobre ella, casas como de juguete, diminutas, cuyas ventanas devolvían lo rojo del día.

Federico llamó al ordenanza.

—En Folkestone bajo a tierra.

—Bien, señor.

—¿Usted se encargará de mis equipajes?

—Sí, señor.

Cuatro horas más tarde estaba sentado en un correo liviano que le llevó a Londres. Un corto rato de sueño, tenido en Folkestone, había apartado el malestar que le había amenazado poco antes de llegar al puerto. El paisaje alegre pasaba volando ante

sus ojos; jardines y parques en el primer verdor de la primavera, praderas, boscaje y arroyos ocultos.

Un cielo azul pálido lo cubría todo, gris en los bordes, hacia el norte se convertía en una nube de vapores densos. Era un fanal gigantesco, visible a milas de distancia; humo de carbón oscurecía el aire y aguzando la vista, distinguió Federico los contornos de la ciudad capital.

Ahogador parecíale ese mar de edificios, no como en París, colosal y sin embargo, lleno de colorida hermosura; no, era inarmónico en las proporciones, sombrío y representación acabada del espíritu comercial más desapasionado: los suburbios con depósitos oscuros, la roca de la City, Cavendish Square y por fin, Bentnick Street, frente a cuyo número 10 se detuvo el coche.

Se apeó Federico y, en tanto el cochero descendía los equipajes, entró en la planta baja. El ama de llaves, una mujer de limpia presencia, saludó al huésped, calurosamente recomendado por la señora Erskine, y reconociendo su debilidad, le condujo con gran solicitud hasta el primer piso.

Dos salas constituían el apartamento austeramente amueblado. Sobre la mesa camelias rojas, platería, porcelanas, en una jarra había chocolate preparado; al lado, material de escritura, plumas y papel de cartas con su monograma.

Debilitado, sentóse Federico en una silla, con el aliento entrecortado.

¡Los amables Erskine! En todo habían pensado. Aun su bebida matutina, como la tomaban en París, ¡no faltaba en la lista!

Y, sin embargo... ¿a dónde había ido su arte?

* * *

La temporada estaba en su apogeo. Kalkbrenner, Berlioz, Paulina Viardot y Jenny Lind impulsaban al público a torrentes de aplausos y era un honor especial que H. F. Chorley le anunciase en el "Athenaeum", diciendo:

"La visita del señor Chopín es un acontecimiento por el que hemos de agradecer de todo corazón a la joven república."

Federico penetraba profundamente en la corriente de la vida social. Había pasado la primera semana sumido en la meditación; luego, cuando su respiración se hizo más fácil al calor del sol, cambió de vivienda y se aseguró en Daniel, un franco-irlandés, un sirviente de cualidades sobresalientes. Distribuyó sus cartas de presentación y como suele decirse en Londres, fué "introducido".

La duquesa de Sutherland le invitó junto con la reina. El príncipe Alberto, Wellington, las señoras de Dover, Stanley, Peel y Gainsborough, resplandecientes de diamantes, escucharon sus interpretaciones. La señora Sartoris y el conde de Falmouth pusieron a su disposición sus estancias, Federico ofreció en ellas dos matinées que, a una guinea por espectador, le dieron una entrada neta de trescientas libras.

Esto, unido al hecho de que también se hallaron discípulos, a los que, empero atraía más la fama del nombre que el deseo de aprender, le ayudó a

sopotar aquellos contrastes que le nacían de las distancias, de la hora avanzada de las reuniones londinenses y de sus presentaciones semipúblicas.

Tres horas de viaje en el coche se le antojaban como el trayecto entre París y Folkestone; si en los días de concierto visitaba a Broadwood, para probar los pianos reservados para él, era el brazo de Daniel el que le ayudaba a subir las escaleras al salón de los instrumentos.

Tosiendo se sacaba la vida del cuerpo en sus habitaciones, para al anochecer tomar el carruaje que le llevaba a asistir a las reuniones del "gran mundo".

Sentía que se iba agotando la savia de su cuerpo. Pero ¿qué le importaba ello? Ahora lo que le interesaba era juntar los peniques para poder subsistir.

Y él, un gran señor en cuestión de dinero, soportaba con pálido orgullo que los fondos de su bolso le preguntasen "cuánto costaba".

Entonces su mente volaba a París.

¡De qué distinta manera pensaban estos ingleses! Todo lo cataban en libras, amaban el arte fuerte como "roastbeef" o sopa de tortuga y semejaban máquinas ambulantes de cuyas amplias bocas manaban torrentes de guineas.

Si yo fuera joven, pensaba, también haría como ellos, diariamente daría conciertos interpretando las obras más insulsas, ¡si sólo ello me haría de dinero! ¿Pero ahora —Dios mío— hacer una máquina de mí?

En esta oscuridad de su ánimo penetró como

un rayo de sol otoñal la noticia de los acontecimientos que ocurrían en Posen. Mieroslawski, libertado de la cárcel de Berlín por la tormenta de marzo, había izado la bandera de la libertad nacional en el Gran Ducado.

Como dieciocho años atrás, se contagió el fuego, viniendo del oeste, a la Europa que ardía lentamente, y los hijos de Polonia corrían a los campos de batalla.

Federico vivía horas de una dicha sin límites. El sueño que toda su vida había soñado, lo veía convertirse en realidad, ahora, al borde del sepulcro. Había sido prometida una reorganización, el amado idioma estaba en la boca de todos, ¡sin castigo!

No era de sorprender que se declarara aún con más orgullo para con esa nación, cuyo pasado había configurado aquella vez en combatiente gloria.

Por cartas que le llegaban de París quedaba perfectamente informado. Los emigrantes se encontraban en Posen; el duque Czartoryski fué el primero en partir.

Terribles acontecimientos se acercaban a su culminación; pero al final de todo habría una Polonia grande y brillante.

* * *

Era en relación con estos sucesos que miembros del comité de Londres dieron un banquete en honor de Federico. Asistieron Carlos Francisco Szulczewski, mayor del ejército, veterano de Ostro-

lenka, Estanislao Kozmian, conocido publicista y otros patriotas.

La mesa mostraba lujoso servicio, guirnaldas de flores había entre silla y silla, y por encima del sillón reservado para Federico se destacaba, mágicamente iluminada por la luz de las bujías, un águila polaca.

Federico sentía crecer su exaltación por momentos. Un brindis resonaba tras otro y, cuando en hora adelantada, Kozmian jubilosamente acompañado por los demás comensales ofreció uno por el "majestuoso cantor de Polonia", levantándose, y movido por la emoción dijo:

—Con palabras no me es posible agradeceros. Por lo tanto sólo me queda mi arte, y si la proposición es de vuestro agrado, os pido terminar la noche en mi casa junto al piano.

Respondióle una tempestad afirmativa. Se prepararon los coches, vistieron los abrigos y, los caballos al galope, fueron a la casa de Federico, que el sirviente presuroso había ido a iluminar un momento antes.

La estancia grande, en la que estaban los tres pianos, se colmó de figuras. Polleras azules, ricamente provistas de pieles y cordeles representaban esperanzadas lo presente, y entre ello aparecían como testigos del glorioso pasado, el verde y plata de los lanceros Poniatowski.

Cayó la primera nota; un trueno de armamentos que se acercan, encendió la reunión patriótica. El brillo de la leyenda napoleónica rodeaba las vie-

jas banderas, las espadas brillaban y las manos se extendían para el juramento...

Dos horas después de la medianoche se fueron los huéspedes, dejando a Federico profundamente agotado. La impresión que la velada había dejado en su ánimo, el esfuerzo de la ejecución en transporte extático y también el aire pesado de la habitación, demasiado llena de gente, le oprimían el pecho con un peso enorme. Abrió la ventana, jadeando, y respiró la neblina tiesa del Támesis.

Vió en ese momento, en la luz débil de un farol, a un hombre de estatura elevada, que calladamente alzaba su mano, con gesto serio, hacia el este. Un abrigo polaco, amplio, le pendía de los hombros fuertes, y cuando Federico, tiritando se cubrió el rostro, parecióle que la cara de ese hombre no tenía carnes y que un aliento de frío mortal partía de sus mandíbulas blanquecinas.

XVI

SIGUIO un día de infeliz despertar. Desastrosas noticias habían llegado, traídas por Kozmian con consternación: la reorganización se había transformado en una demarcación de sectores individuales, con el consiguiente levantamiento en el Gran Ducado. Una lucha corta, desesperada; tropas prusianas a las órdenes del zar, y en lugar de que, como se lo esperaba ardientemente, se dominase a Rusia con la ayuda de Alemania, aquélla destruyó el último resto de la independencia polaca.

También este golpe lo recibió Federico como quien quedó embrutecido por el dolor de la vida.

"Desgracia sobre desgracia", le escribía a Alberto Grzymala, "en lo más hondo, para nada me restan deseos... Volverme más triste de lo que es-

toy ya no puedo... No siento nada, sólo vegeto y espero pacientemente el final".

Empero, ¿cuándo vendría la muerte, ya que se la había llamado? La temporada tocaba a su fin y había acumulado una suma de dinero que le habría bastado para vivir un año en Florencia, pero no en Londres. Siéndole indiferente dónde tosía, dónde se ahogaba, aceptó la invitación de las hermanas Stirling, de pasar el verano en Escocia, en Calder House.

Era el anochecer de un día azulino de agosto, cuando viniendo de Edimburgo, vió el castillo. Un edificio de roca en un parque gigantesco con árboles centenarios; muros de ocho pies de espesor, cristales en las ventanas, asegurados con plomo, que como antorchas de brea ardían en un rojo sombrío.

Dos sirvientes en uniformes color chocolate se inclinaron hasta el suelo delante del coche. Apeóse Federico y entró en un vestíbulo revestido de marrón. En las galerías había oscuros retratos de los abuelos. Federico atravesó tres pisos y se halló frente a un grupo de personas, de las cuales se separó un caballero de estatura elevada, septuagenario, en frac azul con botones dorados, pantalones de nanking y medias blancas, adelantándose hacia él.

Federico conocía desde Londres a Lord Torphichen, cuñado de la señora Erskine y de Jane Stirling. Oprimióle la derecha al huésped y volviéndose hacia los que estaban tras suyo le dijo a Federico:

—¡Bienvenido en Calder House! ¡Las damas le esperan ansiosamente!

Federico pareció gratamente impresionado.

—Demasiado honor, Milord, —repuso—. Después de saludar amablemente a Catalina Erskine, retuvo un instante entre los suyos los dedos delgados de Jane.

El rubio pálido de su peinado de madona se extendía sobre una frente color de alabastro. Unos ojos grises brillaban con ternura maternal. Un vestido de muselina floreada encerraba su cuerpo juvenil y sólo las comisuras de los labios, distendidas hacia abajo, delataban que su edad sobrepasaba los cuarenta años.

—Dios bendiga su llegada —dijo ella con voz clara—. ¿Tuvo usted un viaje agradable?

—¡Merced a la bondad de usted y de Broadwood! Me envió asientos neumáticos y colchonetas elásticas, el coche de usted me buscó en Edimburgo, y así he llegado yo, si bien cansado.

Jane comprendió la solicitud.

—Daniel, ¡los equipajes del señor!

Y sonriendo agregó: —Espero que Calder House le agradará. Tenemos el cielo y María Estuardo, cantos escoceses y Walter Scott. Los corredores están repletos de trastos históricos y en la habitación encima de la de usted, John Knox renovó la Cena...

* * *

La primera impresión fué la dominante para las próximas tres semanas: una hospitalidad aho-

gante, pues no se la pedía evitar; árboles genealógicos hasta la época de los normandos, y unido a ello, conversaciones cuyo giro a lo genealógico era rayano en el Evangelio, y un puritanismo guerrero, al que la tolerancia le era una virtud ignorada.

Levantábase tarde, vestíale y afeitábale Daniel, y luego descansaba Federico hasta el almuerzo, después del que permanecía en el círculo de los señores, en la mesa, no dominando el idioma inglés, miraba cómo los demás hablaban y bebían. Hastiado, iba entonces al salón, y exigía toda su fuerza de voluntad para no negarse a los pedidos de alguna interpretación.

Y cuando la llama de su ánimo amenazaba con apagarse, Daniel le llevaba nuevamente a la alcoba, en donde tosía y soñaba a la luz de las bujías, dichoso de haber huído a todo lo presente.

Tampoco los cuidados de Jane tenían suficiente virtud para cambiar este estado de ánimo. Diariamente recibía revistas ilustradas de París.

El maestro tenía dos pianos a su disposición.

Mas, ¿para qué le servían los instrumentos, si despojado de pensamientos musicales, no estaba en condiciones de producir, sintiéndose fuera de su órbita y vibrando como la cuerda de un violín sobre el cuerpo enorme de un contrabajo?

—Mal le pago a usted sus favores —díjole una tarde a Jane, cuando con ésta y con la señora Erskine paseaban por la sombra de los muros.

—Nadie vive que algo me deba, mi corazón está muerto y la armonía se ha ido como mi juventud.

Jane tomó entre sus dedos la cruz que llevaba sobre el pecho.

—¿No ha leído nunca la Biblia? —preguntó.

—¡Sí; leí en ella!

—Y no dice allí: Estoy tan fatigado de sollazar; inundo mi cama toda la noche y mojo mi lecho con mis lágrimas; mi cuerpo está desfallecido de tristeza y se ha vuelto anciano, porque en todas partes se me atemoriza. Alejados de mí, todos los malhechores, ¿porque el Señor escuche mis ruegos; mi oración acepta el Señor?

Federico hizo un además impaciente.

—Lo sé, lo sé: Salmo seis, versículos siete hasta diez. ¿Desea usted la continuación?

—¡Salmo catorce! —repuso la señora Erskine con brusquedad—. ¡Los necios dicen en su corazón: no hay Dios. De nada sirven y son un espanto con su espíritu; de esos no hay uno que haga buenas obras!

Jane le apoyó la mano en el brazo, tratando de calmarle.

—Está amargado, Catalina. Déjanos solos, le hablaré. . .

Respiró un poco más rápidamente y prosiguió después de una corta pausa:

—También hay otra palabra que yo quisiera decirle a usted, Federico: En dónde dos de vosotros se hiciesen uno en la tierra, por ello es que pidan, que lo que pidieren les será concedido de mi Padre en los cielos.

—Quiero hacerle un bien —murmuró—. En sus ojos brillaban lágrimas de un tardío amor.

Federico estaba parado sobre el muro circundante, que dominaba la campiña alrededor como una fortaleza. Los robles extendían su ramaje nudoso, y la noche enviaba su manto de niebla que transformaba el valle en un lago.

—¿Quieren casarme con ella? —murmuró para sí—. Grzymala tiene las manos en el juego.

—¿Amistad? ¿A quién le agrada transfigurarla en amor? Y aún si amase, ¿podría yo venderme al lecho nupcial?

—¡Riquezas buscan a las riquezas, y no a la pobreza; menos aún a la enfermedad!

¿Por qué mata Dios tan lentamente?

—¡Partir, Federico! ¡Sonreír, agradeciendo los aplausos y precipitarse con las estrellas!

* * *

Como virtuoso fué por Inglaterra; de un ducado se arrastraba al siguiente. Se presentó en Manchester, Glasgow, Edimburgo, con una expresión de penosísima debilidad; en el andar y en su apostura comparable a un hombre de treinta años, pero envejecido prematuramente a la senilidad.

La nobleza de los alrededores acudía a los conciertos disputándose las plateas, carruajes en un número nunca visto poblaban los lugares, y adonde las entradas de la velada eran dudosas, Jane Stirling prestaba su ayuda, en secreto, comprando billetes por valor de cincuenta libras.

Fué así que Federico arribó a Londres con una suma que excedía en mucho sus esperanzas. No

abandonó la vivienda durante diez y ocho días, durante los que luchó contra las consecuencias de la fatiga, padeciendo de dolores de cabeza, asma y de una neuralgia recientemente adquirida, rebeldes a todo tratamiento médico.

Ya casi no se levantaba de la cama. Si hacía un esfuerzo para vencer su debilidad, se hundía en un vacío. Se disociaba extrañamente del mundo.

¿Sabría recordar las melodías de los cantos de su patria?

* * *

Despierto de esta somnolencia, con un tenue color en las mejillas, más aún, lleno de vida febril, le encontró a mediados del mes, el doctor Mallan, que atendía a Federico desde su regreso. Dos periódicos que el paciente le alcanzó al médico al entrar éste, le explicaron la repentina transformación:

"Daily News del 1 y 15 de noviembre. Un baile polaco con concierto tendrá lugar el 16 en el Guildhall, con la cooperación de los más famosos cantantes. Billetes para caballeros 15 chelines, para damas, 10 chelines 6 peniques. . ."

—¡Usted tiene que reponerme! —le dijo agitado—. Se me ha pedido que toque allí. Es una obra de beneficencia; ¡los amigos y la patria me necesitan!

El doctor Mallan le miró con ojos inquisidores.

—La voluntad hace mucho en las personas que sufren de su enfermedad. Le prescribiré una opiata; si ha dormido durante la noche, permane-

cerá en cama hasta el almuerzo. Un caldo fuerte, un pollo, una copa de Madeira. A las dos un corto paseo en coche, acto seguido su tocado y... el asunto podría marchar.

Federico se reclinó, tranquilizado.

—¡Marchará! —se dijo, y se sometió a las disposiciones del médico.

Cuando a la tarde siguiente se miró en el espejo le acometió un doloroso sobresalto; la nariz y el mentón se destacaban como de pergamino, y su palidez se le antojó tan pétrea, que tomando el cosmético trató de ocultar esta impresión bajo una capa de color artificial.

—Un cadáver no tendría más color —le dijo a Daniel, quien le miraba lleno de pavor—. ¡Alcánzame el frac! ¡Sí, quiero que me entierren en traje de etiqueta!

Luego de calzarle el abrigo, Daniel envolvió a su amo en una manta y le llevó al cupé que esperaba delante de la puerta; Federico pesaba apenas lo que una criatura.

Era un coche de dos asientos, uno frente al otro, con paredes de laqué y cortinillas plegadas; las ventanillas relucían con sus cristales biselados. Federico añoraba el carruaje que utilizaba para ir a los conciertos en París.

¡Qué lejos parecíale la ambición, como aquel cosquilleo de nervioso temorcillo, que le hacía contar las cabezas de las floristas. Estaba reclinado, tosiendo, en los almohadones de seda, y sentía la emoción de un postrer viaje.

* * *

El Guildhall estaba profusamente iluminado, convertido el gran salón en un mar de royo y oro. Las patronas de la beneficencia local resplandecían en la riqueza de sus diamantes. Una orquesta de cuerdas ejecutaba valses y galopas: la velada se estaba acercando a su punto culminante. En una habitación separada, se había construído un escenario debajo de tapices, y allí estaba Federico, iluminado por las llamas de una araña de luces, blanco, extraterreno, el perfil delgado inclinado sobre el teclado.

Sus ojos estaban sumidos en una pasión interna retrospectiva. Como aquellas lámparas sagradas que velando sobre generaciones, reflejaban los destinos vividos.

No advirtió que sus dedos, sin fuerzas, delgados, oprimían más levemente las teclas, de que se elevaban voces entre los que le rodeaban, que osaban indicar su presentación como un error, pues de pronto le dominó una visión estremecedora.

Un hombre en un abrigo amplio subió al estrado y alzó el brazo: los bailarines permanecieron quietos. Los instrumentos sonaron agudos, pues con redoblar de timbales la muerte iba por el escenario y su aliento helado apagó las bujías, haciéndose la noche en el salón, noche en derredor de Federico que sin conocimiento cayó en los brazos de su sirviente.

XVII

El invierno no le retuvo más en Londres. El temor de morir en el hospital, lejos de todo lo que le era querido, era más potente que la recomendación de los médicos, de esperar hasta los comienzos del verano para viajar. La niebla y el carbón le corrompían los pulmones, el respirar se le hizo imposible y así preparó el viaje a principios de enero.

Como un sueño colorido surgió París ante su vista, la ciudad de la alegría, con sus boulevards cuya amplia claridad le prometía vida y movimiento, con sus chimeneas espolvoreadas de nieve y con la expectativa de una habitación del lado del sol.

Desde luego que el regresar significaba exceder la confianza en sus fuerzas y muchas cosas encontraría cambiadas.

¿Mas, no le había dado el destino un amigo

que, como un hermano, hacía las veces de Fontana, alejado en Nueva York?

"Viajo el jueves", le escribió a Grzymala, desde el lecho, "quisieras dar orden que estén secas las frazadas y las almohadas. Haz que se compren piñas de pino. La señora Etienne nada debe ahorrar para que me pueda calentar a mi arribo... Pleyel podrá enviarme el primer piano que encuentre; que también haya violetas. Quiero tener un poco de ambiente cuando regrese... El viernes a mediodía estoy con ustedes... ¡Tal vez todavía pueda reponerme!

Hasta la muerte.

Tu ch."

En el Square d'Orléans estaban reunidos: el conde Alberto Grzymala, Gutmann, Franchomme, la señora Etienne, la proba administradora de la casa.

Un potente "¡Viva!" resonó por el patio, al que Federico respondió desde el coche con un movimiento de la mano.

Daniel saltó de su asiento.

—Está muy fatigado —le dijo a Gutmann, y antes de que alguno tuviera tiempo de responder siquiera, puso su brazo alrededor de los hombros de Federico, que sonreía con los ojos cerrados, y le llevó escaleras arriba, a la sala.

Al ver Federico el hogar, y las flores que en abundancia cubrían la mesa y el piano, dos lágrimas le brotaron de los ojos. Y como si ahora el sueño se hubiese hecho realidad, abrió los párpados y

murmurando agradecimiento se arrojó en brazos de Grzymala.

Subió en su espíritu un pensamiento que le llenaba de ebriedad, de que las más graves pruebas habíalas pasado, y que ahora en adelante le estaría permitido ver transcurrir el fin de sus días en compañía de sus amigos.

París entero peregrinaba a su lecho de enfermo. Las duquesas Potocka y Czartoryska cuidaban de él; Jane Stirling le había seguido desde Londres; y de su trabajo venía Delacroix, aclarándose su semblante cuando al sorprendido enfermo podía hacerle un servicio.

—Usted no tiene que pensar siempre en el fin —le decía, con su voz grave y suave—. Kalkbrenner falleció, ¡usted vive! ¿Qué médico tiene usted?

Conmovido, Federico le oprimía las manos.

—Desde la muerte de Molin a ninguno notable, Louis y Roth son charlatanes; Simón que ahora me visita, es considerado como un astro entre los homeópatas. Empero, todos ellos no saben nada; un emplasto de miel y harina y ¡el Señor Jesucristo ayudará!

Delacroix le palmeó los hombros.

—¡Habría que llevarle a usted a otros pensamientos! La Avenida de los Campos Elíseos, el Arco de Triunfo, una botella de vino en una taberna, ¿qué dice usted de un paseo en coche?

Federico sonrió melancólicamente.

—Más tarde quizás. Simón me recomienda tranquilidad y cuidados...

Y en voz baja agregó:
—Como si sin él no hallaría tranquilidad...

* * *

Incapaz ya de componer, demasiado débil para imponerse al esfuerzo de las ejecuciones en público, sólo le quedaban ahora las lecciones para ganarse el sustento. Extendido en un sofá, recibía a los más elegidos de sus discípulos, utilizando el piano en los casos de emergencia; daba lecciones orales, tosía y hablaba hasta quedar ronco.

Eran temidas las "leçons orageuses", pues agitado por la fiebre, dejábale ir las riendas a su ira. "¡Fácil!", gritaba. "¡Fácil! Qu'est - Est-ce un chien, qui vient d'aboyer?" y quebraba los lápices por docenas entre sus dedos.

hubo lágrimas y también rencor, aunque nunca mantenido. Él mismo se confesó que le sería imposible dar lecciones en el futuro, y un día despidió a Jane Stirling, que era la única que aún solía venir algunas veces por semana.

—La señora de Rubio le seguirá dando lecciones —dijo sosteniéndose con sumo esfuerzo—, ella aprendió conmigo... Váyase ahora... Yo ya nada tengo que hacer...

Y apenas salió Jane Stirling de la pieza le sobrevino un terrible espasmo al pecho que le convulsionaba todo el cuerpo. Y la sangre le corría de los labios, haciéndole saber una vez más que se acercaba el fin...

La caridad de los amigos le libró en un prin-

cipio de toda preocupación material. Se le buscó una habitación más adecuada, aduciendo que era necesario restringirse en sus gastos, con lo que podía ocultársele el hecho de que en realidad se sufragaba la mitad del precio del alquiler, del peculio de la duquesa de Obreskow.

Federico sentíase muy conforme con su nueva vivienda. Había allí un silencio de campo. Si se miraba por las ventanas se dominaba el grandioso panorama que ofrecía el mar de casas que formaban la ciudad de París. En el balcón florecían las enredaderas provocando con su calor y perfume un incesante ir y venir de los más diversos insectos...

En ese balcón se pasaba Federico todo el día: tendido entre la tranquilidad del cielo y el bullicio de la ciudad, despidiéndose todas las tardes de los últimos rayos del sol como si fuera la última vez que podía hacerlo.

XVIII

En aquellos días de octubre en que la vida de Federico Chopín se iba extinguiendo, parecía como si el cielo de París se cambiase de un modo especial sobre la ciudad, para demostrar desde una mayor distancia el hondo respeto que se merece el genio.

Entre las miríadas de estrellas que cubrían su cúpula, fluía por la fina rendija de una luna nueva un rayo de esa luz de plata que nos torna melancólicos, cuando algo nos oprime el corazón.

Toda la zona de la plaza Vendôme —adonde se había mudado Federico— era como una gigantesca sala mortuoria. Un despiadado viento de otoño arremetía de vez en vez contra los faroles que la iluminaban, amenazando dejarla solo a la merced de la escasa luz del firmamento.

En un dormitorio, contiguo a una salita donde un reloj de pie empujaba desganadamente las horas, hallábase el maestro. Desde la cama que ocupaba una de las sencillas paredes, se oía su respiración trabajosa en un juego macabro con el ritmo y los ruidos asmáticos del gastado reloj.

Pero de repente un brutal ataque de tos azotaba horrorosamente sus ya extenuados pulmones.

—Levántame... un poco —rogaba casi sin voz.

Su amigo Gutmann se apresuró a hacerle el gusto, mientras el médico le ayudaba en todo.

Y reclinado sobre el brazo del amigo, entregóse por un buen rato a un profundo silencio, lleno de meditación.

Después abrió los ojos, miró a lo lejos y dijo en forma lenta y serena:

—En este instante siento bien cerca el hálito de la muerte...

El médico le tomó el pulso:

—Es en vano... no debe afligirse...

Pero Federico le contestó con voz clara y firme:

—No me aflijo... Estoy agradecido por el gran favor que significa, el que Dios nos dé a conocer el momento en que se inicia nuestra agonía... Es una verdadera gracia, doctor...

Y desde entonces era para él como si su yo abandonase la pobre morada que le ofrecía el cuerpo, para dirigirse hacia un hermoso paisaje lleno de luz... Era en haras del alba. Las estrellas iban ya apagándose una por una: cediendo a una inmensa

lumbre con que el sol anunciaba, allá en el horizonte, su llegada... A esa lumbre tendía ahora Federico con todo su ser...

El aire llevaba un perfume suave y un color casi azulino. A la izquierda y a la derecha oíanse voces de pájaros... Aisladamente veíase también una que otra mancha de nieve que se infiltraban rápidamente en la tierra, una vez derretidas por los rayos del sol...

En este paisaje imaginario Federico caminaba sin esfuerzo alguno. Como se anda en los sueños...

Pero de pronto notó con agradable sorpresa que alguien iba a su lado, haciéndole compañía... Era una niñita de escasa edad...

¿Acaso era aquella que conoció en el P. Lachaise...?

No, ésta era rubia, con ojos sonrientes que refulgían como dos estrellas debajo del amplio sombrero de paja que engastaba sus rulos de oro como una aureola...

Y recordó que así la vió alguna vez a su "Moriolka", allá en los años de la infancia: Y su corazón se alborotó con la alegría de un niño...

Y conjuntamente con ese alborozo que era todo: luz, sonido, calor, perfume y sabor, comenzó a distinguir el primer tema de un "rondeau" que se iniciaba con la fuerza de claras octavas, para buscar una transición hacia un segundo tema de una ternura sublime (con el que se confundía bajo el auspicio de hermosos acordes de arpa) y resurgir en una cantilena de extraordinaria belleza.

Pero cuando quiso hacer partícipe a su pe-

queña acompañante de las delicias con que la música le colmaba, había ésta desaparecido... Y Federico sintió entonces un frío en la frente que casi adquiría la sensación de un dolor...

No obstante siguió su camino. Y notaba que mientras marchaba se iba modificando el paisaje de la visión. Ahora se hallaba rodeado de vastas superficies cubiertas de un pasto verde, de entre el cual asomaban las más diversas flores sus corolas polícromas. Más allá ondeaban al suave viento las abultadas espigas de los campos sembrados. En el horizonte —como conscientes vigías— enderezábanse las torres de una iglesia.

Era un día tibio de principios de verano. El sol brillaba con todo esplendor en el firmamento. La fragancia del tilo predominaba por doquier...

Y otra vez experimentó la sensación de no hallarse solo, en su andar por el paisaje. Era una muchacha de rasgos tan mansos y dulces que le hizo pensar en la imagen de una virgen que llevaba en su recuerdo...

Pero ¿dónde había visto antes tales rasgos, llenos de dulzura y de humildad...?

Y sus labios, independientes de su voluntad, formaron el nombre de "Constancia"...

—Constancia... querida —comenzó a decir ahora Federico—, ¿quise engañarte y engañarme a mí mismo, al no reconocer de inmediato que fueras tú...? ¿No sueño contigo día y noche...? ¿No vivo de tu recuerdo y respiro el reflejo de tu sonrisa...? Constancia: quisiera tener muchas vidas

para enmendar con todas ellas el dolor que sufriste en tu cariño para conmigo...

Y al son de estas palabras íbanse agrupando con más y más claridad los compases de un "larguetto", en "la" bemol mayor, de modo tal que por fin no hubiera sabido decir si era la presencia de la amada que se convertía en música, o la música la que le estaba sugiriendo la presencia de Constancia...

Y otra vez se esfumó la aparición.

* * *

El paisaje, empero, persistía aún. Persistía bajo los rayos vigorosos, casi brutales, de un sol cenital... Era un calor sofocante en el que sólo los insectos zumbaban a su gusto...

Federico se despojó de su saco y se dejó caer en la sombra de un árbol, desde la cual todo el maravilloso paisaje de su visión adquiría el carácter de una ilustración para un libro de cuentos...

Y en el momento en que culminara esta impresión en su ánimo, dióse nuevamente cuenta que otra vez no se hallaba solo, sino al lado de una bella mujer de caballera negra y lo bastante larga como para poder servirle de manto... Y su boquita movía constantemente unos labios carnosos y siempre húmedos...

Dijo que se llamaba María. Confesión ésta que Federico poniéndose de pie contestó con la pronta imitación de acompañarle inmediatamente... Pero ella no se movía. Sonreía simplemente. Y cuanto

más sonreía, más parecía alejarse de él... hasta que se perdió por completo, confundiéndose con la luz, el calor y el aire...

Después de esto, Federico comenzó a sentir fatiga. Sus pasos se arrastraban ahora con dificultad, por no decir con desgano... Y como tema de todo ello, surgió un nocturno en "do" mayor, en modo menor, que era aquel canto de amor, perdido en una noche sin fin...

Federico quería imponerse a la tristeza de semejante situación: pero su esfuerzo no hizo más que apersurar el hondo desvanecimiento que le venía acechando...

Al despertar, atardecía ya. En su paisaje levantábanse las nieblas del otoño. Los campos, surcados, llevaban tonos en violeta y marrón.

Y como símbolo de la hora oyóse una solemne marcha cuyo ritmo era sin duda un abierto homenaje a la persona de Federico. Animado como nunca, se incorporó y se dispuso a atravesar sin mirar hacia los lados un alto puente detrás del cual se erigía —a modo de baluarte— un imponente cerro. Como gigantescos centinelas custodiaban la entrada dos hermosos cipreses. Y cuando Federico pasó por entre ellos, abrióse como por encanto un pesado pórtico de oro macizo en cuyo marco —en actitud de una diosa— le esperaba una mujer: que era la esencia de las otras tres... Y a lo lejos, inabarcable: el infinito...

—¿Quién eres tú?... —preguntó Federico en la lengua que aprendiera de la boca de su madre.

Y ella:

—Soy la que buscabas en aquellas tres. Soy el alma de todo lo que creaste...

—¿Eres entonces...?

—La Patria.

¿Quién imagina la dicha de Federico? ¿Quién su satisfacción y gratitud?

Y viendo que no había vivido y luchado en vano; seguro de que su obra había logrado el abrazo de su patria, alzó en un movimiento viril la mirada y con la frente bien alta, traspasó el pórtico de oro detrás del cual se extendía, inabarcable, el infinito.

XIX

PREGUNTABA el maestro, abriendo pesadamente sus ojos: —¿Qué hora es...?

—Las seis —respondió Gutmann que le tenía aún en sus brazos, apoyándolo contra su pecho.

—¿De la mañana... o de la tarde...?

—De la tarde.

Federico soltó un hondo suspiro. E inquirió de nuevo:

—¿Hay alguien afuera...?

—Está Franchomme, el conde Alberto Grzymala, la princesa Czartoryska, tu hermana Luisa y el abate Yelovicki...

Él no contestó nada.

Pero de pronto dijo:

—Cuelga algo sobre el espejo... por favor...

Y como notara que Gutmann vacilara un poco, agregó:

—No lo digo por mí... Pues yo me he mirado ya en otro espejo... y he visto lo que éste jamás podría revelarme...

Entonces Gutmann obedeció.

—¿Deseas algo más? —preguntóle luego con una indecible ternura en la voz.

Federico tomó la mano del amigo y apretándola afectuosamente, díjole:

—Cher ami...

Gutmann sollozaba como un niño.

—Hazlos entrar... a todos...

Y la pieza se volvió una suerte de cuartel general. Los amigos iban y venían: agradecidos de poder hacer algo por él... Ya corrían en busca del médico, ya en busca de remedios.

Sólo los periodistas permanecían en la actitud serena que les imponía su oficio. Pero cuando apareció Gutmann, apoderóse de ellos una cierta inquietud que era el fruto de su curiosidad profesional.

Gutmann, interpretando sus miradas, dijo en un tono que no lograba disimular su emoción:

—¡Se está acabando!...

En ese mismo instante abrióse la puerta del salón y entró un sirviente de librea blanca que acercándose a Gutmman anunció:

—La señora condesa Potocka.

El efecto de la noticia se reflejaba abiertamente en el rostro del fiel amigo: Sabía pues que el maestro le profesaba a la condesa Potocka una sim-

patía sin límites; afecto éste que se acentuaba —si cabía— cuando Federico la oía cantar.

¡Y ahora había emprendido este largo viaje desde Niza para despedirse del maestro...!

—Diga a la señora condesa que iré inmediatamente a prepararlo para la gran alegría que le significará su visita.

Al verlo entrar al dormitorio, preguntóle Federico:

—¿Qué hay... Gutmann...?

—Federico... está la condesa Potocka que viene a verte... Entonces cayó como una luz sobre sus rasgos ya desfigurados, dándoles un nuevo resplandor de vida.

—Ahora sé por qué Dios no me quiso llamar todavía... No quería privarme de esta honda satisfacción...

En los brazos de Gutmann y rodeado de su hermana, Marcelina Czartoryska, Franchomme y el abate Yelovicki, pidió que se hiciera pasar a la condesa.

Y una vez frente a frente con ella, realizó un esfuerzo sobrehumano a fin de poder sonreir un poco y ponerse a tono con el cúmulo de belleza desbordante que representaba la condesa Delfina Potocka, con su figura alta y graciosa, vestida con un amplio traje de viaje de casimir color claro.

Y Federico le dijo:

—Así que usted no ha temido las molestias del largo trayecto...

Pero al escuchar el timbre de su voz ronca y espectral, estremecióse él mismo y optó por termi-

nar su saludo con un ademán —mudo y fatigado— de su mano derecha...

Ella arrimóse a su cama e inclinándose sobre sus ojos dijo solamente:

—Mi buen amigo y maestro...

Y cuando se enderezó de nuevo tenía Federico en sus manos un ramo de fragantes violetas traídas de las cálidas zonas del Mediterráneo.

Con una emoción que conmovía a todos los presentes, balbuceó:

—...usted... condesa... tendría que cumplirme un hondo deseo...

—Diga... maestro...

—Cante, condesa... cánteme... como antes... Es lo único que le pido...

Nadie se atrevía a decir nada. En un consentimiento tan silencioso como unánime, abrió alguien la puerta para que otro rodara el piano al dormitorio y un tercero se sentara al instrumento...

Y la condesa Potocka cantó para Federico un salmo que data de los primeros tiempos de la Iglesia. Su maravillosa voz se iba desprendiendo poco a poco de la naturalmente embarazosa situación, para luego superar toda timidez y elevarse como un pájaro que abandona su cautiverio y se apresta a levantar vuelo con toda la envergadura de sus poderosas alas...

Federico escuchaba: con los ojos cerrados y las manos entrelazadas.

Y de repente oyósele decir con un timbre tan sonoro como desconocido:

—¡Música...! Regalo de Dios que dignifica los sentimentos del hombre y le colma de...

Pero no alcanzó a terminar la frase cuando de pronto su rostro experimentó una horrorosa transfiguración.

—¡Aire...! ¡aire...! ¡que me ahogo...! —exclamaba, buscando con sus manos sostén a su alrededor.

Los presentes cayeron de rodillas. De uno de los rincones, cerca de la cabecera de la cama, decía la suave voz del abate Yelovicki:

¡Cuán hermosas son tus moradas, oh Señor!... Mi alma está sedienta de nostalgia hacia las antesalas de esas tus moradas... Mi cuerpo y mi alma regocíjanse por estar cerca tuyo, mi Señor... Cuán felices los que moran en los brazos del Dios vivo: ¡Alabado sea el Señor!...

Llegada el alba, Federico abrió de nuevo los ojos. Parecía más reconfortado. Con cierta premura —como si quisiera aprovechar cada uno de los pocos momentos que le quedaban— pidió por el abate para confesarse y recibir los santos óleos.

Era una escena conmovedora la que se produjo, cuando se tendió la mesa de impecable blanco para colocar sobre ella un crucifijo y algunas velas de cera; cuando el sacerdote, con sus indumentos y atributos, se dirigía a la pequeña comunidad congregada en torno del maestro moribundo con las profundas palabras de las Santas Escrituras:

—Pax huic domui et omnibus habitantibus in esa...

Ahora se acercaba con pasos lentos a la cama

de Federico, quien le veía venir con un extraño brillo en sus ojos que daba a todo su rostro un resplandor sobrenatural...

¡Con qué humildad recibía Federico la bendición sacerdotal!

—Sólo Tú, Señor mío, eres el principio y fin de todas las cosas... Sólo en tus manos es dable entregar nuestra alma, así enmendada... —decía con acento firme.

En ese momento le alcanzaba el abate un crucifijo que Federico empuñó decididamente con todo el resto de sus fuerzas.

—¿Cree usted, hijo mío?...

—Sí. Creo.

—¿Cómo le enseñó a creer la madre de usted?...

—Como me lo enseñara mi madre...

Así se inició la confesión. El maestro sollozaba de alegría. Los amigos lloraban con él.

Y cuando el sacerdote le suministró los Sacramentos, sentíase Federico tan colmado de satisfacción y gratitud, que encerró al abate Yolovicki entre sus magros brazos.

Y dijo:

—Alguna vez... he deseado ascender y ascender... hasta tocar con mi frente el brillo de las estrellas... Pero solamente ahora sé lo qué es hallarse en las alturas: donde ya nada separa nada, porque todo es unión y armonía celestial...

Durante le día se despidió de sus amigos, teniendo para cada uno de ellos una palabra y una mirada de cariño. Y con toda su lucidez —aunque

con una voz que apenas se oía— dió a conocer sus últimos deseos.

Dirigiéndose a la princesa Czartoryska, díjola:

—Le recomiendo mucho... Franchomme... Les ruego... que en mi memoria... me toquen algo de Mozart...

Y abarcando con una honda expresión de sus ojos la rueda de amigos, agregó:

—Deseo... también... que se me sepulte en traje de fiesta...

—Sí, maestro...

De repente, tomó la mano de su hermana Luisa para exclamar apresuradamente:

—Tú... consolarás a nuestra madre... ¿verdad?...

Un espasmo le cerró el pecho y la garganta.

Asfixiado casi, se apoderó de un lápiz y un pedazo de papel y trazó con signos de desesperación, aquellas letras que habrían de ser conservadas como el último autógrafo auténtico de Federico Chopín.

"Puesto... que... este... ataque, me dejará... sin sentido... suplícoles... hagan abrir... mi cuerpo... para impedir... que sea enterrado... aún... con vida".

Después de esto permaneció tieso e inmóvil sobre los almohadones...

Ya no se oía de su parte más que el ruido macabro de sus pulmones carcomidos.

Los dos médicos que le atendían, cambiaron una mirada. Uno de ellos —el doctor Cruveillé— tomó una vela y se la arrimó a la cara que tenía ahora el color gris de la ceniza...

—¿Sufre mucho?. . . —preguntóle el médico.

—Ahora. . . ya no. . .

Y todos tuvieron la sensación de que esta respuesta venía de muy lejos: donde el aire obtiene una quietud y una claridad indecibles. . .

Pero una vez más, hubo de abrir su grandes ojos, de los que emanaba una ráraga de luminosidad desconocida, para decir esta última palabra:

—¡Madre!. . .

Luego desplomóse ya su brazo por sobre el borde de la cama, al mismo tiempo que sus labios formaban una lejana sonrisa; como confirmando así que su alma había logrado huir del cuerpo contaminado por la terrible enfermedad, a fin de buscar —con la inquietud esperanzada de un buen niño— como último y único refugio: el seno de Dios Nuestro Señor.

XXX

LA habitación donde murió, transformóse en un jardín. De las flores predilectas del maestro, no faltaba una.

Su aspecto de difunto era el de un adolescente: puro y libre de todo rasgo que pudiera recordar algún sufrimento y dolor.

Parecía un durmiente: plácidamente dormido, después de una vida de treinta y nueve años de mucho luchar.

Cumpliendo sus deseos, se le vistió de negro, con un chaleco de seda blanca cuyos tonos rivalizaban con la blancura marmórea de su rostro. . .

Así lo dibujó Kviakovsky, después de lo cual Clésinger le sacó la conocida mascarilla.

Todo París peregrinaba a la casa mortuoria a rendirle el último homenaje.

Los funerales estaban previstos para el día 30 de octubre de 1849.

Era una mañana de un cielo hermoso, en cuyo aire las columnas de la Madeleine adquirían una nitidez de líneas sin igual. El pórtico de la famosa iglesia estaba revestido de terciopelo negro. En su parte superior refulgían —bordadas en plata— las iniciales F. Ch.

El pueblo se agolpaba en la escalinata del templo: comentando uno por uno de los detalles que ofrecía el extraordinario espectáculo en que se sucedían ininterrumpidamente las más lujosas carrozas y carruajes de la crema de la sociedad parisiense.

Todo hacía evidente que se trataba de la muerte de un grande, de un príncipe y de un rey de la música como lo era, efectivamente, Federico Chopín.

A las once en punto abriéronse las puertas del templo. En medio de la nave habíase levantado un catafalco, detrás del cual —abarcando todo el ancho del altar mayor— se veía el semicírculo de una cortina negra que ocultaba a los numerosos ejecutantes que formaban la orquesta y un coro de voces mixtas.

En el momento en que —a paso lento— entraba el ataúd, oíanse los primeros pesados compases de la marcha fúnebre de Federico Chopín, instrumentada expresamente para tal oportunidad por Henri Reber.

Era una impresión que no se borró jamás en la mente de todos los que la vivieron: no hubo quien quedara sin lágrimas en los ojos.

Una vez asentada la caja, comenzó el coro y

la orquesta con la inmortal obra de Mozart: el Réquiem.

Las voces humanas y de los instrumentos subían y bajaban entre las hermosas columnas, imágenes y los centenares de luces de la famosa catedral formando todo un solo y único homenaje a la memoria del extinto maestro.

Y ahora se agregó a esta grandiosa expresión de sentimiento el repiquetear multiforme de las campanas que propalaban por toda la inmensa ciudad, el "Requiecast in pace"...

Por fin le tocó su parte también al órgano que volcaba ahora un mar de tonos sobre las almas enternecidas y entristecidas de la multitud.

Y otra vez fué la voz del maestro que se manifestaba por una de sus obras: aquel "prélude" en "si" menor que compusiera durante su estadía en la isla de Mallorca...

En el traslado del féretro por toda la ciudad hasta el Pére Lachaise —un trayecto de unas tres millas inglesas— iban primero los más íntimos amigos y alumnos, luego lo más selecto de entre los artistas extranjeros radicados en París y por último sus numerosas alumnas de la gran sociedad acompañadas por el "grand monde", ocupando asientos en una infinidad de vehículos tirados por briosos corceles que llevaban crespones de luto en los arneses.

El príncipe Adán Czartorysky encabezaba el séquito; Delacroix, el príncipe Alejandro Czartorysky, Gutmann y Franchomme iban a izquierda y dere-

cha del féretro, cada uno llevaba en sus manos una de las cuatro borlas del paño negro que lo cubría.

Cerca de la tumba de Bellini se le había destinado la suya. Cerca de los árboles frutales, de los solemnes cipreses y de los gigantescos sauces que dejaban caer sus cabelleras sobre las quietas aguas de las represas... Donde la muerte se había vuelto un triunfo y recompensa para el genio que hubo de luchar toda una vida por la mejor realización de su ideal...

Allá yacían estos genios: con el rostro hacia el cielo y confundiendo su carne con los restos de los tantos que vivieran al servicio de las artes y de la ciencia.

Cuando se hizo descender el féretro hasta el fondo de la fosa, salió de entre el grupo de los más íntimos, uno de ellos. Era Gryzmala. En su mano llevaba aquella copa de honor de la que bebiera otrora —en Wola— Federico Chopín en rueda de compañeros. Esta vez iba el cáliz colmado de tierra polaca.

Y al vaciarlo sobre la tumba abierta, repitió Gryzmala en un tono de rito aquellas mismas palabras:

—Donde estés... Federico Chopín... estará también nuestra patria: nuestra amada Polonia.

Y las astas de un crecido número de banderas polacas se inclinaron en signo del más hondo y viril homenaje.

* * *

El Pére Lachaise había quedado completamente desierto. Lejos se oía aún el ruido de los vehículos que conducían a quienes tenían prisa de llegar a la ciudad, para dedicarse de nuevo a sus habituales quehaceres. También el sol se aprestaba a retirarse, mandando como último mensajero, uno de sus rayos para que pusiera una clara mancha de luz sobre el pedazo de tierra bajo la cual yacían los restos del que hacía unos instantes había venido a congregarse con los demás genios que reposaban en la paz de sus tumbas.

Frente al pórtico del bulevar de Ménilmontant se detuvieron otra vez Delacroix, Gryzmala y el buen Gutmann, para echar una mirada hacia el lugar, custodiado en este preciso momento por la luz de ese último rayo de sol.

—No ha muerto —dijo Delacroix— porque vivirá por todos los tiempos... Jamás hubo artista más mesurado en el empleo de sus inagotables recursos... Cualquier otro se hubiera valido de cuanto instrumento estaba a su alcance: él, en cambio se limitó a elegir uno solo, al que —confiándole el cúmulo de sus innumerables nostalgias— le dió voces y expresiones desconocidas hasta entonces... ¡Feliz la nación que puede contarle entre sus hijos!...

Y Gryzmala agregó:

—Su canto, en parte prez, en parte servicio viril en honor de su patria, era en un todo: amor que reza y amor que se defiende con la espada en la mano...

Gutmann no dijo nada.

Pero su mano parecía proteger sus ojos de algo que no podía ser la luz del sol: puesto que ya estaba cayendo la noche...

F I N

BIBLIOTEKA INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA-AKADEMIA MUZYCZNA

I. F. C.

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos "D Junior", de la calle Carlos Calvo 1136, Bs. Aires, el 25 de Septiembre de 1943.

LIBRERIA Y
EDITORIAL
"FRAY MOCHO"
Sarmiento 1820
Buenos Aires



547
Narodowy
Instytut
Fryderyka
Chopina
D12

Queda hecho el depósito que marca la ley N.º 11.723. Reservados todos los derechos para la América Latina. Terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

Printed in Argentine • Impreso en la Argentina

Copyright 1943 by **"Coepla"** - Buenos Aires

JOAQUIN van DELBRUGGE

Sinfonía en Si Menor

LA VIDA DE FEDERICO CHOPIN

Versión castellana de

E. A. GRUNAUER HERRERA

Supervisión

RAQUEL. A. GIBERT FRIERA

Coepla

COMPAÑIA EDITORA DEL PLA

1943

Zbiory Stowarzyszenia IFiS 547

